

S. EUSEBIO JERÓNIMO DE ESTRIDÓN, PRESBITERO, COMENTARIOS SOBRE EL PROFETA ZACARÍAS DIRIGIDOS A EXSUPERIO, OBISPO DE TOLOSA. LIBROS DOS. (C)

Prólogo.

775-776 En el último tiempo del otoño, nuestro hermano, tu hijo, Sisinnio monje, me entregó una carta de tu dignación: al leerla, me alegré de que estuvieras bien, y de que te acordaras de mí y de todos los hermanos que sirven al Señor en los lugares santos, en cuyos refrigerios te haces amigos del mamón de iniquidad y preparas moradas eternas, para que puedas decir con David: ¡Cuán amables son tus moradas, Señor de los ejércitos! Mi alma anhela y desfallece por los atrios del Señor (Sal. LXXXIII, 1). Pues si el gorrión encuentra casa y la tórtola nido donde poner sus polluelos (Ibid.), ¿por qué tú, que eres pontífice del Señor y pisas en el fin del mundo los lagares para dar a los pueblos sedientos el vino de la sangre de Cristo, no proclamarás libremente y dirás: Mi corazón y mi carne exultaron en el Dios vivo: bienaventurados los que habitan en tu casa (Sal. LXXXIII, 3)? Oigo que en el valle de lágrimas, en el lugar que Dios puso para la lucha, para dar la corona a los vencedores, dispones ascensiones en tu corazón, y vas de virtud en virtud, e imitas la pobreza del Señor, para que con Él te hagas rico, y en ti recline su cabeza, y cada día sea recibido, visitado, alimentado, vestido, y especialmente fervorices en la lectura de las Sagradas Escrituras. Y aunque deseaba ofrecerte algún pequeño obsequio de mi ingenio, y la explicación comenzada sobre los doce profetas llegaba a su fin, no quise abandonar la obra emprendida, sino que lo que iba a dictar sin ti, lo consagré principalmente a tu nombre; y me alegro de que el libro más oscuro del profeta Zacarías, y el más largo entre los doce, deba ser discutido en el tiempo en que, por la prisa de quien ha de regresar, la interpretación no sufre demora: sino que, quiera o no, me veo obligado a dictar al menos en las horas nocturnas y furtivas, lo que te enviaré. Orígenes escribió dos volúmenes sobre este profeta, hasta la tercera parte del libro desde el principio. Hipólito también publicó Comentarios, y Dídimo, a mi ruego, dictó libros de Explicaciones, que junto con otros tres en Oseas me dedicó: pero toda su exégesis fue alegórica, y apenas tocaron la historia. Así que, deseando imitar a aquel padre de familia, que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas (Mat. III, 52): y a la esposa del Cantar de los Cantares, que dice: Nuevas con las viejas, hermano mío, he guardado para ti (Cant. VII): mezclé la topología de los hebreos con la de los nuestros, para edificar sobre la roca y no sobre la arena (Mat. VII), y echar un fundamento estable, que Pablo, el arquitecto, escribe haber puesto (I Cor. III). Será de tu benevolencia no recibir nuestra erudición, que es nula o pequeña; sino la voluntad inclinada hacia ti: para que nos incites a lo demás, y nos animes a correr en el largo campo de las Escrituras. Si hay algunos a quienes prometí la interpretación de estos y otros volúmenes antes, que perdonen mi increíble amor por ti, y consideren que lo que te escribí, lo escribí para ellos: Porque la caridad es benigna, la caridad no tiene envidia, no busca lo suyo. Pero ya es tiempo de que, poniendo las palabras de Zacarías, despleguemos las velas de la interpretación al Espíritu Santo.

LIBRO PRIMERO.

(Cap. I---Vers. 1.) En el mes octavo, en el segundo año de Darío, vino la palabra del Señor a Zacarías, hijo de Berequías, hijo de Addo, profeta, diciendo. LXX: En el octavo mes del segundo año bajo Darío, vino la palabra del Señor a Zacarías, hijo de Berequías, hijo de Addo, profeta, diciendo. En el segundo año de Darío, hijo de Histaspes, se completó el septuagésimo año de la desolación del templo, que fue predicho por Jeremías (Cap. XXV y XXIX), como el mismo Zacarías testifica, diciendo: Señor de los ejércitos, ¿hasta cuándo no tendrás misericordia de Jerusalén y de las ciudades de Judá, contra las cuales te has enojado?

He aquí que este es el septuagésimo año (Zac. I, 12): y no hay duda de que Ciro, rey de los persas, que destruyó el imperio de los caldeos, en el primer año de su reinado, liberó a unos cincuenta mil cautivos de Babilonia a Judea: quien también devolvió los vasos que Nabucodonosor había llevado, y ordenó que se reconstruyera el templo en Jerusalén: y estableció como príncipes del pueblo que regresó a Zorobabel, hijo de Salatiel, y a Jesús, hijo de Josadac, sumo sacerdote. Asesinado Ciro entre los masagetas, quien reinó treinta años en Persia, por la reina Tomiris de los masagetas, su hijo Cambises le sucedió en el reino, quien, tras ocho años, tuvo como sucesores a dos hermanos magos: quienes, asesinados por el pueblo, Darío, hijo de Histaspes, fue constituido rey de los persas por consenso de siete familias. En el segundo año de su reinado, vino la palabra del Señor a Ageo el profeta, y a Zacarías, hijo de Berequías, hijo de Addo. Ya hemos hablado sobre Ageo, sobre el título de Zacarías hay que decir algunas cosas. Siendo hijo de Berequías, se pregunta por qué se le llama hijo de Addo. No hay duda, según el libro de las Crónicas, de que él es Addo, quien fue enviado a Jeroboam, hijo de Nabat (II Crón. XII), bajo quien el altar fue derribado y la mano del rey se secó, y nuevamente a sus oraciones fue restaurada (III Re. XIII): Por lo tanto, desde el primer año del rey Ciro hasta el segundo año de Darío, hijo de Histaspes, se cuentan cuarenta años, en los cuales solo se había construido el altar y echado los cimientos del templo, siendo las naciones vecinas las que prohibían la obra, y Cambises, rey de los persas, quien sobre este asunto había enviado cartas a los príncipes de Siria, Fenicia y Samaria. Sobre esto, Esdras escribe la historia más ampliamente. Pero Ageo comenzó a profetizar en el sexto mes, en el primer día de ese mes. Zacarías, en el mismo año, pero no en el mismo mes: pues después de dos meses, en el octavo mes del año, pronunció su profecía. Por lo cual, correctamente, según el orden de los doce profetas, aquel es el décimo, y este el undécimo. Es de gran confianza, más bien de esperanza y fe en el Señor, que lo que se ha omitido durante tanto tiempo, ya sea por prohibición del rey o de las naciones, se comience a hacer por la advertencia de dos hombres. Estas cosas, según la historia, las hemos adelantado como de costumbre. Ahora, según la anagogía, se debe discutir brevemente. El octavo mes entre los hebreos, que ellos llaman MARESVAN (), los egipcios Athir, y nosotros Noviembre, es el comienzo del invierno: en el cual, consumido el calor del verano, toda la tierra se desnuda de verdor, y los cuerpos mortales se contraen, y no hay solemnidad alguna según la ley. Pues está escrito que tres veces al año debe aparecer todo varón ante el Señor nuestro Dios (Éxodo XXXIV). La primera festividad es la de los Ázimos, la Pascua, que en nuestro idioma griego y latino se llama Pascua. La segunda es Pentecostés, después de siete semanas, en la cual se ofrecen los panes de proposición de las nuevas primicias. La tercera, en el séptimo mes, es la de las trompetas, la expiación y los tabernáculos, es decir, σκηνοπηγίας, cuyo último día se llama de la salida y término. Por lo tanto, el pueblo en cautiverio, y aún bajo el rey de los persas, sin que el templo esté aún construido, ni los muros de la ciudad levantados, no ve la profecía en tiempo de alegría, sino después de la alegría. Y sin embargo, quien tenía memoria del Señor, y por la memoria, bendición, y por la bendición, testimonio: por eso a él se envía Zacarías, hijo de Berequías, hijo de Addo. Zacarías se interpreta como memoria del Señor: Berequías, bendición del Señor: Addo, su testimonio. Veamos, pues, qué dice el Verbo del Señor, que estaba en el principio con Dios Padre, en el profeta Zacarías al pueblo.

(Vers. 2, 3.) El Señor se enojó con vuestros padres con ira, y les dirás: Así dice el Señor de los ejércitos: Convertíos a mí, dice el Señor de los ejércitos, y me convertiré a vosotros, dice el Señor de los ejércitos. No seáis como vuestros padres a quienes clamaban los profetas anteriores, diciendo. LXX: El Señor se enojó con vuestros padres con gran ira, y les dirás: Así dice el Señor omnipotente: Convertíos a mí, dice el Señor de las virtudes, y me convertiré a vosotros, dice el Señor de las virtudes: y no os hagáis como vuestros padres, a quienes reprendieron los profetas que fueron antes, diciendo. La ira del Señor no significa su

perturbación al enojarse; sino los méritos y pecados de aquellos sobre quienes se desata la ira de Dios: de lo contrario, el Señor nunca se enoja para vengarse; sino que corrige para enmendar. Por eso el profeta suplica en los Salmos: Señor, no me reprendas en tu furor ni me castigues en tu ira (Sal. VI, 1). Y en otro lugar leemos: Corrígenos, Señor: pero no en tu furor, sino en misericordia (Jer. X, 24). Así que el Señor se enojó con los padres de aquellos que ahora son corregidos, no con gran ira según los Setenta intérpretes; sino simplemente con ira. Pues si se hubiera enojado con gran ira, nunca habría llamado a la penitencia a través de Daniel y Ezequiel, cautivos. Y aunque se enojó con ellos, a vosotros os habla el Señor de los ejércitos, por lo cual en hebreo se pone SABAOTH (), que a veces los Setenta tradujeron como omnipotente, y a veces como virtudes. Y dice: Convertíos a mí, y me convertiré a vosotros, según lo que leemos: Acercaos al Señor, y Él se acercará a vosotros. A lo cual es contrario: Os alejasteis de mí, y yo me alejé de vosotros. Les ordena, pues, que se vuelvan al Señor quienes han regresado de Babilonia, para que también el Señor se vuelva a ellos, no sea que los hijos comiencen a sufrir lo que una vez sufrieron los padres, a quienes de igual manera los profetas de aquel tiempo hablaron. Es de notar que en pocos versículos y breves sentencias siempre en Ageo y Zacarías se añade, dice el Señor de los ejércitos, para que sepan que es el Señor quien manda contra el imperio del rey y los enemigos circundantes; y con esta confianza se animen a la edificación del templo.

(Vers. 4.) Así dice el Señor de los ejércitos: Convertíos de vuestros malos caminos, y de vuestras malas intenciones: y no escucharon, ni atendieron a mí, dice el Señor. LXX: Así dice el Señor omnipotente: Convertíos de vuestros malos caminos, y de vuestras malas invenciones: y no atendieron para escucharme, dice el Señor. La sentencia depende de lo anterior, y lo que sigue debe unirse a lo anterior. No es Zacarías quien habla al pueblo; sino que muestra lo que los profetas anteriores dijeron a sus padres, a lo cual clamaron, diciendo: Así dice el Señor de los ejércitos: Convertíos de vuestros malos caminos y de vuestras malas intenciones. Esto clamaba Isaías, esto Oseas, Joel, Amós, y Jeremías, para que abandonaran los malos caminos y dejaran las malas intenciones, con las cuales pecaban tanto en obra como en mente: y sin embargo, a pesar de que el Señor los advertía a través de los profetas, no escucharon, ni atendieron, no a los profetas que les hablaban, sino a mí, dice el Señor: En ellos era yo quien hablaba y era despreciado. Por eso también el Señor en el Evangelio: Quien os recibe, me recibe a mí (Mat. X, 40).

(Vers. 5, 6.) ¿Dónde están vuestros padres, y los profetas? ¿acaso vivirán para siempre? Sin embargo, mis palabras y mis leyes, que mandé a mis siervos los profetas, ¿acaso no alcanzaron a vuestros padres? y se convirtieron, y dijeron: Como pensó el Señor de los ejércitos hacernos según nuestros caminos y según nuestras invenciones, así nos hizo. LXX: ¿Dónde están vuestros padres, y los profetas? ¿acaso vivirán para siempre? Sin embargo, recibid mis palabras y mis leyes, que yo mando en mi espíritu a mis siervos los profetas, que alcanzaron a vuestros padres: y respondieron y dijeron: Como estaba preparado el Señor omnipotente para hacernos según nuestros caminos, y según nuestras invenciones, así nos hizo. ¿Dónde están, dice, vuestros padres, que no escucharon, ni atendieron a mí? ¿dónde están vuestros profetas? ἀπὸ κοινου se debe escuchar: ¿dónde están vuestros padres, y dónde están vuestros profetas? es decir, los falsos profetas: nunca diría de los santos profetas: ¿acaso vivirán para siempre? Y así, a aquellos que pecaron y no quisieron volver a mí, y a aquellos que pecando engañaron con falsas promesas, muertos, mis palabras, que hablé a través de mis profetas, permanecen para siempre, las cuales alcanzaron a vuestros padres, y mostraron ser verdaderas las cosas que dije. Esos vuestros padres, comprobando con el resultado de los hechos las profecías de mis profetas, se convirtieron a la penitencia y dijeron: Como predijo el Señor de los ejércitos que nos haría, según nuestras obras y pecados nos ha

retribuido. Leamos a Daniel confesando al Señor en nombre propio y del pueblo, que no quisieron escucharle, y que justamente les sucedieron las cosas que padecieron (Dan. III).

(Vers. 7.) En el día veinticuatro del undécimo mes Sabat: en el segundo año de Darío, vino la palabra del Señor a Zacarías, hijo de Berequías, hijo de Addo, profeta, diciendo. LXX: El día veinticuatro, del undécimo mes, que es el mes Sabat: en el segundo año bajo Darío, vino la palabra del Señor a Zacarías, hijo de Berequías, hijo de Addo, profeta, diciendo. Algunos en lugar de undécimo mes ponen duodécimo: e interpretando aritméticamente el vigésimo cuarto día de ese mes, sospechan que es un número cuadrado firme y estable, queriendo que sean ciertas y estables las cosas que se escriben; pero digamos que en el mismo año, el segundo de Darío, tres meses después de la primera visión, es decir, en el undécimo después del octavo, que entre los hebreos se llama SABAT (), nuevamente vino la palabra del Señor a Zacarías. El número dos es inmundo, y pertenece a la unión carnal y a las cosas del mundo, a la materia, como hemos enseñado muchas veces. El undécimo mes, que se llama SABAT, y en nuestra lengua se traduce como vara, significa austeridad y corrección, según aquello del Apóstol: ¿Qué queréis? ¿que vaya a vosotros con vara? (I Cor. IV, 21). Y del salmista que dice: Tu vara y tu cayado, ellos me consuelan (Sal. XXII, 5). Y es en el tiempo más crudo del invierno, que los egipcios llaman Mechir, los macedonios περίτιος, y los romanos Febrero. El vigésimo cuarto día del mes significa la sombra ilustre de la noche, menguando la luna en tinieblas, y creciendo el horror ciego y perpetuo de la noche. Por lo cual, adecuadamente, quienes aún estaban en cautiverio, y en su mayor parte exiliados en Medos, Caldeos y Asirios, en el segundo año y en el crudo frío del undécimo mes, y en el vigésimo cuarto día de ese mes, ven lo que sigue para el pueblo judío.

(Vers. 8 seqq.) Vi por la noche: y he aquí un hombre montado sobre un caballo rojo, y él estaba entre los mirtos que estaban en el fondo, y detrás de él caballos rojos, variados y blancos, y dije: ¿Qué son estos, señor mío? Y el ángel que hablaba en mí me dijo: Te mostraré qué son estos. Y respondió el hombre que estaba entre los mirtos, y dijo: Estos son los que el Señor ha enviado para recorrer la tierra. Y respondieron al ángel del Señor, que estaba entre los mirtos, y dijeron: Hemos recorrido la tierra, y he aquí que toda la tierra está habitada y en paz. Y respondió el ángel del Señor, y dijo: Señor de los ejércitos, ¿hasta cuándo no tendrás misericordia de Jerusalén y de las ciudades de Judá, contra las cuales has estado enojado? Este es el año setenta. Y el Señor respondió al ángel que hablaba en mí, palabras buenas y palabras consoladoras.

LXX: Vi en la noche: y he aquí un hombre montado sobre un caballo rojo, y él estaba entre dos montes sombríos, y detrás de él caballos rojos, y variados, y blancos, y dije: ¿Qué son estos, señor? Y el ángel que hablaba en mí me dijo: Te mostraré qué son estos. Y respondió el hombre que estaba entre los montes, y me dijo: Estos son los que el Señor ha enviado para recorrer la tierra. Y respondieron al ángel del Señor, que estaba entre los montes, y dijeron: Hemos recorrido toda la tierra, y he aquí que toda la tierra está habitada y en paz. Y respondió el ángel del Señor, y dijo: Señor omnipotente, ¿hasta cuándo no tendrás misericordia de Jerusalén y de las ciudades de Judá, contra las cuales has estado enojado? Este es el año setenta. Y el Señor respondió al ángel que hablaba en mí, palabras buenas y palabras consoladoras.

Primero discutamos la historia: Vi, dice, por la noche: no de día, como Moisés, que veía a Dios cara a cara: e Isaías que decía: Vi al Señor sobre un trono alto y elevado (Isai. VI, 1): antes de que el pueblo fuera llevado al cautiverio, antes de que Jerusalén fuera destruida y el templo; pero aún en los males de la servidumbre establecidos para el pueblo, ve lo que es

para ellos, lo discierne en las tinieblas. Y he aquí un hombre montado sobre un caballo rojo. Los hebreos creen que este es el ángel Miguel, quien es el vengador de las iniquidades y pecados de Israel. Y que estaba entre los mirtos que estaban en el fondo, quieren que se entienda a los profetas y santos, que estaban entre el pueblo cautivo, y estaban en el fondo: y al hombre, es decir, a Miguel, lo seguían caballos rojos, variados y blancos, en un orden, según piensan, cambiado: para que los blancos signifiquen a los medos y persas, porque bajo ellos se liberó el cautiverio y se restauró el templo: los variados, a los macedonios, algunos de los cuales fueron amigos, otros perseguidores (plenamente sobre esto habla la última visión de Daniel (Cap. 8)); los rojos, el reino de los romanos, sangriento y cruel, que mató al pueblo y destruyó el templo. Otros, conservando el orden que está escrito, interpretan al hombre que subió sobre el caballo rojo, y a los caballos rojos, variados y blancos, como cuatro reinos. El primero y el segundo sangrientos, los asirios y caldeos, cuyos primeros llevaron cautivas a las diez tribus bajo Salmanasar. Los segundos a Judá y Benjamín, incendiada la ciudad de Jerusalén y destruido el templo. Los terceros y cuartos variados y blancos, creen que significan a los medos y persas: algunos de los cuales fueron clementes, como Ciro, y Darío hijo de Histaspes, y Asuero, a quien los griegos llaman Artajerjes, bajo quien se cumple la historia de Ester: otros crueles, como Cambises, y los demás.

Viendo, por tanto, el profeta al hombre montado sobre un caballo rojo, y detrás de él caballos rojos, variados y blancos, y sin saber lo que había visto, deseando conocer la razón de su visión, y diciendo: ¿Qué son estos, señor mío? El ángel que hablaba en él, promete que lo dirá: y mientras él calla, el hombre que estaba entre los mirtos, recuerda. Estos son los reinos a los que el Señor ordenó que recorrieran la tierra, y la sometieran a su poder. Finalmente, los ángeles que presidían los reinos y naciones, no vienen a otro, sino al mismo hombre y ángel del Señor, que estaba entre los mirtos, y dicen: Hemos recorrido la tierra, y he aquí que toda la tierra está habitada y en paz. Y el sentido es: Todos los reinos bajo nosotros están seguros y en paz, y no están oprimidos por ninguna angustia. De esta respuesta, el ángel que intercedía por Israel, toma ocasión para suplicar por el pueblo, y dice al Señor: Cuando todo el mundo está tranquilo y en paz, ¿por qué, Señor, no tienes misericordia de Jerusalén y de las ciudades de Judá: especialmente cuando según tus promesas el tiempo del cautiverio se ha cumplido? Y el Señor respondió al ángel que hablaba en el profeta palabras buenas, palabras consoladoras: buenas, por la promesa de lo futuro: consoladoras, por la necesidad de lo presente.

Esto según la letra, para que no parezca que ocultamos a los nuestros lo que hemos aprendido de los maestros de lengua extranjera. Sin embargo, los maestros de las Iglesias, entienden la noche en la que se ve la visión, como la oscuridad de la visión mística. Porque Dios ha puesto las tinieblas como su escondite (Sal. XVII, 12). Y según los Setenta intérpretes se dice de él: El abismo como vestidura lo cubre (Sal. CIII, 6). Pero el hombre que subía sobre el caballo rojo, es el Señor Salvador, que asumiendo la dispensación de nuestra carne, escucha en Isaías: ¿Por qué son rojas tus vestiduras? (Isai. LXIII, 2). Este que ahora se muestra rojo al pueblo cautivo, en el Apocalipsis de Juan se describe sentado en vestiduras blancas y en un caballo blanco (Apoc. III y VI). Y lo que se dice que está entre dos montes sombríos (aunque en hebreo no se menciona dos), entienden el Nuevo y el Antiguo Testamento, que se dice estar cubierto por densas hojas, y bosque, y selvas sombrías, porque está envuelto en muchas oscuridades. Pero los mirtos que estaban en el fondo, entre los cuales se describe que está, entienden las potestades angélicas, que también le ministraron cuando estaba en la carne. O ciertamente los montes (para eliminar lo que no está escrito, dos) podemos entender absolutamente y sin número, a muchos santos y apóstoles y hombres apostólicos, que se dice que recorrieron todo el mundo rojos, variados y blancos. Algunos de los cuales fueron

coronados con el martirio, y se les llama rojos. Otros por sus obras y doctrina, y variedad de signos, se les llama variados. Otros recibieron las recompensas de la virginidad y de las doctrinas íntegras, y del corazón puro, que ve a Dios.

Finalmente, el profeta pregunta al mismo hombre y ángel que estaba entre los mirtos, y dice: ¿Qué son estos, señor mío? Y el ángel que hablaba en él, es decir, el sentido profético, promete que mostrará lo que se ve. Y cuando lo ha prometido, no responde él mismo, sino otro que estaba entre los mirtos, y dice: Estos son los que el Señor ha enviado para recorrer la tierra. Porque los apóstoles fueron enviados por el Señor, para llenar todo el mundo con la predicación evangélica, quienes después de haber cumplido la obra, regresaron al ángel del gran consejo que estaba entre ellos, quien hablaba con el Apóstol: Somos el buen olor de Cristo en los que se salvan, y en los que se pierden (I Cor. II, 15), y entre los pueblos de ambas vocaciones. Y le dijeron: Hemos recorrido la tierra, hemos cumplido la obra que se nos encomendó, y he aquí que toda la tierra está habitada y en paz, que antes estaba desierta de Dios: ahora es su morada, descansa de las guerras, de las batallas de los vicios y pecados: porque ha recibido la herencia del Señor que regresa al Padre, y dice: Mi paz os doy, mi paz os dejo (Juan XIV, 27).

Pero lo que se pide con plena misericordia, que al llegar el año setenta, Dios tenga misericordia de Jerusalén, y de las ciudades de Judá, lo refieren a aquella inteligencia: Que mientras no venga la verdadera paz, y el sabatismo, y el número de las siete décadas, es decir, el año setenta se cumpla, ni Jerusalén reciba plena libertad, que se interpreta como visión de paz, y es la Iglesia, ni las ciudades de Judá, las almas que confiesen al Señor. Finalmente, el Señor promete palabras buenas, palabras consoladoras: que ahora en parte vemos, y en parte profetizamos (I Cor. XIII, 12). Pero cuando venga lo perfecto, se destruirán las cosas que son en parte: y liberados de Babilonia de este siglo, clamaremos: Cuando el Señor cambió la cautividad de Sion, fuimos como consolados (Sal. CXXV, 1).

(Vers. 14 seqq.) Y el ángel que hablaba en mí me dijo: Clama, diciendo: Así dice el Señor de los ejércitos: He celado a Jerusalén y a Sion con gran celo, y con gran ira me enojo [o me enojaré] sobre las naciones opulentas: porque yo me enojé un poco, pero ellas [Vulg. ellos] ayudaron para mal. Por eso dice el Señor: Volveré a Jerusalén con misericordias: y mi casa será edificada en ella, dice el Señor de los ejércitos: y el cordel se extenderá sobre Jerusalén.

LXX: Y el ángel que hablaba en mí me dijo: Clama, diciendo: Así dice el Señor omnipotente: He celado a Jerusalén y a Sion con gran celo, y con gran ira me enojo sobre las naciones que se han sobrepuesto: porque yo me enojé un poco, pero ellos se sobrepusieron para mal. Por eso dice el Señor: Volveré a Jerusalén con misericordia, y mi casa será restaurada en ella, dice el Señor omnipotente: y la medida se extenderá sobre Jerusalén.

Aún palabras buenas, y palabras consoladoras son estas, que ahora el profeta es mandado a clamar: que el Señor ha celado a Jerusalén y a Sion con gran celo. Pero quien cela, muestra que ama a aquella a quien cela, no diciendo como por Jeremías: Como desprecia una mujer a su marido, así me ha despreciado la casa de Israel (Jerem. III, 20). A quien por Ezequiel el Señor hablaba: Enfurecido ya no me enfureceré contigo, y mi celo se ha apartado de ti (Ezequ. XVI, 42). Quien, por tanto, ha celado a Jerusalén, y a Sion (una y la misma ciudad), ahora se enoja sobre las naciones opulentas, que antes nombró sobre los caballos rojos y blancos y variados: porque él los entregó para corregir: pero ellas se ensañaron en los entregados; aquí como un hijo que quiere ser corregido por un pedagogo; ellas como un enemigo intentaron matar y castigar. A lo que es similar aquello en Isaías: Yo los entregué en tus manos: pero tú no les hiciste misericordia. Al anciano agravaste el yugo, y dijiste, seré

siempre señora (Isai. XLVII, 6). El celo, sin embargo, se toma ἀνθρωποπάθως como la ira. De lo cual se convencen los herejes, que desprecian el Antiguo Testamento, que Dios enojado no desea destruir a aquellos con quienes está enojado; sino corregir. Porque, dice, he celado a Jerusalén, y a Sion con gran celo, que los adversarios las oprimieron más de lo que yo quería: por eso dice el Señor: Volveré no en una misericordia, sino en muchas misericordias a Jerusalén, y mi casa, es decir, el templo, será edificada en ella bajo Zorobabel, y Jesús hijo de Josadac: y el cordel de los albañiles se extenderá sobre Jerusalén.

Jerusalén y Sion, visión de paz y atalaya, que no considera las guerras de este siglo, ni las cosas bajas y terrenales, sino la paz y la concordia, y las alturas de los cielos, se puede entender como la Iglesia. A la cual por los vicios y pecados, y la caridad que se enfría cada día, el Señor enojado (Mat. XXIV), la entregará a persecuciones, para que como en un crisol aparezca oro puro, y plata. Pero los adversarios a quienes se les ha entregado, intentando destruirla, llenan Jerusalén con la sangre de los muertos de puerta a puerta. Por lo cual el Señor prometiendo paz y misericordia, dice que la edificará de nuevo. Y el cordel o la cuerda según las medidas y órdenes de cada uno será extendido en ella. Qué es el cordel, se demuestra en el siguiente capítulo, donde el profeta dice: Levanté mis ojos y vi: y he aquí un hombre, y en su mano un cordel de medir. Pero el templo de Dios que los adversarios destruyeron, también puede entenderse como el venerable cuerpo del Señor, del cual él mismo decía: Destruid este templo, y yo en tres días lo levantaré (Juan II, 19). Que en la pasión fue destruido, en la resurrección fue levantado, y fue el semillero y principio de todos los templos, de los cuales también el Apóstol habla: Vosotros sois templo de Dios, y el Espíritu Santo habita en vosotros (II Cor. VI, 16).

(Vers. 17.) Aún clama diciendo: Así dice el Señor de los ejércitos: aún mis ciudades abundarán en bienes; y el Señor consolará aún a Sion, y elegirá aún a Jerusalén.

LXX: Y el ángel que hablaba en mí me dijo: Aún clama, diciendo: Así dice el Señor omnipotente: aún se difundirán las ciudades en bienes, y el Señor tendrá misericordia aún de Sion, y elegirá aún a Jerusalén.

El ángel que antes había dicho al profeta: Clama: Así dice el Señor de los ejércitos, ahora también lo impulsa a clamar, no con la intensidad de la voz, sino de la mente: y esto es lo que manda clamar: Aún mis ciudades abundarán en bienes que ahora ves devastadas por el fuego babilónico, nuevamente abundarán en todas las cosas, y con los bienes presentes el Señor consolará la miseria pasada, y elegirá a Jerusalén, que poco antes había rechazado. Que si lo referimos a la Iglesia, a la cual promete verdaderos bienes y perpetuos, esos bienes deben ser considerados, de los cuales leemos escrito: Verás los bienes de Jerusalén (Sal. CXXVII, 5). Y en otro lugar: Si queréis y me escucháis, comeréis los bienes de la tierra (Isai. I, 19). Y aquello: Confiarás en el Señor, y te elevará sobre los bienes de la tierra. Que el hombre sabio, a quien el Señor había revelado las cosas inciertas y oscuras de su sabiduría, promete con la esperanza de lo futuro, y dice: Creo ver los bienes del Señor, en la tierra de los vivientes (Sal. XXVI, 13).

Con estos bienes, después de los incendios de la persecución más cruel, que tanto de los gentiles, como de los herejes arrianos las Iglesias del Señor han soportado, con la paz devuelta, vemos a las Iglesias del Señor abundar, y a Sion consolada, y a Jerusalén elegida, que antes había rechazado. Esto mismo también podemos entender sobre el templo del Señor, y sobre cada uno de los creyentes. Algunos entienden a Sion consolada, y a Jerusalén elegida y las demás cosas que de este modo son predicadas por todos los profetas, como referidas a la

Jerusalén celestial, que destruida por la ruina, será edificada por las virtudes. Pero nosotros interpretaremos todas estas cosas más correctamente sobre la Iglesia.

(Vers. 18, 19.) Y alcé mis ojos y vi: y he aquí cuatro cuernos, y dije al ángel que hablaba conmigo: ¿Qué son estos? Y él me dijo: Estos son los cuernos que dispersaron a Judá, a Israel y a Jerusalén. Y el Señor me mostró cuatro herreros, y dije: ¿Qué vienen a hacer estos? Y él dijo: Estos son los cuernos que dispersaron a Judá, de modo que nadie levantó su cabeza, y estos han venido para afilarlos, para derribar los cuernos de las naciones que levantaron su cuerno sobre la tierra de Judá, para dispersarla. LXX: Y alcé mis ojos y vi: y he aquí cuatro cuernos, y dije al ángel que hablaba conmigo: ¿Qué son estos, Señor? Y él me dijo: Estos son los cuernos que dispersaron a Judá, a Israel y a Jerusalén. Y el Señor me mostró cuatro herreros, y dije: ¿Qué vienen a hacer estos? Y él dijo: Estos son los cuernos que dispersaron a Judá, y quebraron a Israel: y ninguno de ellos levantó la cabeza: y estos han salido para afilarlos en sus manos. Los cuatro cuernos son naciones que levantaron su cuerno sobre la tierra del Señor, para dispersarla. Los cuatro cuernos que dispersaron a Judá, a Israel y a Jerusalén, son cuatro naciones: los babilonios, medos y persas, macedonios y romanos, y ahora el Señor, interrogado por el profeta, lo expone, y Daniel lo replica plenamente. En la visión de la imagen que tenía cabeza de oro, pecho de plata, vientre de bronce, y piernas y pies de hierro y barro, interpretó estas cuatro naciones (Dan. II). Y nuevamente en otra visión mostró cuatro bestias, un león, un oso, un leopardo, y otra bestia horrible, cuyo nombre no puso, mostrando las mismas naciones bajo otra figura. Que los medos y persas son un solo reino después de la victoria de Ciro, no lo dudará quien haya leído tanto las escrituras seculares como las sagradas. Y muy acertadamente puso cuernos por reinos, teniendo esta costumbre la Sagrada Escritura, de interpretar siempre el reino en cuernos, como está dicho: Y exaltó el cuerno de su Cristo (Sal. CXLVIII, 14). Y en otro lugar: Y levantó un cuerno de salvación para nosotros, en la casa de David su siervo (Luc. I, 69). Y los diez cuernos que reinarán al final, el mismo profeta Daniel lo testifica (Dan. VII). En el tiempo en que se contemplaba esta visión, ya había pasado el reino de los babilonios, estaba presente el de los persas y medos, y estaba por venir el de los griegos y macedonios, y el de los romanos. Lo que los babilonios, los medos y persas, y los griegos, es decir, los macedonios, hicieron a Judá, Israel y Jerusalén, lo reconoce el hombre erudito, especialmente bajo Antíoco, apodado Epífanes, bajo quien se teje la historia de los Macabeos. Después de la venida del Señor Salvador, cuando Jerusalén fue rodeada, lo que sufrieron los israelitas, lo anuncia el Evangelio (Luc. XIX), y Josefo, escritor de la historia judía, lo enseña plenamente. Estos cuernos dispersaron a Judá, por casi cada hombre, de modo que ninguno de ellos, oprimido por el peso de los males, levantó la cabeza. Los cuatro herreros, o artesanos que los griegos llaman τέκτονες, no los ve el profeta por sí mismo, sino que el Señor se los muestra, y explica quiénes son los herreros y artesanos, que entendemos como ángeles obedientes al poder del Señor para que lo que las naciones destruyeron, estos lo edifiquen. Lo que hemos interpretado del hebreo: Vinieron estos a afilarlos, es decir, los reinos, los Setenta lo interpretaron: Vinieron estos a afilarlos en sus manos. Afilarlos, sin embargo, debe tomarse por destruir. O ciertamente destruir, para que todos sometan sus cuellos bajo el yugo de Cristo, y no (como algunos han interpretado) que cuando sean afilados, se vuelvan peores. Porque si los ángeles vinieran para hacer peores a los malos, no deberían ser llamados herreros, es decir, destructores de males y constructores de bienes; sino que también ellos deberían ser tomados por malos y destructores. Y es de notar que estos cuatro cuernos de las naciones levantaron un cuerno contra el pueblo de Dios; pues no reinaron juntos, ni oprimieron a Israel al mismo tiempo, sino que se sucedieron unos a otros, los babilonios, los medos y persas. Al reino de los persas, el reino de los macedonios; al reino de los macedonios, el imperio de los romanos.

Esto lo hemos dicho siguiendo el orden de la historia. Pero que el profeta dice haber alzado sus ojos, debe adaptarse a aquel sentido espiritual: Alcé mis ojos a los montes, de donde vendrá mi ayuda (Sal. CXX, 1). Y: Levantad vuestros ojos, y ved los campos, porque ya están blancos para la siega (Juan IV, 35). Y lo que leemos en Isaías: Dijo el Santo, Levantad vuestros ojos, y ved quién ha mostrado todas estas cosas (Isai. LI, 6). Por tanto, es necesario el alzamiento de los ojos y la inteligencia espiritual, para que veamos las fuerzas contrarias, que han levantado su cuerno contra nosotros: y de las que el Apóstol habla: No tenemos lucha contra carne y sangre, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este mundo, contra las maldades espirituales en los lugares celestiales (Ephes. VI, 12). Estos cuatro adversarios, que siempre combatían contra los Santos, Cristo los oprimió al venir. Y de ellos el salmista dice: Sobre el áspid y el basilisco caminarás, y pisotearás al león y al dragón (Sal. XC, 13). Podemos tomar los cuatro cuernos, que reinaron contra el pueblo de Dios, y las cuatro pasiones, que los eruditos no expresan palabra por palabra como pasiones, sino como perturbaciones, tristeza del alma y alegría: dos presentes, y dos futuras, miedo y deseo, de las que también el ilustre poeta significa (Eneida VI): De aquí temen, desean, se duelen y se alegran. Contra estas, los cuatro herreros, y (por así decirlo) médicos, y buenos artesanos, no son vistos por el profeta, pues aún no podía verlos por sí mismo sin la manifestación de Dios, sino que le son mostrados por el Señor, a saber, las cuatro virtudes, prudencia, justicia, fortaleza, templanza, de las que Cicerón discute plenamente en los libros de los Oficios, escribiendo también un libro propio sobre las cuatro virtudes. Por tanto, los que destruyen los vicios, edifican las virtudes, y todos los santos, que poseen estos remedios, siempre restauran la Iglesia, deben ser llamados herreros. De donde también el Apóstol hablaba: Como sabio arquitecto puse el fundamento (I Cor. III, 10). Y el Señor enojado dice que quitará de Jerusalén al arquitecto y al hombre sabio (Isai. III). Y el mismo Señor, Hijo de Dios omnipotente y Creador de todo, es llamado hijo de un herrero. He leído en los comentarios de alguien, que los cuatro herreros se entienden como los cuatro evangelistas, que restauran a Israel oprimido, es decir, al sentido que ve a Dios, y a Judá que confiesa al Señor, y a Jerusalén, visión de paz, en su sede original, y a los que las naciones de los vicios dispersaron de la Iglesia, los trajeron de vuelta a la salvación a través de la predicación del Evangelio.

(Cap. II.---Vers. 1, 2.) Y alcé mis ojos, y vi: y he aquí un hombre, y en su mano un cordel de medir. Y dije: ¿A dónde vas? Y él me dijo: Para medir Jerusalén, y ver cuánta es su anchura, y cuánta su longitud. LXX: Y alcé mis ojos, y vi: y he aquí un hombre, y en su mano un cordel de geómetra, y dije a él: ¿A dónde vas? Y él me dijo: Para medir Jerusalén, y ver cuánta es su anchura, y cuánta su longitud. Quien antes había visto cosas tristes al alzar sus ojos a los cuatro cuernos, ahora nuevamente alza sus ojos para ver al hombre, de quien está escrito: He aquí el hombre, cuyo nombre es Oriente (Zac. VI, 12); de quien también leímos antes: Y he aquí un hombre montado sobre un caballo rojo, y estaba entre los mirtos que estaban en el fondo, o, entre los montes sombríos (Zac. I, 8). Y de quien el Padre habla: Este edificó mi ciudad (Heb. XI), cuyo artífice y constructor es Dios. Este también es visto por Ezequiel, teniendo un cordel en su mano, y una caña para medir el codo del hombre, para medir Jerusalén, cuya descripción, es decir, su anchura y longitud, el mismo profeta prosigue en lenguaje místico (Ezequiel XL). Algunos piensan que esto se cumplió en parte bajo Zorobabel, y Jesús, y Esdras, y Nehemías, y los demás líderes o reyes, que gobernaron al pueblo de Israel hasta la venida del Señor Salvador. Otros, y especialmente los judíos, lo interpretan en el reino de mil años, buscando cosas corporales de manera corporal. Pero muchos de los nuestros lo refieren a la Jerusalén celestial, y dicen que esta será reconstruida, que había sido desolada por la ruina de las almas pecadoras. Esto lo sospechan los herejes. Sin embargo, nosotros interpretamos el monte Sion, y la madre de los primogénitos y santos

como la Iglesia, que fue edificada en la pasión del Señor y su resurrección, y es edificada diariamente por aquel que conoce las medidas y los méritos de cada uno. Lo que hemos dicho de la Iglesia, también puede ser tomado de las almas de los creyentes, que son edificadas diariamente por el Señor, y ven su paz que fue dejada a los apóstoles.

(Vers. 4 seqq.) Y he aquí el ángel que hablaba en mí, salía; y otro ángel salía a su encuentro, y le dijo: Corre, habla a este joven, diciendo: Jerusalén será habitada sin muro, por la multitud de hombres y animales en medio de ella. Y yo seré para ella, dice el Señor, un muro de fuego alrededor, y en gloria seré en medio de ella. LXX: Y he aquí el ángel que hablaba en mí estaba, y otro ángel salía a su encuentro, y le dijo diciendo: Corre y habla a ese joven, diciendo: Jerusalén será habitada fructíferamente por la multitud de hombres y animales en medio de ella. Y yo seré para ella, dice el Señor, un muro de fuego alrededor, y en gloria seré en medio de ella. El ángel que hablaba en el profeta, y estaba, o como se lee en hebreo, salía, esto es lo que significa JASA (), los hebreos piensan que es Miguel. Y al otro ángel que salía y venía a su encuentro, sospechan que es Gabriel, quien habla a Miguel, para que hable al profeta, cuánta abundancia de todas las cosas, y multitud de hombres, y animales, y firmeza de muros tendrá Jerusalén, que en el presente parece estar destruida hasta las cenizas. Pero nosotros, según el sentido espiritual, interpretamos todas estas cosas en la Iglesia, que será habitada sin muro, o como los Setenta tradujeron, κατάκαρπος, es decir, con abundancia de todos los frutos, y tendrá multitud de hombres y animales, y el Señor será fuego alrededor de ella, y él mismo estará en medio de ella en gloria. Esta es la ciudad de la que leemos en otro lugar: Gloriosas cosas se han dicho de ti, ciudad de Dios (Sal. LXXXVI, 2). Y nuevamente: Grande es el Señor y digno de alabanza en la ciudad de nuestro Dios, en su monte santo (Sal. VII, 1). En esta, quienquiera que habite, puede decir: Pero yo, como un olivo fructífero en la casa de Dios (Sal. LI, 10). Y: El Señor es mi pastor, nada me faltará: en lugares de pastos me hizo descansar. Junto a aguas de reposo me condujo (Sal. XXII, 1). Y será habitada, dice, Jerusalén por la multitud de hombres y animales sin muro, o con abundancia de todos los frutos. Algunos interpretan hombres y animales como dos pueblos, de los judíos y de los gentiles, que aquellos que en la Ley se han convertido a la fe de Cristo, han sido llamados hombres: pero nosotros, que después de la idolatría estuvimos como en el desierto de la Ley y en la soledad de los profetas, y hemos recibido su pasión, debemos ser llamados animales. Otros, sin embargo, quieren que los racionales y los instruidos en las Escrituras sean entendidos como hombres: y los animales como los simples creyentes, y de estos se dice: Hombres y animales salvarás, Señor (Sal. XXXV, 7). Estos animales, y estos seres vivos escuchan la voz del buen pastor, y la conocen, y lo siguen: quien es tanto pastor, porque nos guía; como puerta, porque a través de él entramos en la Iglesia, y al Padre (Juan X); y muro de fuego alrededor, para que los creyentes y los que habitan en medio se calienten, quienes antes se habían enfriado por el frío de la caridad, y puedan ser fervientes en espíritu. Pero a los lobos y bestias feroces (de los que está escrito: No entregues a las bestias el alma que te confiesa (Sal. LXXIII, 19): y cuyo fruto es, heno, madera, paja (I Cor. III, 12): y traen cardos y espinas) los consuma con su fuego; y quien es fuego para los adversarios, sea en medio de los creyentes gloria. Pero que el muro de Jerusalén sea el Señor, también lo leemos en otro lugar: Los montes están alrededor de ella, y el Señor está alrededor de su pueblo (Sal. CXXIV, 2). Todas estas cosas los judíos las consideran bajo el ungido, que con una esperanza vanísima se prometen a sí mismos, que Jerusalén tendrá tanta bienaventuranza, que por la multitud de hombres y de todos los animales, no podrá tener muro; sino que el muro será la defensa del mismo Señor, y disfrutará de la gloria de aquel que habita en medio de ella.

(Vers. 6 seqq.) Oh, huid de la tierra del Norte, dice el Señor: porque en los cuatro vientos del cielo os he dispersado, dice el Señor. Oh Sion, levántate tú que habitas con la hija de

Babilonia. Porque así dice el Señor de los ejércitos, después de la gloria me ha enviado a las naciones que os despojaron: porque quien os toca, toca la niña de su ojo. Porque he aquí que levanto mi mano sobre ellos, y serán presa de aquellos que les servían, y conoceréis que el Señor de los ejércitos me ha enviado. LXX: Oh, huid de la tierra del Norte, dice el Señor, porque de los cuatro vientos del cielo os reuniré, dice el Señor. En Sion seréis salvados, vosotros que habitáis con la hija de Babilonia. Porque así dice el Señor omnipotente: después de la gloria me ha enviado a las naciones que os despojaron: porque quien os toca, es como quien toca la niña de su ojo: He aquí que levantaré mi mano sobre ellos, y serán presa de aquellos que les servían, y conoceréis que el Señor omnipotente me ha enviado. Las plagas del mundo, que los griegos llaman κλίματα, se entienden según la ubicación de Jerusalén y del templo. Así pues, los asirios y babilonios, que devastaron al pueblo de Dios, habitan en la tierra del Norte. De hecho, en Jeremías (Cap. I), la olla que junto a Ezequiel (Cap. XXIV) está llena de carnes (se entiende la ciudad de Jerusalén) se enciende desde el Norte. Por tanto, el ángel que se encontró con el ángel profetizando en Zacarías había ordenado que hablara al joven (pues en comparación con la dignidad angélica, toda naturaleza humana se llama infancia, porque no los ángeles progresan hacia nosotros, sino nosotros hacia los ángeles), y le dijera: Jerusalén será habitada sin muro, y lo demás. Ahora el mismo discurso del Señor se dirige a aquellos que habitan en el Norte: para que sean reunidos de los cuatro vientos, en los que habían sido dispersados por todo el mundo, y regresen a Sion los que habitaban en Babilonia. O ciertamente así: Vosotros que estáis dispersos en las cuatro regiones del cielo, huid de la tierra del Norte, y tú, oh Sion, que ahora habitas en Babilonia, huye y regresa a tu sede original. Pero lo que se dice en tercer lugar, en caso vocativo, oh, es una exhortación a la huida, para que sepan que se les ha advertido no una vez, sino repetidamente para huir. También se puede decir de otra manera: El viento del Norte es muy duro, que endurece los corazones de sus habitantes, y del cual se encienden males sobre todos los que habitan en la tierra, y hacia el cual, según este mismo profeta Zacarías, salen caballos negros, para que permanezcan en su región (Zac. I y VI). Aquel que en Isaías dijo con orgullo: Subiré al cielo, pondré mi trono sobre las estrellas del cielo, me sentaré en el monte sublime, sobre los montes altos en el Norte (Is. XIV, 13), se jacta de tener su reino en el lugar más frío de la tierra. Leemos en otro lugar: He aquí que el humo viene del Norte (Ibid., 31): y de aquellos que se alejaron de la ciudad santa, se dice de ellos: He aquí que estos vienen de lejos, del Norte y del mar (Ibid., XLIX, 12). Y por medio de Jeremías, el Espíritu Santo habla, llamando a aquellos que están en cautiverio, para que regresen a Jerusalén: Ve y lee mis palabras al Norte, y dirás: Regresa a mí, morada de Israel, dice el Señor (Jer. XLVI). Por tanto, se nos ordena a nosotros que habitamos en el Norte, y hemos perdido el calor del fervor del Señor, que estamos dispersos por el mundo, y de quienes el Evangelio predica, que el Señor enviará a sus ángeles a los cuatro vientos (Mar. XIII), y nos reunirá, y que estamos inmersos en los vicios y la confusión de este siglo: para que huyamos a Sion, la Iglesia del Señor, y dejando lo humilde, permanezcamos en su atalaya y en la sublimidad de sus doctrinas. Pero lo que sigue: Así dice el Señor de los ejércitos, después de la gloria me ha enviado, y lo demás, se introduce la voz del Salvador hablando, quien siendo Dios omnipotente dice que ha sido enviado por el Padre omnipotente, no según lo que es omnipotente; sino según lo que ha sido enviado después de la gloria. Quien, siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse, sino que se despojó a sí mismo tomando forma de siervo, y se hizo obediente al Padre hasta la muerte, y muerte de cruz (Filip. II, 6). No es de extrañar que Cristo sea llamado omnipotente, de cuya persona leemos en el Apocalipsis de Juan: Así dice el testigo fiel, el principio de la creación de Dios, quien es, y era, y ha de venir, el Señor Dios omnipotente (Apoc. I, 4, 5). También lo que leemos en el salmo veintitrés: Levantad, oh puertas, vuestras cabezas, y alzaos, puertas eternas, y entrará el rey de gloria (Vers. 7): y nuevamente otros ángeles dicen, ignorando el

misterio de la carne asumida: ¿Quién es este rey de gloria? El Señor de los ejércitos, él es el rey de gloria, se refiere a Cristo. Donde nosotros leemos Señor de los ejércitos, en hebreo está escrito SABAOTH (), que los setenta intérpretes traducen como omnipotente. De lo cual entendemos que, dondequiera que se diga Señor de los ejércitos de Cristo, debe entenderse como omnipotente. No es de extrañar si Cristo es llamado omnipotente: A quien se le ha dado todo poder en el cielo y en la tierra (Mat. XXVIII, 18). Y quien dice: Todo lo que el Padre tiene es mío (Juan XVII, 10). Si todo, es decir, Dios de Dios, Señor de Señor, luz de luz, entonces también de omnipotente, omnipotente: pues no puede ser que aquellos cuya naturaleza es una, su gloria sea diversa. Fue enviado, pues, después de la gloria de la majestad divina a las naciones que despojaron al pueblo de Dios, para que quienes antes los habían saqueado, sean presa de aquellos que les servían, y toda la multitud de los que antes servían reconozca que el Dios omnipotente lo ha enviado. Pero lo que dice: Quien os toca, toca la niña de su ojo; toma el toque por vejación e injuria, según lo que leemos: No toquéis a mis ungidos, y no hagáis mal a mis profetas (Sal. CIV, 15). Porque quien toca a los santos del Señor, es como si quisiera dañar la niña de su ojo, y tratara de privarlo de la clara luz, de la cual habla en el Evangelio: Vosotros sois la luz del mundo (Mat. V, 14). Dios levanta su mano para golpear a las naciones adversarias, y para llevar a su pueblo, ya sea de regreso a Jerusalén, o a la Iglesia. Las naciones adversarias, según la tropología, toma las fuerzas contrarias, que diariamente someten a los pecadores a su poder, y los obligan a servirles.

(Vers. 10 seqq.) Alaba y regocíjate, hija de Sion, porque he aquí que vengo, y habitaré en medio de ti, dice el Señor. Y se unirán muchas naciones al Señor en aquel día, y serán mi pueblo, y habitaré en medio de ti, y sabrás que el Señor de los ejércitos me ha enviado a ti. Y el Señor poseerá a Judá, su parte en la tierra santificada, y elegirá de nuevo a Jerusalén. LXX: Regocíjate y alégrate, hija de Sion, porque he aquí que vendré, y habitaré en medio de ti, dice el Señor: y muchas naciones se refugiarán en el Señor en aquel día, y serán su pueblo, y habitarán en medio de ti: y sabrás que el Señor omnipotente me ha enviado a ti, y el Señor poseerá a Judá, su parte en la tierra santa, y elegirá de nuevo a Jerusalén. Y esto aún debe entenderse desde la persona del Señor: que exhorta a su pueblo, restaurado de la cautividad a su sede original, a regocijarse y alegrarse, porque el mismo Señor vendrá y habitará en medio de él, y muchas naciones creerán en él, de las cuales se dice: Pídeme, y te daré las naciones por herencia, y los confines de la tierra por posesión (Sal. II, 8): y habitará en medio de él hablando a los discípulos: He aquí que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo (Mat. XXVIII, 20). Y el Señor poseerá a Judá, su parte confesante, y creyente en su nombre, y no poseerá en otro lugar, sino en la tierra santa, que se interpreta como la Iglesia, y elegirá de nuevo a Jerusalén, que había dejado a la tentación en las persecuciones. Algunos judíos creen que esto se cumplió en parte bajo Zorobabel y Jesús, Esdras y Nehemías, especialmente porque Jerusalén es elegida, y Judá es poseída: a saber, las dos tribus que regresaron del cautiverio babilónico, y fueron llamadas Judá, y no Israel, que hasta ahora se encuentran entre los medos. Otros, sin embargo, lo posponen para el futuro, creyendo que entonces las naciones creerán en aquel que será enviado por el Señor, y Jerusalén será elegida, cuando de hecho ya todas las naciones han creído en el Señor Salvador, y no puede ser elegida la que ha sido completamente destruida. Correctamente, después del cautiverio, la hija de Sion es llamada a la alegría, de la cual también se dice en el salmo: Cuando el Señor restaure la cautividad de su pueblo, se regocijará Jacob, y se alegrará Israel (Sal. LII, 7).

(Vers. 13) Calle toda carne ante el Señor, porque se ha levantado de su morada santa. LXX: Teme toda carne ante el Señor, porque se ha levantado de sus nubes santas. Dado que esto es así, y el Señor poseerá a Judá, su parte, y elegirá a Jerusalén, toda la humanidad debe temer la venida del Señor, porque se ha levantado de su morada santa. Se dice que el Señor se levanta,

y como si despertara del sueño, cuando se levanta para vengar a su pueblo, según lo que está escrito: Levántate, ¿por qué duermes, Señor? (Sal. XLIII, 23) o según los LXX que dijeron, se ha levantado de sus nubes santas, entiende a los patriarcas, profetas y apóstoles, a quienes el Señor mandó que no llovieran sobre Israel. Estas son las nubes, de las cuales está escrito: Y las nubes derramen justicia (Is. XLV, 8): pues estas nubes corpóreas, en las que el aire más denso se condensa, no pueden llover justicia. En estas y con estas nubes el Señor dice en el Evangelio que vendrá (Luc. XXI). Y en Isaías leemos que el Señor vino a Egipto en una nube ligera (Is. XIX). Egipto se entiende como el mundo, al cual el Señor se recuerda haber descendido en la carne, que nacida del vientre virginal, no estaba cargada con el peso de la semilla humana y los pecados. Pero que toda carne, no se tome absolutamente como de hombres, y bestias, y aves, y peces; sino especialmente de hombres, esa Escritura lo significa: Escucha mi oración, a ti vendrá toda carne (Sal. LXIV, 3). Pues no toda carne de seres irracionales vendrá al Señor; sino aquella que recibirá el don del Espíritu Santo, y de la cual se dice: Derramaré de mi espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas (Joel II, 28).

(Cap. III.---Vers. 1 seqq.) Y me mostró a Jesús, el sumo sacerdote, de pie ante el ángel del Señor: y Satanás estaba a su derecha, para oponerse a él. Y el Señor dijo a Satanás: Reprenda el Señor en ti, Satanás, y reprenda el Señor en ti que eligió a Jerusalén. ¿No es este un tizón arrebatado del fuego? Y Jesús estaba vestido con vestiduras sucias, y estaba ante el ángel, quien respondió, y dijo a los que estaban delante de él, diciendo: Quitadle las vestiduras sucias. Y le dijo: He aquí que he quitado de ti tu iniquidad, y te he vestido con ropas de gala. Y dijo: Poned una mitra limpia sobre su cabeza, y pusieron una mitra limpia sobre su cabeza, y lo vistieron con vestiduras. LXX: Y me mostró el Señor a Jesús, el sumo sacerdote, de pie ante el ángel del Señor, y el diablo estaba a su derecha, para oponerse a él. Y el Señor dijo al diablo: Reprenda el Señor en ti, diablo, y reprenda en ti el Señor que eligió a Jerusalén. ¿No es este como un tizón arrebatado del fuego? Y Jesús estaba vestido con vestiduras sucias, y estaba ante el ángel, y respondió, y dijo a los que estaban delante de él, diciendo: Quitadle las vestiduras sucias. Y le dijo: He aquí que he quitado de ti tus iniquidades; y vestidle con una túnica, y poned una mitra limpia sobre su cabeza, y pusieron una mitra limpia sobre su cabeza, y lo rodearon con vestiduras. Antes de que lleguemos a la comprensión espiritual, brevemente y de manera concisa, se debe decir cómo los hebreos interpretan este lugar. Quieren que se entienda a Jesús, el sumo sacerdote, a quien los griegos llaman ἀρχιερέα, y los latinos pontífice, como el hijo de Josadac, quien junto con Zorobabel gobernó al pueblo. A su derecha estaba el adversario (esto es lo que significa Satanás) para oponerse a él. Y correctamente estaba a su derecha, no a su izquierda, porque la acusación era verdadera, ya que él también, junto con los demás, había tomado una esposa extranjera, lo cual está escrito abundantemente en Esdras y en Malaquías, quien sigue a este profeta (I Esdras XII, y Mal. II). Y el Señor dijo a Satanás, al acusador y adversario de él, pues él es el enemigo y vengador, y acusador de sus hermanos: Reprenda el Señor en ti, Satanás: como, llueve el Señor desde el Señor: y reprenda el Señor en ti que eligió a Jerusalén. Entonces, ya que de todas las ciudades de Judá ahora Jerusalén ha sido elegida, no imputándole el Señor los pecados que cometió, ¿por qué intentas aplastar a Jesús como un tizón, que en el lenguaje común se llama tición, quien ha escapado de la cautividad de Babilonia como medio quemado? Pero lo que sigue: Jesús estaba vestido con vestiduras sucias, lo interpretan de tres maneras. O por el matrimonio ilícito, o por los pecados del pueblo, o por la suciedad del cautiverio. El ángel ante cuya presencia estaba Jesús, ordenó a los otros ángeles en nombre del Señor, que le quitaran las vestiduras sucias, de las cuales hemos hablado antes. Y cuando cumplieron la orden, nuevamente el mismo ángel habla a Jesús: He aquí que he quitado de ti tu iniquidad: estas son las vestiduras sucias, y te he vestido con ropas de gala, es decir, te he

unido una esposa israelita, por lo cual los Setenta tradujeron ποδήρη que podemos llamar túnica talar, ya que fluye hasta los talones y pies [Al. hasta los pies y talones]. Y lo que sigue: Poned una mitra limpia sobre su cabeza, por mitra en hebreo leemos SANIPH (), que algunos llaman mitra, y en esto quieren entender la dignidad del sacerdocio, que, quitadas las suciedades de los pecados, tuvo un sacerdocio limpio. Esto dicen los judíos. Nuestros intérpretes, sin embargo, lo explican así, que el sumo sacerdote es aquel a quien se dice: Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec (Sal. CIX, 4). Quien, ya que no puede ser visto por sí mismo, es mostrado al profeta por el Señor de pie ante el ángel del Señor, a quien quieren que sea el ángel del gran consejo, no porque sea otro y otro, ni que recibamos dos personas en el Hijo; sino que el mismo y uno, y como hombre se muestra manchado, y como ángel mediador de los hombres y de Dios se dice que aparece. No obstante, no ser Jesús hijo de Josadac, intentan mostrarlo por el hecho de que no se añade en este lugar presente, hijo de Josadac, que en otros lugares, y donde verdaderamente se habla de Jesús hijo de Josadac, siempre se le menciona con el nombre del padre. Así pues, Jesús es visto de pie, y permaneciendo con paso firme: y Satanás estaba a su derecha, para oponerse a él. Porque fue tentado en todo sin pecado. Y en el Evangelio el tentador se le acerca, buscando siempre oponerse a su derecha y a sus virtudes. Y lo que sigue: Reprenda el Señor en ti, Satanás, y repranda el Señor en ti que eligió a Jerusalén, lo explican así, porque el Padre y el Hijo son Señor, y en el salmo ciento nueve leemos: Dijo el Señor a mi Señor, siéntate a mi derecha: el Señor habla de otro Señor, no porque el mismo Señor que habla no pueda reprender; sino que de la unidad de la naturaleza, cuando uno reprende, reprende el mismo que habla. Porque quien ve al Hijo, ve también al Padre (Juan XIV, 9): y este es quien eligió a Jerusalén, la Iglesia que contempla la paz del Señor. El tizón arrebatado del fuego, puede entenderse muy correctamente, quien estando en Babilonia, no fue consumido por el fuego babilónico, ni tocado por la llama de este mundo. Por lo cual también Moisés en el desierto ve una gran visión, en la cual la zarza ardía, y no se consumía (Éxodo III). Este Jesús estaba vestido con vestiduras sucias; quien, no habiendo cometido pecado, por nosotros se hizo pecado, y él lleva nuestras enfermedades, y por nosotros sufre, y nosotros lo consideramos estar en dolor, y en herida, y en angustia. Él, sin embargo, fue herido por nuestras transgresiones (Is. LIII, 4). Y en el Apóstol leemos: Cristo nos redimió de la maldición de la Ley, hecho por nosotros maldición (Gál. III, 13). Este en el salmo veintiuno habla: Lejos de mi salvación las palabras de mis transgresiones (Sal. XXI, 1). Y en el salmo sesenta y ocho: Dios, tú conoces mi insensatez, y mis transgresiones no están ocultas de ti (Sal. LXVIII, 6). Todo esto se llama vestiduras sucias, y serán quitadas de él cuando borre nuestros pecados, para que, ya que él estaba vestido con vestiduras sucias, nosotros resucitando en él escuchemos después del bautismo: Que tus vestiduras sean siempre blancas (Ecl. IX, 8): y toda la Iglesia de los creyentes escucha por medio de Isaías: Lavaos, sed limpios (Is. I, 16). Y de ella se profetiza en el Cantar de los Cantares: ¿Quién es esta que sube blanqueada (Cant. III, 6)? Ποδήρηv, sin embargo, toma su encarnación, que es de la tierra, y se significa en los pies. La mitra limpia sobre su cabeza, entiende el esplendor de la majestad divina, para que uno y el mismo según el hombre sea adornado con ποδήρη, según Dios sea adornado con la mitra.

(Vers. 6, 7.) Y el ángel del Señor estaba de pie, y el ángel del Señor testificaba a Jesús, diciendo: Así dice el Señor de los ejércitos: Si caminas por mis caminos y guardas mi custodia, tú también juzgarás mi casa y guardarás mis atrios, y te daré caminantes de entre los que ahora están aquí presentes. LXX: Y el ángel del Señor estaba de pie: y el ángel del Señor testificaba a Jesús, diciendo: Así dice el Señor todopoderoso: Si caminas por mis caminos y guardas mis preceptos, tú también juzgarás mi casa; y si guardas mi atrio, te daré quienes

caminen entre los que están presentes. Los hebreos, siguiendo el orden de la interpretación comenzada, entienden que estas palabras dichas por el ángel del Señor se refieren a Jesús, hijo de Josadac: que después de la remoción de las vestiduras sucias y la restauración de la dignidad del sacerdocio puro, se le ordena según lo que está escrito en el Evangelio: He aquí, has sido sanado, no peques más, para que no te suceda algo peor (Juan V, 14); y se le promete una recompensa si camina por los caminos del Señor y guarda sus preceptos, que él mismo sea juez de su casa, es decir, que persevere como sumo sacerdote en el templo, y guarde sus atrios y vestíbulos, y el Señor le dará del número de ángeles (que en ese momento estaban ante su presencia) con los cuales será rodeado de ayuda, y estará seguro de todo engaño de los enemigos. Según los nuestros, que refieren todo esto al Señor Salvador, parece difícil que el ángel diga a Jesús: Si caminas por los caminos del Señor y guardas sus preceptos, tú también juzgarás su casa y guardarás sus atrios, y el Señor te dará caminantes de entre los que están presentes. Esto se resuelve fácilmente si consideramos a aquel que se dignó asumir la forma de siervo (Filip. II). Y siendo rico, por nosotros se hizo pobre (II Cor. VIII, 9). Por tanto, todo lo que se dice de los miembros se refiere al cuerpo: nuestro progreso es la victoria del Señor. Y cuando lleguemos al hombre perfecto, a la medida de la plenitud de Cristo (Efes. IV), él juzgará la casa de Dios, según lo que dijo el Apóstol: Cristo, como hijo sobre su casa, cuya casa somos nosotros (Hebr. III, 6). Y a Timoteo: Si tardo, para que sepas cómo debes comportarte en la casa de Dios, que es la Iglesia del Dios viviente, columna y fundamento de la verdad (I Tim. III, 15). Y no solo juzgará su casa; sino que guardará los atrios del Señor, de los cuales está escrito: Adorad al Señor en su atrio santo (Sal. XXVIII, 2). Juzgará, o discernirá, a su señor, y según los méritos de cada uno, a uno le dará diez ciudades, y a otro cinco (Luc. XIX), y a otros en la Iglesia constituirá profetas, y a otros apóstoles, a otros maestros, a otros hacedores de señales (I Cor. XII), teniendo a unos por ojos, a otros por manos, a otros por pies, según lo que leemos: Dios se levantó en la sinagoga de los dioses, en medio de los dioses juzga (Sal. LXXXI, 1). También le dio del número de ángeles ministros, que estando en la carne son semejantes a los ángeles, y de los cuales hablaba el Apóstol: Nuestra ciudadanía está en los cielos (Filip. III, 20). Pues si los ángeles no se casan ni se dan en matrimonio, y quienes perseveran en la continencia virginal son semejantes a los ángeles (Mat. XXII), ¿por qué no hemos de pensar que los apóstoles y algunos santos dados a Jesús, que le asisten en la Iglesia, tienen la dignidad angélica, y nunca tienen los pies vacilantes, sino que permanecen firmes con el Señor que está de pie?

(Vers. 8, 9.) Escucha, Jesús, gran sacerdote, tú y tus amigos que habitan delante de ti, porque son hombres que presagian. He aquí que yo traigo a mi siervo el Renuevo, porque he aquí la piedra que he puesto delante de Jesús, sobre una piedra hay siete ojos. LXX: Escucha, pues, Jesús, gran sacerdote, y tus cercanos que se sientan ante ti, porque son hombres que observan prodigios, porque he aquí que yo traigo a mi siervo el Renuevo, porque la piedra que he puesto ante Jesús, sobre una piedra hay siete ojos. Los nuestros son presionados por los judíos en este lugar, porque según la consecuencia y el texto del discurso, más deberían entender a Jesús el sacerdote como el hijo de Josadac, que al Señor Salvador. Pues si el discurso es al Señor, y se dice a Cristo: Escucha, Jesús, gran sacerdote: ¿quién es de quien se infiere: He aquí que yo traigo a mi siervo el Renuevo, que por otro nombre se llama piedra, y ha sido puesto ante Jesús, y sobre esta piedra hay siete ojos? Por el contrario, los nuestros se esfuerzan por afirmar que tanto Jesús el gran sacerdote, como el Renuevo, y la piedra, según diversas inteligencias, se refieren a Cristo. Pero cómo se dice esto de él mismo como si fuera de otro, es muy difícil de explicar. Por tanto, quienes quieren que Jesús sea el hijo de Josadac, el gran sacerdote, interpretan a sus amigos que habitan o se sientan delante de él, y que son hombres que presagian, como sus discípulos y profetas. Pues los profetas han sido puestos como señal de lo futuro. ¿Qué es, entonces, lo que Jesús y sus amigos son obligados a

escuchar: Traeré a mi siervo el Renuevo, y lo demás? Arriba, Dios había prometido a Jesús, hijo de Josadac, el gran sacerdote, que si caminaba por sus caminos y guardaba sus preceptos, él mismo juzgaría su casa y guardaría sus atrios, y le daría ministros de dignidad angélica: ahora le dice a él y a sus amigos que la plena felicidad y la perfecta bienaventuranza vendrán cuando venga el Renuevo, de quien está escrito: He aquí, un hombre cuyo nombre es Renuevo (Zac. VI, 12). Y en Malaquías: Para vosotros, los que teméis mi nombre, se levantará el sol de justicia, y en sus alas traerá salud (Mal. IV, 2). Y en Números: Se levantará una estrella de Jacob, y un hombre de Israel (Num. XXIV, 17). En el Evangelio también leemos claramente de Cristo: En el cual nos visitará el Renuevo desde lo alto: para iluminar a los que habitan en tinieblas y en sombra de muerte, para guiar nuestros pies por el camino de la paz (Luc. I, 78). Este Renuevo también se llama piedra angular (Efes. II), porque une a ambos pueblos y asocia dos paredes en una casa: Este es piedra de tropiezo para los que no creen, de quien también se dice en los Salmos: La piedra que desecharon los edificadores, ha venido a ser cabeza de esquina: Esto es obra del Señor (Sal. CXVII, 22, 23). Sobre esta piedra hay siete ojos, de los cuales habla Isaías: Saldrá una vara del tronco de Isaí, y un vástago de sus raíces crecerá, y reposará sobre él el espíritu de Dios, espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de conocimiento y piedad, y lo llenará el espíritu del temor de Dios (Isa. XI, 1 y ss.). Quienes quieren que el gran sacerdote y sus amigos sean entendidos como el Señor Salvador y sus discípulos, interpretan a los hombres que observan prodigios, y presagian, de tal manera que lo refieren a los apóstoles (o discípulos), quienes han percibido sus signos místicos, y de lo presente han conocido lo futuro, mientras interpretan en aquel que fue ciego de nacimiento (Juan IX), los ojos restaurados sobre el pueblo de los gentiles, y en la mujer que padecía flujo de sangre (Mat. IX), explican a la Iglesia liberada de las obras de sangre. Pero lo que sigue: porque he aquí la piedra que he puesto delante de Jesús, los amantes de la historia lo entienden de Cristo, de manera que después de Jesús, hijo de Josadac, dicen que Cristo vendrá. Pues esto es estar delante de Jesús, es decir, en su presencia, y ante su rostro, para significar lo futuro, y ser llamado piedra por su fortaleza y firmeza, con la cual ha triturado todos los reinos, que también leemos en Daniel que fue cortada del monte sin manos (Dan. II).

(Vers. 10.) He aquí que yo esculpiré su escultura, dice el Señor de los ejércitos, y quitaré la iniquidad de esa tierra en un solo día. En ese día, dice el Señor de los ejércitos, cada hombre llamará a su amigo, bajo la vid y bajo la higuera. LXX: He aquí que yo cavaré una fosa, dice el Señor todopoderoso, y tocaré toda la iniquidad de esa tierra en un solo día. En ese día, dice el Señor todopoderoso, cada uno llamará a su prójimo bajo la vid y bajo la higuera. Arriba había dicho: he aquí la piedra que he puesto delante de Jesús, sobre una piedra hay siete ojos. Ahora consecuentemente mantiene la metáfora de la piedra, y dice: Esculpiré su escultura; o esculpiré su talla. Pues lo que está escrito en hebreo MAPHATE PHETHEE (), Aquila lo interpretó como διαγλύψω ἄνοιγμα αὐτῆς, es decir, esculpiré su apertura: Theodotion y Symmachus, esculpiré su escultura. Y el sentido es: Haré que esta piedra sea herida con los clavos de la cruz y la lanza del soldado, y en su pasión quitaré la iniquidad de la tierra en un solo día, de la cual está escrito: Este es el día que hizo el Señor, regocijémonos y alegrémonos en él (Sal. CXVII, 24). En ese día de la pasión de Cristo, el hombre que es perfecto en Cristo, y ha ascendido con los apóstoles a la cumbre de la benevolencia del Señor, llamará a su prójimo, ya sea a los creyentes de entre los judíos, o ciertamente al pueblo de los gentiles, bajo la vid que se llama Sorec, y de la cual dice en el Evangelio: Yo soy la vid (Juan XV, 1), y cuyo fruto alegra el corazón del hombre: y bajo la higuera, los frutos dulcísimos del Espíritu Santo, para que descansen en paz eterna, y con la sedición del mundo y la sangre de los guerreros reprimida, sepan que están bajo el rey, cuyo nombre místico en Salomón es paz. De esta misma sesión bajo la vid y bajo la higuera, también el profeta Miqueas hace mención,

diciendo: En ese día cada uno llamará a su prójimo, y a su hermano bajo su higuera y su vid, y no habrá quien aterrorice (Miq. IV, 4). Pero lo que está escrito según los Setenta: He aquí que yo cavaré una fosa, podemos entender la fosa o cavidad como la escultura de la piedra: pues todo lo que se esculpe y cava. Sin embargo, si alguien más contencioso no quiere referir esto a la piedra; sino que tenga como propio principio y su propio sentido, digamos que Dios todopoderoso en el día de la pasión de su Hijo, o (como piensan los judíos, en el último fin del mundo, cuando venga a juzgar) cavará y sacará a la luz las obras de cada uno, y tocará toda la tierra en el día del juicio: pues este es el día único, y en ese día cada uno de los santos llamará a sus compañeros y amigos, que también son santos, al descanso, y se alegrará con la virtud de sus obras.

(Cap. IV.---Vers. 1.) Y el ángel que hablaba en mí regresó, y me despertó como a un hombre que se despierta de su sueño. LXX: Y el ángel que hablaba en mí regresó, y me despertó como suele despertarse un hombre de su sueño. Pues, ¿a dónde había ido para que regresara, especialmente quien hablaba en el profeta, y no podía estar sin aquel en quien hablaba? Pero cada vez que la fragilidad humana se deja a su propia debilidad, debemos creer que el auxilio de Dios y de sus ángeles se aleja de nosotros. Por tanto, el profeta, atónito por la gran visión, estaba entorpecido en toda su mente, y no podía ver la clara luz de la verdad: por lo cual es despertado de la visión pasada a otra visión como despertando de un sueño, para que vea lo que con los ojos cerrados no veía. Digamos también de otra manera. El proverbio de Salomón es testimonio: Si te sientas, estarás sin temor: pero si duermes, dormirás dulcemente, y no temerás el terror que te sobrevenga, ni los ataques de los impíos que se precipiten (Prov. III, 23 y ss.). Quien duerma este sueño, y oiga dicho de sí lo que leemos escrito de Lázaro: Si duerme, se salvará (Juan XI, 12), podrá cantar con la esposa: Yo duermo, pero mi corazón vela (Cant. V, 2). Veamos, pues, a qué contemplaciones se levanta el profeta como de un sueño.

(Vers. 2 seqq.) Y me dijo: ¿Qué ves? Y dije: Vi, y he aquí un candelabro de oro todo él, y su lámpara sobre su cabeza: y siete lámparas sobre él: siete y siete vertederos para las lámparas que estaban sobre su cabeza. Y dos olivos sobre él, uno a la derecha de la lámpara, y otro a su izquierda. Y respondí, y dije al ángel que hablaba conmigo, diciendo: ¿Qué son estos, señor mío? Y respondió el ángel que hablaba conmigo, y me dijo: ¿No sabes qué son estos? Y dije: No, señor mío. Y respondió, y me dijo, diciendo: Esta es la palabra del Señor a Zorobabel, diciendo: No con ejército, ni con fuerza; sino con mi espíritu, dice el Señor de los ejércitos: ¿Quién eres tú, oh gran monte, delante de Zorobabel en llanura? y sacará la piedra principal, y nivelará la gracia de su gracia. LXX: Y me dijo: ¿Qué ves? Y dije: Vi, y he aquí un candelabro de oro todo él, y una lámpara sobre él; y siete lámparas sobre él, y siete vertederos de las lámparas que estaban sobre él. Y he aquí dos olivos sobre él, uno a la derecha de la lámpara, y otro a la izquierda: y pregunté, y dije al ángel que hablaba conmigo, diciendo: ¿Qué son estos, Señor? Y respondiendo el ángel que hablaba conmigo, me dijo: ¿No sabes qué son estos? Y dije: No, señor. Y respondió y me dijo, diciendo: Esta es la palabra del Señor a Zorobabel, diciendo: No con gran fortaleza, ni con fuerza, sino con mi espíritu, dice el Señor omnipotente: ¿Quién eres tú, oh gran monte, ante la presencia de Zorobabel, para corregir? y sacaré la piedra de la herencia: la igualdad de la gracia de su gracia. El ángel que despertó a Zacarías como a un hombre que se levanta del sueño, pregunta qué ha visto, para que al responder él, y no saber, y preguntar qué ve, y decir: ¿Qué son estos, señor mío? escuchemos de él: Esta es la palabra del Señor a Zorobabel: No con ejército, ni con fuerza; sino con mi espíritu, dice el Señor. Digamos, pues, recorriendo cada cosa, primero lo que parece a los hebreos, de quienes en el Antiguo Testamento hemos sido instruidos: luego a través de estos como escalones ascendamos a las cumbres de la Iglesia. El candelabro de oro

sólido, interpretan como la Ley, es decir, νόμος. La lámpara, es decir, la llama que brilla y resplandece en la cima del candelabro, es Cristo, quien es la cabeza de la Ley, y ilumina todo el mundo. Las siete lámparas sobre el candelabro, las siete gracias del Espíritu Santo, de las cuales hemos dicho antes, que en una piedra hay siete ojos. No hay duda de que la Ley fue escrita bajo la inspiración del Espíritu Santo. Los siete vertederos en los que hay aceite, que se vierte en las lámparas que brillan sobre el candelabro, quieren que se entienda que estas siete gracias descenden del cielo a los hombres a través de la Ley. Los dos olivos sobre el candelabro a la derecha e izquierda, entre los cuales brilla la lámpara en medio, interpretan como la Ley y los Profetas. Y cuando el profeta narró su visión, sin saber qué veía, pregunta al ángel que hablaba en él, es decir, al sentido iluminado por Dios. Este ángel es nuestro, quien prudentemente entendiendo, nos indica la voluntad de Dios, y dice: ¿Qué son estos, señor mío? Pero el ángel no explica la visión del profeta, como se le había pedido; sino que vuelve a preguntar al que pregunta: ¿No sabes qué son estos? Al responder él, no sé: también él respondió; Esta es la palabra del Señor a Zorobabel diciendo: No con ejército, ni con fuerza, sino con mi espíritu, dice el Señor. La palabra del Señor a Zorobabel, que habló no con ejército, ni con fuerza; sino con mi espíritu, es la interpretación de la visión: no con ejército, ni con multitud de guerreros; sino con el espíritu de Dios el pueblo es traído de vuelta, y será traído más plenamente, y los adversarios serán devastados. Lo que sigue: ¿Quién eres tú, oh gran monte, delante de Zorobabel en llanura; lo entienden dicho al diablo, que estaba a la derecha de Jesús, para oponerse a él, y se elevaba contra Zorobabel y el pueblo de los judíos. Pero fue convertido en llanura y humillado; y yace bajo los pies de Israel, porque Dios sacará la piedra principal, a Cristo su Hijo quien siempre fue auxilio al pueblo de Israel. Y su gracia, es decir, la de la piedra en aquellos que trajo de la cautividad, igualará la gracia que siempre ejerció en sus padres. Esto encontramos dicho por los hebreos. Ahora discutamos lo que ha sido escrito por los hombres eclesiásticos en los Comentarios. El candelabro de oro puro lo entienden como la Iglesia, que en las Escrituras santas busca el sentido y la mente más que las palabras. Que en el sentido se tome el oro, lo muestran las partes posteriores y los hombros de la paloma en el salmo sesenta y siete: que se dice que irradian con el verdor o resplandor del oro. La lámpara también la entienden como Cristo, que brilla en la Iglesia, quien decía de sí mismo: Nadie enciende una lámpara, y la pone debajo del celmín (Mat. V, 15), es decir, bajo la medida de la Ley; sino sobre el candelabro, es decir, la libertad del Evangelio, para que ilumine a todos los que están en la casa. Las siete lámparas y sus vertederos también las entienden como las gracias del Espíritu Santo, por las cuales la Iglesia recibe el aceite de la misericordia de Dios y de todas las virtudes. Los dos olivos sobre el candelabro también los entienden como Moisés y Elías, que hablaban con el Señor en el monte, y significaban lo que iba a sufrir en Jerusalén (Mat. XVII). Porque toda la ley y los profetas predicán sobre la pasión de Cristo. Otros interpretan los dos olivos a la derecha y a la izquierda como la Ley y el Evangelio, para que a la derecha esté el Evangelio, a la izquierda la Ley: de la cual derecha e izquierda se dice en el Cantar de los Cantares: Su izquierda está bajo mi cabeza, y su derecha me abraza (Cant. II, 6). Pero muchos de los nuestros interpretan el monte como el diablo y el Anticristo, que se atrevería a estar ante Zorobabel (de quien nacerá Cristo), y a erigirse, y a decir en el Evangelio: Todo esto me ha sido entregado, y te lo daré, si postrándote me adoras (Mat. IV, 9). A quien el Señor, derribándolo con sus pies, y haciéndolo humilde de soberbio, y abatido, dice: Vete, Satanás, porque está escrito: Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás (Ibid., 10, y Deut. VI, 13). Y dan ejemplo en el Evangelio del lunático, a quien los apóstoles no pudieron sanar, preguntan por qué no pudieron sanarlo, y oyen: En verdad os digo, si tuvierais fe como un grano de mostaza, diréis a este monte, pásate de aquí, y se pasará; y nada os será imposible. Pero este género no se expulsa sino con oración y ayuno (Mat. XVII, 19, 20). Allí el monte se toma claramente como el diablo. Pero otros, con poca temeridad, refieren esto que

claramente se dice del diablo a Cristo, quien en las Escrituras santas es llamado monte muchas veces. No es necesario dar ejemplos, de los cuales hay gran cantidad. Pero son llevados a este error porque está escrito en los Setenta: ¿Quién eres tú, oh gran monte, ante la presencia de Zorobabel, para corregir? que evidentemente este monte que está ante la presencia de Zorobabel, es decir, que descienda de la estirpe de Zorobabel, quiera corregir el mundo él mismo, y de él sea lo que sigue: Sacaré la piedra de la herencia de la cual está escrito: Tú eres quien restituirá mi herencia a mí (Sal. XV, 5). Y en otro lugar: Eligió para nosotros su herencia, la hermosura de Jacob que amó (Sal. XLVI, 5). Y de nuevo: La parte del Señor es Jacob, la cuerda de su herencia es Israel (Sal. CIV). Y en el segundo salmo: El Señor me dice, tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy. Pídeme, y te daré las naciones por herencia tuya (Sal. XI, 7, 8). Pero el Señor sacará la piedra principal, de la cual leemos: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Y: Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho fue hecho (Juan I, 1, 3). Lo que dice: Igualará la gracia de su gracia, significa esto. Todos nosotros de su plenitud hemos recibido, y gracia sobre gracia, es decir, por la gracia de la Ley, la gracia del Evangelio, para que la gracia sea igual, y el don igual lo reciban tanto los creyentes de Israel como el pueblo de los gentiles. Por eso Gabriel habla a María: Has hallado gracia ante el Señor (Luc. I, 30). Y el apóstol Pablo escribe: Porque por gracia sois salvos (Efes. II, 8); Y el evangelista Juan: La Ley, dice, fue dada por Moisés; pero la gracia y la verdad vinieron por Jesucristo (Juan I, 17).

(Vers. 8 seqq.) Y vino a mí la palabra del Señor diciendo: Las manos de Zorobabel han fundado esta casa, y sus manos la terminarán, y sabréis que el Señor de los ejércitos me ha enviado a vosotros. ¿Quién ha despreciado los días pequeños? y se alegrarán, y verán la piedra de estaño en la mano de Zorobabel. Estos siete ojos son del Señor, que recorren toda la tierra. LXX: Y vino a mí la palabra del Señor diciendo: Las manos de Zorobabel han fundado esta casa, y sus manos la completarán. Y sabrás que el Señor omnipotente me ha enviado a ti: ¿quién ha despreciado en los días pequeños? y se alegrarán, y verán la piedra de estaño en la mano de Zorobabel: estos siete ojos son del Señor, que miran sobre toda la tierra. De los hebreos, y de los nuestros se dicen muchas cosas, de las cuales siguiendo algunas, y rechazando otras, exponremos lo que nos parece, manteniendo la verdad de la historia, para que a partir de esta podamos reconocer a aquel que es profetizado a través de la historia. Las manos de Zorobabel, príncipe de los judíos, que regresaron de Babilonia, hicieron los cimientos del templo, y sus manos llegarán hasta las cumbres del templo, completando lo que comenzaron, y construyendo todo lo que fue comenzado. Leemos en Esdras que el templo fue comenzado y terminado por Zorobabel (I Esd. IV y VI). Y cuando, dice el profeta Zacarías, en el templo que ahora edificáis, veáis puesto el culmen por vosotros, entonces entenderéis que fui enviado por el Señor, y que lo que he hablado, lo dije por mandato suyo. ¿Quién ha despreciado los días pequeños? Aquí "quién" se toma por raro, según aquello: ¿Quién piensas es el mayordomo fiel y prudente (Luc. XII, 42)? Y, Señor, ¿quién habitará en tu tabernáculo, y quién ascenderá a tu monte santo (Sal. XIV, 1)? Es raro, pues, quien desprecia los días pequeños de este siglo, y considera que el poder real no es nada. Cuando veamos a los poderosos del siglo brillar con oro, púrpura, y resplandecer con gemas, rodeados de ejército, digamos en nosotros: ¿quién, piensas, desprecia los días pequeños? Por eso Jacob, entendiendo la vida de los hombres breve, dice: Son pocos, y malos los días de mi vida (Gen. XLVII, 9). Quienes, pues, desprecien los días pequeños (esto se refiere al poder real, para advertir a Zorobabel, y a Jesús, y al pueblo que edifican el templo de Dios, prohibiéndoles temer a los adversarios; sino escuchar al Señor animándolos), por despreciar la grandeza real, se alegrarán y verán la ayuda del Salvador, que se promete de la estirpe de Zorobabel, y por su fortaleza, es llamado piedra, y piedra de estaño: Por lo cual en hebreo está escrito ABDIL

[Al. Abdel], (), porque es muro y fortaleza y fuerza de los creyentes. Así como el estaño defiende a otros metales del fuego, y siendo de naturaleza durísima como el bronce y el hierro, si está sin estaño, se quema y se consume, así toda fortaleza de ángeles y hombres, si no tiene la ayuda del Salvador, se prueba débil y frágil. Pero esta piedra, es decir, la masa, que en hebreo se escribe ABDIL, es decir, de estaño, se etimologiza como ἀποχωρίζων, es decir, separador, y segregador, para que así como el estaño disocia los metales mezclados y adulterados entre sí por el fuego: así el Señor, verdadero probador y χωνευτής, separe del oro y la plata de las buenas obras el bronce de los vicios y el plomo, para que quede el oro puro y la plata. En otras palabras, este ἀποχωρίζων y separador en el Evangelio se escribe: Su aventador está en su mano, y él limpiará su era, y separará la paja del trigo (Luc. III, 17), quien clama por Jeremías: ¿Qué tiene la paja con el trigo? dice el Señor (Jer. XXIII, 28). Muchos de los nuestros interpretan las manos de Zorobabel, que fundó la casa, y él mismo la completó, como Cristo. Si aceptamos esto, nos veremos obligados a explicar qué es la piedra de estaño en la mano de Zorobabel. ¿No se debe aprobar otro Cristo en la mano de Cristo? Aunque algunos han tomado la piedra de estaño como el cuerpo del Señor, que no fue manchado por ninguna mácula de pecados, ni se llama plomo, sino estaño purísimo. Los siete ojos, que recorren toda la tierra, y juzgan todo, hemos expuesto antes, son los siete espíritus: y que nada se oculta a Dios, quien es consciente de lo pasado, lo presente, y lo futuro, y da a cada uno según sus obras, especialmente cuando venga en la persona del que separa a los buenos de los malos, y del fundidor.

(Vers. 11 seqq.) Y respondí, y le dije: ¿Qué son estos dos olivos a la derecha del candelabro y a su izquierda? Y respondí por segunda vez, y le dije: ¿Qué son las dos espigas de los olivos que están junto a los dos picos de oro, en los cuales hay tubos de oro? Y él me dijo: ¿No sabes qué son estos? Y dije: No, señor mío. Y él dijo: Estos son los dos hijos del aceite, que están delante del Señor de toda la tierra. LXX: Y respondí, y le dije: ¿Qué son estos dos olivos a la derecha del candelabro y a la izquierda? Y pregunté por segunda vez, y le dije: ¿Qué son las dos ramas de los olivos que están en las manos de las dos narices de oro, y que vierten y retiran los tubos de oro? Y él me dijo: ¿No sabes qué son estos? Y dije: No, señor. Y él dijo: Estos son los dos hijos de la unción, que están delante del Señor de toda la tierra. Al preguntar el profeta qué significaban los dos olivos, de los cuales uno estaba a la derecha del candelabro y el otro a la izquierda, el Señor o el ángel del Señor no quiso responder. Lo que el profeta entendiendo, pregunta por segunda vez, y dice: ¿Qué son estas dos espigas de los olivos, o dos ramas? preguntando sobre lo menor, ya que no mereció escuchar lo mayor. Estas dos ramas están en la mano de las dos narices, o sobre los dos picos de oro, que en hebreo se llaman SINTHOROTH, en griego μωξωτήρες, que también son dos μωξωτήρες, sobre los cuales están las dos espigas, o dos ramas de los olivos de oro purísimo. Y cuando el profeta preguntó también sobre las dos ramas, y fue interrogado de nuevo por el ángel si sabía qué significaban las dos ramas, y él dijo: No, Señor: el ángel del Señor respondió: Estos son los dos hijos del aceite, como quiso Symmachus, o de la στιλπνότητος, como tradujo Aquila, es decir, del esplendor: o de la ποιότητος, es decir, de la unción, como tradujeron los Setenta: o de la λαμπρότης, es decir, de la claridad, como tradujo Theodotion: que están delante del Señor de toda la tierra. Sobre los dos olivos que estaban a la derecha de la lámpara y a la izquierda, leímos anteriormente. Y por eso ahora preguntando sobre esto el profeta, no merece escuchar, porque no retiene lo anterior, o porque lo que allí se dijo de manera más oscura, aquí desea escuchar de manera más clara, o ciertamente el silencio del ángel refuta su obstinación, porque pretende saber cosas mayores, aunque los hebreos afirman que no escuchó nada al preguntar sobre los olivos, porque no preguntó bien, ni buscó todo lo que debía saber. Finalmente, después pregunta más plenamente añadiendo, espigas o

ramas de los olivos, sobre las cuales había guardado silencio antes; pues allí dijo: ¿Qué son estos dos olivos? aquí pregunta; ¿Qué son las dos espigas de los olivos? μεταφορικῶς porque a modo de espigas son rectos los árboles, y como espigas con aristas, así estas están cubiertas por un cierto vallado de ramas y hojas y se elevan hacia lo alto. Algunos de los nuestros interpretan los dos olivos como el Hijo y el Espíritu Santo, y la lámpara del medio como Dios Padre. Pero no sé cómo sin blasfemia, uno lo toman a la derecha, el otro a la izquierda. También explican las ramas, o espigas de los olivos, como la encarnación del Salvador y la semejanza de la paloma del Espíritu Santo, porque no podemos ver los olivos enteros, sino una parte y, por así decirlo, los pequeños brotes de la encarnación de Cristo, y la manifestación del Espíritu Santo nos han sido mostrados. Otros entienden los dos Testamentos, a la derecha el Evangelio, a la izquierda la Ley, porque en uno está el sentido espiritual, en el otro el corporal; y porque no podemos explicar ni todo el Evangelio, ni toda la Ley, y ahora conocemos en parte, y en parte profetizamos (I Cor. XIII. 9), y aún no podemos entender lo que es perfecto. Hay quienes interpretan las dos ramas de los olivos o las dos espigas, y los hijos de la unción o del esplendor, como el sacerdocio y la Ley, que proporcionan alegría a toda la tierra. Otros a Enoc y Elías, de los cuales uno agradó a Dios en la incircuncisión, el otro en la circuncisión, y fue arrebatado al cielo con el cuerpo (Gen. V, y I Reg. II). Por esplendor, y aceite, y unción, y claridad, en hebreo leemos ISAAR (), según lo que está escrito sobre la alegría y felicidad de los santos en los Salmos: Se embriagarán de la abundancia, o de la unción de tu casa (Sal. XXXV, 9): πίότης [Al. πίότητος] suena más a unción que a abundancia. Esto lo hemos dicho como hemos podido, y como nuestras pequeñas fuerzas han podido soportar, tocando brevemente las diversas opiniones de los hebreos y de los nuestros, si alguien dice mejor, incluso más verdaderamente, y nosotros con gusto nos adherimos a lo mejor. (Cap. V.---Vers. 1 seqq.) Y me volví, y levanté mis ojos, y vi, y he aquí un rollo volando, y me dijo: ¿Qué ves? Y dije: Veo un rollo volando: su longitud es de veinte codos, y su anchura de diez codos. Y me dijo: Esta es la maldición que saldrá sobre la faz de toda la tierra: porque todo ladrón, como está escrito allí, será juzgado, y todo el que jura de este modo será juzgado. Lo sacaré, dice el Señor de los ejércitos, y vendrá a la casa del ladrón, y a la casa del que jura falsamente en mi nombre, y morará en medio de su casa, y la consumirá, y sus maderas, y sus piedras. LXX: Y me volví, y levanté mis ojos, y vi una hoz volando. Y me dijo: ¿Qué ves? Y dije: Veo una hoz volando, de longitud de veinte codos, y de anchura de diez codos. Y me dijo: Esta es la maldición que sale sobre la faz de toda la tierra: porque todo ladrón de aquí hasta la muerte será castigado, y todo perjurio de aquí hasta la muerte será atormentado. Y lo sacaré, dice el Señor omnipotente, y entrará en la casa del ladrón, y en la casa del que jura falsamente en mi nombre, y descansará en medio de su casa, y lo consumirá, y sus maderas, y sus piedras. El profeta dice que se volvió a otra visión, y levantando mis ojos de las cosas alegres y felices a las más tristes, veo un rollo volando que en hebreo se llama MEGELLA [Al. Gemell.] (), y que Aquila y Theodotion tradujeron como διφθέρα, Symmachus como κεφαλὴς, es decir, capítulo, según lo que leemos en el salmo: En el capítulo del libro está escrito de mí (Sal. XIX, 8); o según los Setenta δρέπανον πετόμενον, es decir, hoz volando. Porque todo lo que había visto antes, anunciaba la edificación del templo, la venida del Señor Salvador, la libertad del pueblo de Babilonia. Así que para que su corazón no se elevara con el Apóstol (a quien se le dio un ángel de Satanás para que lo abofeteara (II Cor. XII), para que no se exaltara), él mismo ve también las cosas tristes, para que lo que había crecido en arrogancia por la revelación de las cosas buenas, disminuya por la amenaza de las cosas tristes. Se muestra un rollo volando, en el cual están descritos los pecados de todos, para que cada uno reciba según sus obras, ya sea bueno o malo, como dice Daniel: Se colocaron tronos, y se abrieron libros (Dan. VII, 10). Pero si tomamos la hoz, como tradujeron los LXX, tomemos un ejemplo del Apocalipsis de Juan, en el cual está escrito: Y respondió el ángel, y le dijo al que estaba sentado sobre el caballo:

Mete tu hoz afilada, y cosecha tu viña, porque sus uvas están maduras (Apoc. XIV, 18). En lugar de hoz en Deuteronomio leemos flechas y espada: Embriagaré mis flechas con sangre, y mi espada devorará carne (Deut. XXXII, 42). Y porque Dios no perdonó a los ángeles pecadores, que por su propio vicio perdieron la morada celestial, por eso él mismo dice por Isaías: Mi espada se ha embriagado en el cielo (Isa. XXXIV, 5). Todos los pecadores del pueblo perecerán por la espada, no ciertamente por la espada corporal (ya que hay muchos y diversos caminos hacia la muerte además de la espada), sino por la espada espiritual, con la cual serán heridos los que no hicieron penitencia, y a quienes el Salmista amenaza proclamando: Si no os convertís, afilará su espada: ha tensado su arco, y lo ha preparado: y en él ha preparado vasos de muerte (Sal. VII, 13 y 14). Y en Jeremías leemos: ¿Hasta cuándo cortarás, espada del Señor? ¿Hasta cuándo no descansarás? Vuélvete a tu vaina (Jer. XLVII, 6). Esta espada no solo se llama hoz, que corta la hierba, la paja y las espinas; sino que también se llama hacha de los árboles, que cortará a aquellos que no produzcan frutos dignos de penitencia. Y de los cuales Juan el Bautista proclamaba: He aquí, el hacha está puesta a la raíz de los árboles: Todo árbol que no da buen fruto, será cortado y echado al fuego (Mat. III, 10). Este rollo en el que están descritos los pecados de todos, o la hoz que corta todos los delitos, se envía a la viña de los sodomitas, de la cual está escrito: Nuestros enemigos son insensatos: de la viña de los sodomitas es su viña, y su descendencia de Gomorra: Su uva es uva de hiel, y racimo de amargura para ellos. La furia de los dragones es su vino y la furia de la víbora es incurable (Deut. XXXII, 31 seqq.). Esta hoz tiene veinte codos de longitud, y diez de anchura, en cuyo número se asocian las cosas tristes con las alegres. Porque el Señor corrige para enmendar. En el vigésimo, que se compone de dos décadas, se anuncian cosas austeras y tristes: en el décimo, es decir, una década, cosas mejores y prósperas: porque en todos los castigos y sufrimientos se educa a Israel. Y al mismo tiempo advertimos a aquellos que consideran pequeños los crímenes de robo y perjurio, que se introduce una maldición que está escrita en el rollo y la hoz, en la casa del ladrón y del perjurio, y morará en ella, y consumirá toda su madera y piedras. Si en estas cosas que se consideran menores (digo robo y perjurio) hay tanta amenaza de castigo, ¿qué diremos de la fornicación, adulterio, homicidio, sacrilegio, y todos los crímenes, que el Apóstol enumera entre las obras de la carne (Gál. V)? Leí que los veinte codos de longitud, y diez de anchura, se refieren a la edad del Señor Salvador, es decir, forman el número treinta: que el Padre no juzga a nadie: sino que todo juicio lo ha dado al Hijo, y por él el mundo será juzgado (Juan V).

(Vers. 5 seqq.) Y salió el ángel que hablaba en mí, y me dijo: Levanta tus ojos, y ve qué es esto que sale. Y dije: ¿Qué es? Y él dijo: Esta es una ánfora que sale; y dijo: Este es el ojo de ellos en toda la tierra. Y he aquí un talento de plomo era llevado, y he aquí una mujer sentada en medio de la ánfora. Y él dijo: Esta es la impiedad, y la arrojó en medio de la ánfora, y puso una masa de plomo en su boca. LXX: Y salió el ángel que hablaba en mí, y me dijo: Levanta tus ojos, y ve qué es lo que sale; y dije, ¿Qué es? Y él dijo: Esta es la medida que sale. Y él dijo: Esta es la iniquidad de ellos en toda la tierra. Y he aquí un talento de plomo fue elevado: y he aquí una mujer sentada en medio de la medida, y él dijo: Esta es la iniquidad, y la arrojó en medio de la medida, y arrojó una piedra de plomo en su boca. Una ánfora o medida salía, y era llevada en el aire. Y para que no dudáramos con qué nombre propio se llama, el mismo ángel, que mostró la ánfora, o medida, le pone nombre, y dice, según los Setenta, esta es la iniquidad de ellos en toda la tierra; según los hebreos: Este es el ojo, es decir, la manifestación de todos los pecados. Y he aquí una mujer sentada en medio de la ánfora, o medida, que en hebreo se llama EPHA (), y a menudo es traducida por los LXX como οἶφι [Al. ephi]; y esta misma mujer se llamaba impiedad. Cuando esto veía, he aquí un talento de plomo, es decir, una masa como una piedra era llevada, ya sea por su propio impulso, o por orden del Señor, o era llevada por otro cuyo nombre se omite. El ángel que hablaba en el

profeta, y saliendo de él, le mostraba todo, tomó a la mujer que se llamaba impiedad, y la arrojó precipitadamente en medio de la ánfora, que antes se llevaba libremente, y sentada sobre la ánfora, se mostraba a todos. Y para que no levantara de nuevo la cabeza, y se alegrara en su iniquidad e impiedad, el talento de plomo en forma de una piedra muy pesada lo pone en la boca de la ánfora: para que oprima y encierre la impiedad en medio, de modo que de ninguna manera pueda salir. Esto lo hemos considerado como sombras y líneas de la imagen futura, para que lo que queda lo llenemos con sus colores. El ángel que hablaba en el profeta, saliendo de él, y como hablando de cerca, le ordena que levante sus ojos, y vea los pecados del pueblo de Israel acumulados en una medida perfecta, y llenos los delitos de todos: y este es el ojo de ellos, que en hebreo se dice ENAM (), y se escribe con AIN, JOD, NUN, MEM: O su iniquidad; que si se escribiera con la letra VAU, se leería correctamente ONAM [Al. UNAM] (), como pensaron los LXX: y este error ha crecido frecuentemente en la edición Vulgata, ya que las letras VAU y JOD tienen la misma forma, pero de diferente tamaño, una se lee por la otra. Esta ánfora o medida, es el ojo de ellos en toda la tierra, es decir, la manifestación de los pecados, para que los vicios de los cuales estaban dispersos y ocultos, acumulados en uno, se mostraran a los ojos de todos, para que Israel saliera de su lugar, y se mostrara a todas las naciones cómo había sido en su tierra. Y he aquí un talento de plomo era llevado. En lugar de talento de plomo, en lo siguiente leemos piedra de plomo. Talento se llama CHACHAR (); piedra ABEN (). Es la misma piedra de plomo, que también es el talento de plomo, que nosotros expresando más claramente, hemos interpretado como masa o esfera de plomo, de lo cual se significa el peso gravísimo de los pecados. Y sobre esta medida y ánfora de todos los delitos, en medio estaba sentada la impiedad, que podemos llamar de otro modo idolatría, y negación de Dios. Por eso el Salvador dice a los judíos: Llenad la medida de vuestros padres (Mat. XXIII, 32). Esta impiedad que estaba sentada sobre los pecados de Israel, y se gloriaba en su crimen, después es arrojada en medio de Babilonia, y es oprimida por el mal de la cautividad. O según Theodotion, ella misma se arroja y se esconde en medio de la ánfora, y lleva sobre sí el peso gravísimo de plomo, para que tenga la boca cerrada, y no pueda jactarse más. O ciertamente es oprimida por el ángel de Dios, para que la que antes se alegraba en el crimen, enmudezca en silencio eterno. A dónde, y por quiénes es llevada cerrada, la siguiente lectura lo enseña.

(Vers. 9 seqq.) Y levanté mis ojos, y vi, y he aquí dos mujeres saliendo, y el espíritu en sus alas, y tenían alas como alas de milano, y levantaron la ánfora entre la tierra y el cielo. Y dije al ángel que hablaba en mí: ¿A dónde llevan estas la ánfora? Y me dijo: Para que se le construya una casa en la tierra de Senaar, y se establezca, y se coloque allí sobre su base. LXX: Y levanté mis ojos, y vi, y he aquí dos mujeres saliendo, y el espíritu en sus alas, y ellas tenían alas como las alas de abubilla. Y levantaron la medida entre la tierra y el cielo. Y dije al ángel que hablaba en mí: ¿A dónde llevan estas la medida? Y me dijo: Para que le construyan una casa en la tierra de Babilonia, y la preparen, y la pongan allí sobre su sede. Los judíos consideran que las dos mujeres que salen representan el reino de los medos y macedonios, ambos afligieron al pueblo babilonio, y allí su impiedad estableció su sede. Sin embargo, esto lo inventan hábilmente para que lo que se ha dicho de ellos no se entienda en ellos mismos. Las dos mujeres que salen, sin duda, deben entenderse como las doce tribus de la tierra de Judea: unas capturadas por los asirios, otras por los caldeos. Y en sus alas había espíritu, es decir, el poder del diablo, del cual está escrito en el Eclesiastés: Si el espíritu del que tiene poder se eleva sobre ti, no dejes tu lugar (Ecl. X, 4). Y en el Evangelio leemos del espíritu inmundo que, cuando es expulsado de su casa, recorre lugares desiertos y áridos, y con otros siete espíritus peores que él, regresa a su casa original (Luc. XI). Por este espíritu, estas mujeres, como llevadas por el viento y el soplo, eran transportadas con vuelo rápido, y

tenían alas; según el hebreo ASIDA (), que Aquila, Símaco y Teodoción tradujeron como herodión; solo los LXX tradujeron como abubilla. Los hebreos consideran a la asida como un milano, un ave muy rapaz, siempre al acecho de las aves domésticas; mientras que los que han escrito sobre la naturaleza de las aves consideran que hay tres tipos de herodión: uno blanco, otro estrellado; el tercero negro, que es el más feroz y sanguinario, y tan impaciente en el apareamiento que la sangre brota de sus ojos. La abubilla, que hemos tomado por similitud del nombre griego (pues ellos también la llaman popa por considerar los excrementos humanos), se dice que es un ave muy sucia, siempre habitando en sepulcros, siempre en excrementos humanos: de hecho, se dice que hace su nido de ellos, y alimenta a sus crías con gusanos de excremento en descomposición. Cualquiera de las tres aves que quieras entender como asida, conviene a estas mujeres de Judá e Israel, que por sus pecados putrefactos fueron entregadas al poder de los demonios, y llevadas por ellos al cautiverio. Y llevaron la ánfora o medida, en la que se mantenía encerrada la impiedad, con una masa de plomo colocada encima para que no pudiera salir, y el peso más pesado de todos los pecados a través del aire entre la tierra y el cielo. Lo que el profeta entendía, no preguntaba qué eran estas mujeres (pues era evidente para el espíritu profético) ni qué significaban, de lo cual había sido instruido antes; sino a dónde las llevaban. Finalmente, sigue: Dije al ángel que hablaba en mí: ¿A dónde llevan estas la ánfora? Y él respondió: Para que se le construya una casa en la tierra de Senaar. Por lo cual los Setenta tradujeron, en la tierra de Babilonia. Senaar es el campo de los caldeos, en el cual aquellos que se movieron desde el oriente, y no podían permanecer en el servicio de Dios, construyeron la torre de la soberbia (Gén. XI); de donde la ciudad misma fue llamada Babilonia, es decir, confusión, porque allí las lenguas de todos fueron confundidas y mezcladas. La impiedad, por tanto, es llevada por estas mujeres a Babilonia: para que allí se le construya su casa, y se establezca, y se coloque sobre su base, y repose en una estación eterna. En verdad, en Babilonia está la sede de la impiedad, tanto según la historia como según los entendimientos místicos. Si quisieras entender a las dos mujeres como los pueblos de los herejes y los judíos (de los cuales ambos salen de la presencia de Dios, y son llevados por un espíritu incierto, y tienen alas de milano, herodión y abubilla, mientras siempre hacen riquezas al modo de la perdiz, no con juicio (Jerem. XVII), y se apresuran a arrebatar de la Iglesia, y se deleitan en contiendas y disputas, y a quienes engañan, los arrastran a la perdición, se revuelcan en el lodo de las lujurias y en las inmundicias eternas), estas mujeres levantan el peso más pesado de la impiedad, y construyen su casa en la confusión, y sirven al rey babilonio, para que allí habiten los pueblos de los herejes y los judíos, donde moran las idolatrías, sirviendo a la madera y a las piedras.

(Cap. VI.) Y me volví, y levanté mis ojos, y vi: Y he aquí cuatro carros saliendo de en medio de dos montes, y los montes, montes de bronce. En el primer carro caballos rojos, en el segundo carro caballos negros, y en el tercer carro caballos blancos, y en el cuarto carro caballos variados y fuertes. Y respondí, y dije al ángel que hablaba en mí: ¿Qué son estos, señor mío? Y el ángel respondió, y me dijo: Estos son los cuatro vientos del cielo, que salen para estar delante del Señor de toda la tierra. En el que había caballos negros, salían hacia la tierra del norte, y los blancos salieron tras ellos, y los variados salieron hacia la tierra del sur. Y los que eran muy fuertes, salieron, y buscaban ir y recorrer toda la tierra. Y dijo: Id y recorred la tierra, y recorrieron la tierra. Y me llamó, y me habló, diciendo: He aquí los que salen hacia la tierra del norte, han hecho descansar mi espíritu en la tierra del norte. LXX: Y me volví, y levanté mis ojos, y vi: Y he aquí cuatro carros saliendo de en medio de dos montes, y los montes eran montes de bronce. En el primer carro caballos rojos, y en el segundo carro caballos negros, y en el tercer carro caballos blancos, y en el cuarto carro caballos variados estorninos. Y respondí, y dije al ángel que hablaba en mí: ¿Qué son estos, señor? y el ángel que hablaba en mí respondió, y dijo: Estos son los cuatro vientos del cielo,

que salen para asistir al Señor de toda la tierra. En el que había caballos negros, salían sobre la tierra del norte, y los blancos salían tras ellos, y los variados salían hacia la tierra del sur, y los estorninos salían, y consideraban recorrer la tierra. Y dijo: Id y recorred la tierra, y recorrieron la tierra: y clamó, y me habló diciendo: He aquí los que salen sobre la tierra del norte: han hecho descansar mi furor en la tierra del norte. Pasé, dice, a otra visión, y levanté más alto los ojos de mi corazón hacia el cielo: y vi cuatro carros saliendo de en medio de dos montes que eran de bronce, es decir, insuperables y fortísimos, y que no podían ser consumidos por ninguna vejez. A los que antes había llamado montes de mirto, o sombríos y boscosos, ahora los llama de bronce. En el primer carro había caballos rojos, sangrientos, y terribles por la crueldad babilónica. En el segundo carro, caballos negros, el reino de los medos y persas: que, sentados en el carro y saliendo por el edicto del rey Asuero, anunciaban la muerte de todos los judíos con un triste mensaje. En el tercer carro, caballos blancos, macedonios, bajo cuyo rey Antíoco leemos la victoria de los macabeos. En el cuarto carro, caballos variados y fuertes. Sabemos que los reyes romanos, algunos fueron clementes con la nación judía, como C. César, Augusto y Claudio: otros perseguidores y terribles, como C. Calígula, Nerón, Vespasiano y Adriano. Por fuertes, que Aquila tradujo como κρατερούς, los Setenta como ψαρούς, en hebreo está escrito AMASIM (). Y algunos ejemplares tienen erróneamente πυρρόους, confundiendo las diferencias de colores y reinos, cuando πυρροί, es decir, rojos, no se llaman AMASIM, sino ADAMIM (). El profeta, por tanto, preguntando qué querían significar lo que veía, el ángel que hablaba en él responde, y narra que son los cuatro vientos del cielo, es decir, las cuatro regiones del mundo, que los griegos llaman κλίματα, que asisten y obedecen la voluntad del Señor. Pues nada hicieron estos cuatro reinos, que hemos mencionado, sin la voluntad del Señor. En el que había caballos negros, salían, dice, hacia la tierra del norte. Qué bien se omite el primer carro en el que había caballos rojos, y se describe lo que hicieron el segundo y el tercero y el cuarto. Pues ya en el tiempo en que el profeta relataba esto, el reino babilónico había pasado, y todo Asia estaba bajo el poder de los medos: bajo cuyo rey Darío, en su segundo año, en el undécimo mes (o décimo), llamado SABAT (), el día veinticuatro del mes, contempla todo lo que hemos expuesto antes. En el que había, por tanto, caballos negros, salían hacia la tierra del norte: para que el reino de los caldeos fuera destruido por la fuerza médica. Y esto debe notarse, que κλίματα, es decir, las regiones del orbe y del mundo, se llaman en las Escrituras sagradas según la ubicación de Jerusalén y del templo. También los blancos salieron tras ellos, siguiendo las huellas de los medos y persas, los reyes macedonios, para someter a los caldeos y Babilonia a su imperio. Los cuartos, es decir, los estorninos y variados, por lo cual en hebreo se lee BORODIM (), y que por otro nombre se llaman AMASIM, es decir, fuertes y robustos, salieron hacia la región del sur, y recorrieron toda la tierra con rápido ímpetu. Y el ángel que hablaba en el profeta clama al imperio de los romanos: Id, recorred la tierra, y circundad el orbe de las tierras, y someted todos los reinos bajo vuestros pies. Y volviéndose al profeta, testifica con clara voz: He aquí los que salen hacia la tierra del norte, han hecho descansar mi espíritu en la tierra, a la que se dirigieron. Me ha sido transmitido por los hebreos en un lugar muy difícil, que Alejandro y todos los macedonios, es decir, los caballos blancos que salieron tras los medos y persas, que también fueron a la tierra del norte, hicieron descansar el espíritu profético en la tierra del norte, porque cumplieron la voluntad de Dios contra los medos, y en breve el imperio de los medos y persas fue destruido por los macedonios. Pues es un gran consuelo para aquellos que son oprimidos saber que sus enemigos pronto perecerán. Esto, como pudimos, o mejor dicho, como lo recibimos, lo transmitimos a los estudiosos de nuestra lengua, siguiendo la verdad de la historia: sin buscar con tenaz memoria las cuadrigas de Faraón y los carros babilónicos al modo de la explicación egipcia; pues no es qué está escrito, sino por qué razón está escrito, lo que debe considerarse. Según la alegoría, todo lo que dijimos en los cuatro cuernos y los cuatro herreros, también lo

tomamos en el presente lugar. Leí en el volumen de alguien, que las cuatro cuadrigas, en las que hay caballos rojos y negros, y blancos, y variados, y fuertes, deben entenderse como los cuatro Evangelios y los caballos como los Apóstoles, poseyendo diversas gracias por la diversidad de colores: de los cuales algunos son rojos en el martirio, otros oscuros y negros, y conociendo los misterios de Cristo, de los cuales se dice en los Salmos: Oscuridad bajo sus pies (Sal. XVII, 10). Y: Puso las tinieblas por su escondite (Ibid., XII). Otros blancos, por la gracia virginal; otros variados y fuertes, teniendo la gracia de curaciones y diversas virtudes. Estas cuatro cuadrigas, o carros, fueron enviadas a los cuatro vientos del cielo, es decir, a los confines del mundo, y a todo el orbe de la tierra, para cumplir la voluntad del Señor: a los cuales después se les dice por el ángel: Id, y recorred la tierra, y sembrad el Evangelio en todos los confines de la tierra. Esto también que sigue: He aquí los que salen hacia la tierra del norte han hecho descansar mi espíritu en la tierra del norte, lo explicó diciendo que el espíritu del Señor, o del ángel, descansó cuando en la tierra del norte, los reinos más duros del diablo fueron subvertidos por la predicación apostólica, y estos son los reinos que el diablo mostró al Salvador en el monte alto, jactándose de que le habían sido entregados (Mat. IV).

LIBRO SEGUNDO.

825-826 Pasamos de lo oscuro a lo más oscuro, y con Moisés entramos en la nube y la oscuridad (Éxodo XXXIV). Un abismo llama a otro abismo, en la voz de las cataratas de Dios (Sal. XLI, 8); y el espíritu va girando y girando, y vuelve a sus círculos (Ecl. I, 6): Sufrimos errores laberínticos, y guiamos los pasos ciegos de Cristo con el hilo. A esta dificultad nos empuja el portador del libro con sombrero (Horacio I, epístola 2): La mitad del hecho, quien ha comenzado, lo tiene... ¡cuánto más nosotros que ya hemos completado la tercera parte del camino, debemos sudar con el mismo esfuerzo en lo que queda, para no perder lo pasado, y que la obra incompleta aumente el deseo del lector! Así que, mi venerable Papa Exuperio, asiste presente con tus oraciones, que estás ausente en cuerpo, e implora al Señor, para que se quite de mi rostro el velo de Zacarías, que se extendía ante los ojos de Moisés (Éxodo XXXI; II Cor. III), porque el resplandor de su rostro, el vulgo innoble no podía soportar: para que yo también pueda decir con David: El Señor dará la palabra a los que evangelizan con gran poder (Sal. LXVII, 12). Este es el comienzo del segundo libro de las Explicaciones en Zacarías, que dictamos con tanta celeridad, que casi no hay tiempo para corregir: mientras el hermano Sisinnio se apresura a ir a Egipto, para llevar allí también el aroma de buena fragancia, que te ha sido enviado a los hermanos; y no se riegue con el río de Etiopía, sino con las abundantes aguas de las Galias los campos sedientos.

(Vers. 9. seq.) Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Toma de la transmigración de Holdai, de Tobías y de Idaja, y vendrás tú en ese día, y entrarás en la casa de Josías hijo de Sofonías, que vinieron de Babilonia. Y tomarás plata y oro, y harás coronas, y las pondrás en la cabeza de Jesús hijo de Josadac, el sumo sacerdote, y le hablarás diciendo: Así dice el Señor de los ejércitos, diciendo: He aquí el hombre, cuyo nombre es Oriente, y bajo él brotará, y edificará el templo del Señor. Y él mismo construirá el templo del Señor, y él llevará la gloria, y se sentará y gobernará en su trono, y será sacerdote en su trono: y habrá consejo de paz entre ambos. Y las coronas serán para Helem, Tobías, Idaja y Hen hijo de Sofonías, como memorial en el templo del Señor. Y los que están lejos vendrán y edificarán en el templo del Señor, y sabréis que el Señor de los ejércitos me ha enviado a vosotros. Esto será, si escucháis atentamente la voz del Señor vuestro Dios.

LXX: Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Toma lo que es de la cautividad de los príncipes, y de sus útiles, y de los que la conocieron: y entrarás tú en ese día en la casa de Josías hijo de Sofonías, que vino de Babilonia, y tomarás plata y oro, y harás coronas, y las pondrás sobre la cabeza de Jesús hijo de Josadac, el sumo sacerdote, y le dirás: Así dice el Señor todopoderoso: He aquí el hombre, cuyo nombre es Oriente, y bajo él brotará, y edificará la casa del Señor, y él tomará el poder, y se sentará, y gobernará en su trono. Y será sacerdote a su derecha, y habrá consejo de paz entre los dos: pero la corona será para los que esperan y sus útiles, y los que la conocieron, y en gracia del hijo de Sofonías, y en salmo en la casa del Señor, y los que están lejos de ellos, vendrán y edificarán en la casa del Señor. Y sabréis que el Señor todopoderoso me ha enviado a vosotros, y será, si escucháis atentamente la voz del Señor vuestro Dios.

Una vez propuse los secretos de la erudición hebrea, y la disciplina oculta de los maestros de la sinagoga, aquella que conviene a las Escrituras sagradas. Revelarla a oídos latinos. Por lo tanto, me es necesario en los lugares más oscuros trazar las líneas de la historia, y así lo que he recibido de los hombres eclesiásticos, exponerlo al juicio del lector, dejando a su criterio qué debe seguir más. Y primero debe restituirse el orden de la lectura, para que lo que se dice, según la letra, se haga claro. Toma, dice, de Holdai, de Tobías y de Idaja, que vinieron de la cautividad babilónica, y tomarás de ellos las ofrendas, plata y oro, y entrarás en la casa de Josías, hijo de Sofonías; y allí harás coronas, distinguidas por la variedad de oro y plata, no una sola corona; sino dos o más: ATAROTH (), es decir, στέμματα, no significa un número singular, sino dual o plural. Y cuando hayas hecho las coronas, pondrás una de ellas en la cabeza de Jesús hijo de Josadac, el sumo sacerdote, y le hablarás: Así dice el Señor todopoderoso: He aquí el hombre cuyo nombre es Oriente, que en hebreo se dice SEMA (), no escrito con SIN, sino con la letra SADE. Que por eso se llama Oriente, es decir, ἀνατολή, o ἀναφύη, o βλάστημα, es decir, brote, porque de repente crecerá de sí mismo, y de su raíz brotará a semejanza de un brote, ese hombre edificará el templo del Señor. Y cuando lo haya construido, él también llevará la gloria, es decir, la otra corona, que en hebreo se escribe HOD (), y por otro ἐπιδοξότης: por otro εὐπρέπεια: por otro ἀρετή: por otro δόξα, que significan o ilustre, o decoro, o virtud, o gloria. Crean que se refiere a Zorobabel, quien de humilde y cautivo se levantó repentinamente como líder del pueblo judío, edificó el templo del Señor, y se sentó en su trono, y gobernó con el poder de un príncipe: pero también el pontífice, dice, Jesús hijo de Josadac se sentará en el trono sacerdotal, y con ánimos y consejos unidos, gobernarán al pueblo de Dios. Y habrá paz entre esos dos, es decir, entre el que es de la tribu real, y el que descende de la estirpe levítica, para que el sacerdocio y el reino gobiernen juntos al pueblo de Dios, y las mismas coronas que hayas hecho de oro y plata, después de haber sido puestas en la cabeza de Jesús hijo de Josadac y en la cabeza de Zorobabel hijo de Salatiel, las consagrarás en el templo con los nombres de aquellos de quienes fueron ofrecidas, es decir, Helem, Tobías, Idaja y Hen. El segundo y tercer nombre son los mismos que antes. El primero ha sido cambiado, y en lugar de Holdai ahora se ha puesto Helem. El cuarto que no se había mencionado antes ha sido añadido, es decir, Hen, de los cuales hablaremos más adelante. Y después de haber colocado las coronas en el templo del Señor, y consagradas en memoria eterna, de todo el mundo, y las naciones lejanas vendrán, y edificarán en mi templo cada uno según sus fuerzas. Y entonces, por el resultado de los acontecimientos y la prosperidad de todos, conoceréis que el Señor me ha enviado, y que, por su mandato, lo he predicho. Pero todo esto será, si obedecéis los mandamientos del Señor, y cumplís sus preceptos.

Holdai se interpreta como súplica del Señor, que en griego se dice más significativamente λιτάνευσις Κυρίου. Tobías, bueno, del Señor. Idaja, conocido del Señor. En lugar de

HOLDAI (), ahora en primer lugar se ha puesto HELEM (), que se interpreta como sueño; y en cuarto lugar se ha añadido HEN (), es decir, gracia. Las coronas de estos cuatro hombres estarán en el hijo de Sofonías, que antes leímos como Josías, quien es el guardián y sacristán del templo del Señor, y allí descansarán en eterna estación. Los hebreos recuerdan que Ananías, Azarías y Misael, viniendo de la cautividad, trajeron oro y plata como ofrendas para el templo, y coronas para el pontífice y el líder, y que el que no se había mencionado antes, Hen, es decir, gracia, fue Daniel quien vino con la ofrenda, y por eso se puso Helem en lugar de Holdai, para que por la interpretación del nombre que se dice sueño, se muestre que Daniel, estando en la cautividad, y los tres jóvenes conocieron los misterios del sueño real. Porque habiendo tomado a los tres jóvenes, Daniel oró al Señor, y obtuvo la interpretación del sueño (Daniel II). Esto es lo que la Circuncisión intenta explicar según la historia. Pero a nosotros nos incumbe la necesidad de decir según los setenta intérpretes lo que nuestros mayores dijeron. Toma de la cautividad, y de los príncipes, y de sus útiles, y de los que la conocieron, oro y plata, y entrando en la casa de Josías hijo de Sofonías, que también vino de Babilonia, haz en ella coronas de oro y plata, que pondrás sobre la cabeza de Jesús hijo de Josadac, el sumo sacerdote. La cautividad de los judíos, es decir, del pueblo que confiesa al Señor, son los vicios y pecados: que quien comience a hacer penitencia, y desee la antigua Jerusalén, es decir, la Iglesia de Cristo, abandona y deja en Babilonia, y se ofrece por los príncipes de los cautivos, y por sus útiles, es decir, de la cautividad (que también ellos por su utilidad fueron entregados al ángel de Satanás para la destrucción de la carne, para que el espíritu fuera salvo (I Cor. V), y por los que la conocen, a saber, que la cautividad, después de los castigos, se convertirá en buena parte. Se ofrece oro y plata por aquellos que con sentido y palabra confiesan al Señor, y de ello se hacen, es decir, de oro y plata, coronas en la casa de Josías, que se interpreta como salvado, y es hijo de la visitación del Señor, es decir, ἐπισκοπῆς Κυρίου. Porque es visitado por el Señor quien antes estaba gravemente enfermo. Y con razón se dice Josías, salvado, porque él también regresó de Babilonia. Se imponen las coronas, o la corona, a Jesús hijo de Josadac, el sumo sacerdote, porque al progresar nosotros y regresar a lo mejor, por cada una de nuestras virtudes el Señor es coronado: más bien, al ser coronados nosotros con la virtud de la penitencia, el salvador en cada uno recibe la corona, según lo que también Pablo dice: En adelante me está reservada la corona de justicia, que me dará el Señor, juez justo: no solo a mí, sino también a todos los que aman la venida de nuestro Señor Jesucristo (I Tim. IV, 8). De donde el Padre del Señor Salvador toma su nombre de la corona de justicia. Porque Josedec se interpreta como Señor de justicia, porque da a cada uno según sus obras. De esta corona también habla Santiago en su Epístola: Bienaventurado el hombre que soporta la tentación, porque cuando haya sido probado, recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido a los que le aman (Jacob. II). Se ordena al profeta que después de haber puesto la corona, o las coronas, sobre la cabeza de Jesús hijo de Josadac, el sumo sacerdote, le hable y diga: Así dice el Señor: He aquí el hombre, cuyo nombre es Oriente: y bajo él brotará, y lo demás. No dividimos a Jesús, ni podemos hacer dos personas en una sola persona; sino que el mismo que se llama Jesús, porque salvó al mundo, también se llama Oriente, porque en sus días surgió la justicia. Y se canta en el Salmo: La verdad brotó de la tierra (Sal. LXXXIV, 12), porque nacido del vientre virginal en la consumación de los siglos dijo: Yo soy la verdad (Juan XIV, 6), y vino en la última hora, según la Epístola de Juan que dice (I Juan II, 18): Hijitos, ahora es la última hora, en la cual condujo al pueblo de las naciones que estaba de pie y sin hacer nada por un denario, y lo envió a la viña (Mat. XX). De lo contrario, si según la diversidad de nombres se hace diverso, será otro el pastor, otro el carnero, otro el cordero, otra la puerta, otra la piedra de tropiezo, y otra la roca de escándalo. Este, pues, que ha sido coronado por nuestras virtudes, surgirá y será llamado Oriente. A quien el Padre habló: Tú eres mi hijo: yo te he engendrado hoy (Sal. II, 7): Y bajo él brotará una multitud de creyentes, y edificará la casa del Señor, la Iglesia, y

él tomará el poder y el decoro y el progreso, y la gloria de cada uno, y se sentará y gobernará en su trono, en el trono de David, de quien también está escrito en el Evangelio: Y será sacerdote a su derecha (Luc. I), o según el hebreo, sobre su trono; porque él mismo es rey y Pontífice: y se sentará tanto en el trono real como en el sacerdotal, y habrá consejo pacífico entre ambos, para que ni la altura real deprima la dignidad sacerdotal, ni la dignidad sacerdotal la altura real, sino que en la gloria del único Señor Jesús ambos consientan. Leí en un libro que esto que se dice (Zac. VI, 13): Y habrá consejo pacífico entre dos, se refiere al Padre y al Hijo: porque no vino a hacer su voluntad, sino la del Padre, y el Padre está en el Hijo, y el Hijo en el Padre (Ibid., XIV). Pero la corona, es decir, el emblema de la victoria, cuando Cristo haya sido coronado, también se promete a aquellos que lo esperan, y entienden la utilidad de su antigua cautividad, y conocen todos los misterios de Dios, para que estén en gracia del hijo de Sofonías, es decir, de la visitación del Señor. Y los que en Babilonia decían (Sal. CXXXVI, 1, 2): Junto a los ríos de Babilonia allí nos sentamos y lloramos, al recordar Sion: en los sauces en medio de ella colgamos nuestros instrumentos, después de haber regresado a Jerusalén, tomen el Salmo y el tamboril, y canten en la Iglesia del Señor, y los que por mayores pecados estaban lejos de Judea, y con verdadera confesión, vengan, y por cada progreso suyo edifiquen la casa del Señor, y entonces todos con igual mente reconozcan, que el Señor todopoderoso ha enviado al profeta a ellos. Pero todo lo que ha sido prometido se cumplirá, si quieren escuchar al Señor, y habiendo hecho penitencia, permanecen en buenas obras.

(Cap. VII.---Vers. 1 seqq.) Y sucedió en el cuarto año del rey Darío: vino la palabra del Señor a Zacarías, en el cuarto día del mes noveno, que es Casleu. Y enviaron a la casa de Dios a Sarasar y Rogommelech, y a los hombres que estaban con él, para suplicar el favor del Señor: para que dijeran a los sacerdotes de la casa del Señor de los ejércitos y a los profetas que hablaban: ¿Debo llorar en el quinto mes, o debo santificarme, como lo he hecho ya durante muchos años? Y vino la palabra del Señor de los ejércitos a mí, diciendo: Habla a todo el pueblo de la tierra, y a los sacerdotes, diciendo: Cuando ayunabais y llorabais en el quinto y séptimo mes durante estos setenta años, ¿acaso ayunabais para mí? Y cuando comíais y bebíais, ¿no comíais y bebíais para vosotros mismos? ¿No son estas las palabras que habló el Señor por medio de los profetas anteriores, cuando Jerusalén aún estaba habitada y era próspera, y ella y sus ciudades alrededor de ella, y al sur y en las llanuras estaban habitadas? LXX: Y sucedió en el cuarto año bajo el rey Darío: vino la palabra del Señor a Zacarías, el cuarto día del mes noveno que es Casleu, y envió desde Betel Sarasar y Arabessser el rey, y sus hombres para suplicar al Señor, diciendo a los sacerdotes de la casa del Señor todopoderoso, y a los profetas, diciendo: Entró aquí en el quinto mes la santificación, según lo que hicieron ya durante muchos años: y vino la palabra del Señor de las virtudes a mí, diciendo: Di a todo el pueblo de la tierra, y a los sacerdotes, diciendo: Si ayunáis, y lloráis en los quintos y séptimos, y he aquí setenta años, ¿acaso ayunabais para mí? Y si coméis o bebéis, ¿no coméis y bebéis para vosotros? ¿No son estas mis palabras, que habló el Señor por medio de los profetas, que fueron antes cuando Jerusalén estaba habitada, y era abundante, y sus ciudades alrededor, y las montañas y las llanuras estaban habitadas? En el cuarto año del rey Darío, en el mes noveno, que se llama CASLEU, (), y en el cuarto día de ese mes enviaron a la casa de Dios, es decir, al templo que ya había sido restaurado por Zorobabel y Jesús, Sarasar y Rogommelech y los demás que estaban con ellos, quienes los hebreos suponen que eran líderes persas del rey Darío temerosos de Dios: para que, al haber oído ya que el templo estaba construido, preguntaran a los sacerdotes de la casa del Señor y a los profetas, si debían llorar y ayunar según la antigua costumbre, o cambiar el luto por alegría. Y el sentido de los que preguntan es: En el quinto mes, que los romanos llaman Julio,

Jerusalén fue destruida por Nabucodonosor, por lo cual debido a la soledad del templo hasta ahora hemos ayunado y llorado, y hemos consolado nuestro dolor con llanto y ayunos. Ahora que se dice que el templo está construido, y vemos que ya no hay causa para la tristeza, rogamos que respondan si debemos hacer esto, o cambiar el dolor por alegría. Y al mismo tiempo se debe considerar que el llanto y el ayuno se llaman santificación. Por eso en Joel se ordena a los sacerdotes que santifiquen el ayuno y proclamen la curación (Joel V). Pues la abstinencia y el ayuno curan las heridas del pecador, y santifican a los que han sido curados. Después de que los líderes persas preguntaron a través de los que enviaron, y la misión de los que preguntaban a los sacerdotes y profetas fue cumplida, la palabra del Señor vino al profeta, ordenándole que hablara al pueblo y a los sacerdotes sobre qué responder a los enviados. Cuando ayunabais y llorabais en el quinto mes de la cautividad de Jerusalén, y en el séptimo mes, cuando Godolías fue asesinado por Ismael, durante los setenta años de desolación del templo y la subversión de Jerusalén, ¿acaso me beneficiaba que ayunaraís (IV Reg. XXV; Jer. XLI)? Y por el contrario, si cuando coméis y bebéis, ¿no coméis y bebéis para vosotros mismos? Pues Dios no se complace con estas cosas, sino con las buenas obras, y si hacemos sus mandamientos, porque la comida no nos recomienda a Dios. Ni si no comemos, careceremos: ni si comemos, abundaremos. ¿No son estas mis palabras, aún estando Jerusalén y las ciudades de Judá, que hablaba a vosotros por medio de mis profetas, cuando Jerusalén aún estaba en pie, y las ciudades de Judá abundaban en todas las cosas, y tanto la región montañosa como la llana rebosaban de frutos, y disfrutaban de una paz muy segura? Estas eran las palabras del Señor, que la Escritura siguiente testifica, queriendo juicio verdadero y misericordia hacia los prójimos, y no calumniar a la viuda, al huérfano, al extranjero, y al pobre, y no pensar mal en su corazón. Esto, dice, no quisieron hacer, y despreciaron mis mandamientos con oídos sordos: por lo cual vino una gran indignación sobre Jerusalén; y como ellos no quisieron escucharme, así tampoco yo los escuché: y ahora buscan con tanto escrúpulo cuándo deben ayunar y llorar, cuando antes dije por medio de Isaías: No elegí tal ayuno, dice el Señor, ni para que el hombre humille su alma; sino desata todo yugo de iniquidad: desata las obligaciones de las cautelas violentas: da tu pan al hambriento de corazón. Si ves al desnudo, cúbrelo; y al pobre y sin techo, acógelo en tu tienda. Entonces tu luz brotará como el alba, y tus sanidades pronto surgirán (Isai. LVIII, 5, seqq.). Esto que está escrito en los Setenta: Envío desde Betel Sarasar y Arabesser [Al. Arbath Sager] el rey, ninguno de los nuestros pudo explicarlo: pues lo que está mal traducido del hebreo, no puede explicarse de ninguna manera. ¿Quién es este Sarasar, o el rey Arabesser? ¿O de qué provincia es rey, o a dónde o desde dónde envió Betel? ¿O de qué Betel podría ser rey Arabesser, que había sido abandonada junto con Judea, y en ese tiempo ya no se llamaba Betel, es decir, casa de Dios; sino Bethaven, es decir, casa del ídolo? Esto también que sigue: Entró aquí en el quinto mes la santificación, como lo habían hecho ya durante muchos años, intentan explicarlo: la santificación entró, los vasos del templo que Nabucodonosor había llevado fueron restituidos en ese tiempo. Sobre el ayuno del quinto y séptimo, intentaron referirlo a los días de la semana. Pero como sigue, el ayuno del décimo, se vieron obligados a referirse a los meses, y sobre qué es el ayuno del quinto, séptimo y décimo mes, guardaron completo silencio. Por lo cual debemos estar contentos con la explicación anterior, y no inclinarnos [Al. indignarnos] hacia los falsos intentos de los comentaristas que surgieron del error de la interpretación.

(Vers. 8 seqq.) Y vino la palabra del Señor a Zacarías, diciendo: Así dice el Señor de los ejércitos, diciendo: Juzgad con juicio verdadero, y haced misericordia y compasión cada uno con su hermano. Y no calumniéis a la viuda, al huérfano, al extranjero, y al pobre: y no piense mal el hombre en su corazón contra su hermano. Y no quisieron escuchar, y volvieron la espalda [Vulg. recedente]: y endurecieron sus oídos, para no oír: y endurecieron su corazón

como un diamante [Vulg. como un diamante] para no oír la ley, y las palabras que el Señor de los ejércitos envió en su espíritu por medio de los profetas anteriores, y se hizo una gran indignación del Señor de los ejércitos. Y sucedió como habló, y no escucharon: así clamarán y no escucharé, dice el Señor de los ejércitos. Y los dispersé por todos los reinos que no conocen; y la tierra fue desolada por ellos, porque no había quien pasara y volviera; y convirtieron la tierra deseable en un desierto. LXX: Y vino la palabra del Señor a Zacarías diciendo: Así dice el Señor todopoderoso, diciendo: Juzgad con juicio justo, y haced misericordia y compasión cada uno con su hermano: y no oprimáis a la viuda, al huérfano, y al pobre: y no recordéis las maldades de cada uno contra su hermano en vuestros corazones. Y no quisieron escuchar, y dieron la espalda despreciando: y endurecieron sus oídos, para no oír: y endurecieron su corazón desobediente, para no oír mi ley, y mis palabras que el Señor todopoderoso envió en su espíritu, por medio de los profetas anteriores. Y se hizo una gran ira del Señor todopoderoso, y será como dije, y no escucharon. Así clamarán, y no los escucharé, dice el Señor todopoderoso: y los echaré a todas las naciones que no conocieron: y la tierra fue desolada después de ellos por el que pasaba y volvía, y convirtieron la tierra elegida en un desierto. Esto es lo que más quería, esto buscaba, que no haciendo estas cosas, fuisteis entregados a la cautividad; y no el ayuno de desolación y muerte del quinto y séptimo mes. Juzgad con juicio justo, para que no escuchéis en los Salmos: ¿Hasta cuándo juzgaréis iniquidad, y tomaréis el rostro de los pecadores? Juzgad al huérfano y a la viuda: justificad al humilde y al pobre (Sal. LXXXI, 2, 3), para que no os hable también Isaías: Que justifican al impío por regalos: y quitan lo que es justo al justo (Isai. V, 23): y por vosotros Abacuc haga envidia a Dios desde la persona de los oprimidos: Contra mí se ha hecho juicio, y el juez acepta: por eso la ley está disipada, y no llega hasta el fin el juicio, porque el impío oprime al justo (Abac. I, 3, 4). No pensemos que es un nuevo mandamiento de Dios, ya lo había mandado por Moisés: Juzgarás al grande como al pequeño: no tomarás la persona, y no te apiadarás del pobre en el juicio: porque el juicio es de Dios (Deut. I, 17). También hará cada uno misericordia y compasión con su hermano. Después de la severidad del juicio, siga la clemencia para todos, y especialmente para los hermanos, que vemos que son de la misma sangre, o de la misma fe con nosotros. También a la viuda y al huérfano, de quienes se nos ha mandado: Sé padre de los huérfanos, y esposo de su madre; juzgando al huérfano, y justificando a la viuda (Eccl. IV, 10). Y no calumniéis al extranjero y al pobre, porque uno es humillado por la peregrinación, y el otro por la pobreza. Y no piense mal el hombre en su corazón contra su hermano, o como dice en los Setenta: Y no recordéis las maldades de cada uno contra su hermano en vuestros corazones (Luc. X). Debemos entender por hermano y prójimo a todo el género humano; porque somos generados de un solo padre, o a aquellos que son domésticos de la fe, según la parábola del Evangelio, que quiere que se entienda por prójimo no al consanguíneo, sino a todos los hombres. Que antes debe terminar la ira, que el sol se ponga, y que se borre la memoria de todos los males que hemos sufrido de otros, lo leemos en muchos lugares, y especialmente en Jeremías, que habla en persona de Dios: Y no recordéis las maldades de cada uno contra su prójimo en vuestros corazones. Cuando yo mandé estas cosas, ellos no quisieron escuchar, y volvieron la espalda [Vulg. recedente], o la espalda despreciando, rechazando mis mandamientos con la actitud del cuerpo. Pues solemos, cuando con el ceño fruncido y la nariz arrugada despreciamos a los que nos amonestan, volver la espalda, según lo que está escrito: Volvieron a mí la espalda, y no sus rostros (Jerem. II, 27). Y endurecieron, dice, sus oídos para no oír, como la serpiente sorda que cierra sus oídos, que no escuchará la voz de los encantadores, y del encantador que encanta sabiamente. Endurecieron sus oídos para no oír, y endurecieron su corazón para no obedecer la ley de Dios. Por eso Isaías les habla amenazando: Se ha engrosado el corazón de este pueblo, y con sus oídos han oído pesadamente, y han cerrado sus ojos, para que no vean con sus ojos, y oigan con sus oídos, y entiendan con su corazón, y se conviertan, y yo los sane

(Isai. VI, y Act. XVIII, 27). Lo que se dice según el hebreo: Y endurecieron su corazón como un diamante [Al. como un diamante], muestra la dureza del corazón, y el corazón de piedra, que no quisieron recibir las palabras de Dios. Pues el diamante es una piedra muy fuerte, que en hebreo se llama SAMIR (), tan dura que rompe todos los metales, y no se rompe por ninguno. Por eso los griegos lo llaman indomable. De este diamante se endureció el corazón de Faraón, para no dejar ir al pueblo de Dios (Exod. VII y ss.). Y porque endurecieron, más bien pusieron su corazón como un diamante, recibiendo por su propia voluntad la dureza del corazón, para no oír las palabras del Señor, que envió en su espíritu, es decir, en el Espíritu Santo por medio de los profetas anteriores, Isaías, Oseas, y los demás, que tenían manos limpias, que es manifiesto que fueron antes de la cautividad: por eso a grandes pecados, se hizo una gran indignación, y se cumplieron las palabras del Señor, correspondiendo con la misma medida, para que como ellos anduvieron perversamente hacia él, él también anduviera perversamente contra ellos, y no escuchara las palabras de los que clamaban, porque ellos también despreciaron las palabras del Señor con oídos sordos. Por lo cual los dispersó por todos los reinos que no conocen, de los asirios, y caldeos, medos, y persas, y de las demás naciones, que estaban sujetas a estos imperios, y en cuyas tierras fueron diseminados. Y toda Judea fue desierta, porque no tenía habitante, y no había en ella quien pasara y volviera. Y la tierra que era un panal sobre todas las tierras y por la multitud de la abundancia manaba leche y miel, la convirtieron en un desierto. Podemos referir esto también a aquellos que, pecando en la Iglesia, fueron expulsados de la tierra de la confesión; porque no quisieron escuchar al Señor, y volvieron a él la espalda [Vulg. recedente], y endurecieron sus oídos, y pusieron su corazón como un diamante. Y se hizo sobre ellos la indignación del Señor, y fueron dispersados por todos los reinos de los vicios, y su tierra fue desolada, ya sea el alma o el cuerpo, no teniendo al Señor como habitante, ni en sí el espíritu que regresa. Y la tierra que una vez fue deseable, que era el hogar de la Trinidad, se convirtió en un desierto, y en la morada de los dragones. Pasemos rápidamente por lo que es claro, para que haya espacio para discutir lo oscuro: pues no escribimos largos y floridos tratados en los que juega la oratoria plausible, sino comentarios, cuyo oficio es pasar por alto lo manifiesto, y discutir lo oscuro.

(Cap. VIII.---Vers. 1 seqq.) Y vino la palabra del Señor de los ejércitos, diciendo: Así dice el Señor de los ejércitos: He celado a Sion con gran celo, y con gran indignación la he celado. Así dice el Señor de los ejércitos: He regresado a Sion, y habitaré en medio de Jerusalén: y Jerusalén será llamada ciudad de la verdad; y el monte del Señor de los ejércitos, monte santificado. LXX: Y vino la palabra del Señor omnipotente, diciendo: Así dice el Señor omnipotente: He celado a Jerusalén y a Sion con gran celo, y con gran furor la he celado. Así dice el Señor omnipotente: Regresaré a Sion, y habitaré en medio de Jerusalén: y Jerusalén será llamada ciudad verdadera, y el monte del Señor omnipotente, monte santo. Que el Señor haya tomado a Jerusalén, es decir, al pueblo israelita en el desierto como esposa, y la haya cubierto con su manto mientras yacía en la sangre de la idolatría, y la haya amado con amor conyugal, lo aprendemos más plenamente en Ezequiel (Cap. XVI), quien después de comer harina, miel y aceite, y adornada con las más bellas vestiduras, y teniendo de la generosidad de su esposo todos los adornos de gemas, se prostituyó con los asirios y caldeos, y escuchó del Señor: Como desprecia la esposa a su marido, así me ha despreciado la casa de Israel (Jerem. III). Pero entregada a la cautividad y burlada por sus amantes, y despojada de su antiguo esplendor, después de haber abierto sus pies a todo transeúnte, y contaminada hasta la cabeza, recordando su antigua felicidad, gime: Regresaré a mi primer marido, porque entonces me iba mejor que ahora (Oseas II, 7). A quien él, recibéndola y teniéndola de nuevo en matrimonio, a quien antes había dicho: No me enojaré contigo, y mi celo se ha apartado de ti (Ezequ. XVI), ahora dice: He celado a Sion con gran celo, y con gran indignación la he

celado. Cuanto antes me indigné, porque fue deshonrada por muchos amantes, y manchó mi lecho: por lo cual, la entregué a sus amantes, no como a una adúltera bajo su marido, sino como a una prostituta y vil esclava, y prostituida en burdeles: tanto más ahora he regresado a ella; porque ha hecho penitencia, y ha edificado mi templo en el cual habitaré en medio de ella. Y será llamada ciudad de la verdad, que antes se llamaba ciudad de la mentira, de la cual también está escrito en Isaías: La verdad durmió [o dormitó] en ella: ahora, sin embargo, homicidas (Isaías II, 21). Y será llamado también monte del Señor omnipotente, monte santificado, en el cual, restaurado el templo, se inmolan víctimas, se observa el orden de las ceremonias. Esto según la historia. Sin embargo, no hay duda de que Sion y Jerusalén, la atalaya y la visión de paz, pueden ser entendidas como las almas de los fieles, a quienes, cuando pecan, el Señor enojado las entrega a la cautividad, para que las que no sintieron a Dios por los bienes y prosperidades, lo sientan por los males y adversidades. Y cuando hagan penitencia, el Señor regresará a Sion, y habitará en medio de Jerusalén, que entendemos como una y la misma ciudad, y en las cuales antes reinaban las mentiras de los vicios y pecados, después Cristo, la verdad, habitará. Y el monte del Señor de los ejércitos será llamado monte santo, del cual se dice: Los que confían en el Señor son como el monte Sion (Salmo CXLII, 1). Y: Grande es el Señor y digno de alabanza en la ciudad de nuestro Dios, en su monte santo (Salmo XLVII, 1). De lo cual Isaías y Miqueas claman: En los últimos días, el monte del Señor será preparado en la cima de los montes, y elevado sobre las colinas, y a él afluirán todos los pueblos, y muchas naciones se apresurarán, y dirán: Venid, subamos al monte del Señor, y a la casa del Dios de Jacob (Isaías II, 2, 3; Miqueas IV, 1, 2). De este monte, y de esta ciudad, el apóstol Pablo (si bien al recibir la Epístola, la autoridad de los griegos no desprecia la lengua latina) discutiendo en oración sagrada dice: Os habéis acercado al monte Sion y a la ciudad del Dios viviente, la Jerusalén celestial, y a millares de ángeles, y a la Iglesia de los primogénitos, que están inscritos en los cielos (Hebreos XII, 22).

(Vers. 4, 5.) Así dice el Señor de los ejércitos. Aún habitarán ancianos y ancianas en las plazas de Jerusalén, y cada hombre con su bastón en su mano por la multitud de días. Y las plazas de la ciudad se llenarán de niños y niñas, jugando en sus plazas. LXX: Así dice el Señor omnipotente: Aún se sentarán ancianos y ancianas en las plazas de Jerusalén, cada uno con su bastón en su mano, por la multitud de días: y las plazas de la ciudad se llenarán de niños y niñas, jugando en sus plazas. Tan grande, dice, será, cuando yo regrese a Sion, y habite en medio de Jerusalén, la prosperidad de todas las cosas, y la paz y tranquilidad de las guerras, que sin ningún enemigo restante, hasta la última edad en ambos sexos se llegará a la vejez, y los miembros temblorosos se sostendrán con el bastón. También las plazas de la ciudad se llenarán de niños y niñas jugando. Esto suele suceder cuando hay seguridad y profunda paz en las ciudades, para que la alegría de las ciudades, con juegos y danzas [o coros] celebre la edad juvenil. Pero si lo referimos a la Iglesia, de la cual se dice: Gloriosas cosas se dicen de ti, ciudad de Dios (Salmo LXXXIX, 2): Y: El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios: el Altísimo santificó su tabernáculo: Dios está en medio de ella, no será conmovida (Salmo XLV, 45), ¿quién podrá dudar que las plazas de la Iglesia son las virtudes, en las cuales la sabiduría actúa confiadamente y se predica en las cumbres de los muros? Por lo cual el salmista clama al Señor: Tu mandamiento es muy amplio (Salmo CXVIII, 96). En estas plazas, la esposa buscando al Salvador Señor, habla en el Cantar de los Cantares: Me levantaré y rodearé la ciudad en el foro, y en sus plazas, hasta que encuentre a aquel a quien ama mi alma (Cantar III, 2). Habitarán, o se sentarán, ancianos y ancianas, de quienes está escrito (si a alguien le place recibir el libro): La vejez honorable no es de muchos días, ni se estima por el número de años (Sabiduría IV, 8). Las canas son la prudencia de los hombres, y la vejez es una vida inmaculada: de quienes también el Señor habla a Moisés: Escoge setenta ancianos, que tú mismo conoces que son ancianos (Números XI, 16); por lo cual antes de

Abraham nadie fue llamado anciano, de quien leemos escrito: Abraham murió en buena vejez, anciano y lleno de días (Génesis XXV, 8). Porque la gloria de los ancianos son las canas, de las cuales se dice: Las canas del hombre son su sabiduría (Sabiduría IV, 8). Estos, por la multitud de días, tendrán bastones y varas en sus manos, y dirán a los discípulos: ¿Qué queréis? ¿Que venga a vosotros con vara, o con espíritu de mansedumbre y suavidad? (I Corintios IV, 21). Porque quien de sus labios profiere sabiduría, con la vara golpea al hombre insensato. Y al contrario: Quien escatima la vara, odia a su hijo: pero quien lo corrige diligentemente, lo ama (Proverbios XIII, 24). Y no solo los ancianos, sino también las ancianas se sentarán en las plazas de Jerusalén: a quienes Pablo describe con boca apostólica: Honra, dice, a las viudas que son verdaderamente viudas. Y en otro [o el mismo] lugar: Sea elegida viuda no menor de sesenta años, que haya sido esposa de un solo marido, teniendo testimonio en buenas obras: si ha criado hijos, si ha hospedado, si ha lavado los pies de los santos, si ha ministrado a los afligidos, si ha seguido toda buena obra (I Timoteo V, 3, 9, 10). Estos ancianos y ancianas se sentarán en las plazas de Jerusalén, y tendrán bastones en sus manos, y las plazas de la ciudad se llenarán de niños y niñas jugando. Estos son los niños y niñas, ancianos y jóvenes, a quienes el salmista exhorta a cantar al Señor diciendo: Jóvenes y vírgenes, ancianos con los jóvenes alaben el nombre del Señor (Salmo CXLVII, 12). Y Juan el evangelista y apóstol: Os escribo, dice, niños, porque vuestros pecados os son perdonados por el nombre del Salvador: Os escribo, padres, porque habéis conocido al que es desde el principio (I Juan II, 12, 13). Y de estos Salomón en los Proverbios habla: Y dará a los inocentes astucia: al joven conocimiento y discreción. Y de nuevo: Escuchad, hijos, la instrucción del padre, y prestad atención para que conozcáis la inteligencia (Proverbios I, 4, 8). De estos niños, jóvenes y niñas, y el salmo cuarenta y cuatro, Dice: Serán llevadas al rey vírgenes en pos de ella. Según lo que está escrito: Se alegraron y regocijaron las hijas de Judá en todos tus juicios, Señor (Salmo XCVI, 8). Que cuando escuchen del Apóstol: Regocijaos, otra vez os digo regocijaos (Filipenses IV, 4), indicarán la alegría del alma con el gesto del cuerpo, y con danza saltante, dirán con David: Saltaré y danzaré delante del Señor (II Samuel VI, 22).

(Vers. 6.) Así dice el Señor de los ejércitos: Si difícil parecerá a los ojos del resto de este pueblo en aquellos días, ¿será difícil en mis ojos? dice el Señor de los ejércitos. LXX: Así dice el Señor omnipotente: Si será imposible ante el resto de este pueblo en aquellos días: ¿será también imposible ante mí? dice el Señor omnipotente. Por cada palabra y sentencia en las que se prometen a Israel cosas prósperas y por la magnitud de las cosas casi increíbles, el profeta propone: Así dice el Señor omnipotente, diciendo en otro discurso: No penséis que son más las cosas que prometo, y como a un hombre no creáis: son promesas de Dios las que replico. Antes había dicho, que ancianas y ancianos se sentarían en las plazas, y por la longitud del tiempo retendrían bastones en sus manos, que las plazas se llenarían de multitud de personas, que niños y niñas como en días festivos formarían coros, y que Jerusalén sería reconstruida, y restaurada a su estado de felicidad anterior. Esto al resto del pueblo, que había venido de la cautividad, le parecía increíble, viendo la ciudad completamente desolada, las ruinas de los muros, las paredes quemadas, mostrando las manos babilónicas; por eso añade: Si a vosotros que sois el resto del pueblo cautivo, os parece difícil o imposible lo que prometo, que en aquellos días en que se ha de edificar Jerusalén, haya tanta felicidad: ¿será en la presencia del Señor o difícil, o imposible, quien promete estas cosas por mi boca? Porque lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios (Mateo XIX, 26). Esto lo hemos visto cumplido en las Iglesias de Cristo en tiempo de persecución, cuando la ferocidad de los perseguidores se levantó a tal rabia, que incluso destruyeron nuestros lugares de reunión, entregaron los libros divinos al fuego, todas las islas, minas, cárceles, se llenaron de rebaños encadenados de confesores y mártires. ¿Quién en ese tiempo creería que de nuevo se

construirían las Iglesias por aquellos mismos que antes las habían destruido? no porque fueran las mismas personas, sino porque el mismo poder real que antes se sentaba en emboscadas con los ricos (Salmo X), y como por decreto del senado intentaba extinguir el nombre de Cristo, ahora con los gastos del estado construye basílicas de Iglesias, y exalta sus altos techos, para que no solo decore los techos y cielos raso resplandecientes de oro; sino que vista las paredes con incrustaciones de mármol diverso, y los libros divinos que antes entregaba al fuego, ahora dorados y purpurados, y adornados con variedad de gemas, los venere en custodia del estado romano.

(Vers. 7, 8.) Así dice el Señor de los ejércitos: He aquí que yo salvaré a mi pueblo de la tierra del Oriente, y de la tierra del ocaso del sol. Y los traeré, y habitarán en medio de Jerusalén: y serán mi pueblo, y yo seré su Dios, en verdad y en justicia. LXX de manera similar. Algunos judíos dicen que esto se cumplió después de Zorobabel y Nehemías, con el templo edificado, y los muros de la ciudad construidos, y el estado judío restaurado, por los Macabeos y diversos príncipes, que hasta Herodes gobernaron Judea. Otros dicen que se cumplirá en la consumación del mundo bajo Cristo, a quien esperan en vano. Nosotros decimos que también en aquel tiempo, es decir, después de Zorobabel y Nehemías, se cumplió en parte, y como en tipos e imágenes precedió, cuando el pueblo fue devuelto de la cautividad, y habitó en Jerusalén, y fue llamado pueblo de Dios, y de nuevo el Señor fue llamado su Dios: no en mentira e iniquidad, sino en verdad y justicia. Y ahora plenamente bajo el Señor Salvador en la Iglesia, es decir, en la verdadera Jerusalén, la promesa se cumple en los hechos, especialmente porque se dice: He aquí que yo salvaré a mi pueblo de la tierra del Oriente, y de la tierra del Occidente, de las cuales también el Señor hablaba en el Evangelio: Muchos vendrán del Oriente y del Occidente, y se sentarán en el reino de los cielos con Abraham, Isaac y Jacob (Mateo VIII, 11). Y mucho antes el salmista había prometido, diciendo: Dios de dioses, el Señor ha hablado, y ha llamado a la tierra. Desde el nacimiento del sol hasta su ocaso, de Sion es la belleza de su hermosura (Salmo XLIX, 1, 2). Porque vendrá de Sion quien libere, y aparte las iniquidades de Jacob cuando del Oriente y del Occidente se ofrezca incienso a su nombre en todo lugar, y sacrificio puro, no en las víctimas del Antiguo Testamento, sino en la santidad de la pureza evangélica, de la cual incienso leemos en otro lugar: Diríjase mi oración como incienso delante de ti (Salmo CXL, 2, 3). Y lo que es este incienso, el siguiente discurso lo demuestra: La elevación de mis manos como sacrificio vespertino. Porque después de que brotó de la vara de Jesé, quien dominaría a las naciones, y en él las naciones esperaron (Romanos XV), y del Oriente y del Occidente, tanto el primer pueblo como el último creyeron en el Señor, y se hizo un solo rebaño: entonces todas las naciones fueron provocadas a la alegría, y excitadas al gozo, diciendo el profeta: Alegraos, naciones, con su pueblo (Salmo XXI, 28). Según lo que está escrito en otro lugar: Recordarán y se convertirán al Señor todos los confines de la tierra, y adorarán delante de él todas las familias de las naciones. Y lo que sigue: En verdad y justicia, esto significa, que la sombra de la Ley antigua se disipe, y venga la verdad del Evangelio, no en la justicia de los judíos, sino en la justicia cristiana: porque el mismo Señor es la verdad y la justicia, de quien leemos: La verdad brotó de la tierra, y la justicia miró desde el cielo (Salmo LXXXIV, 12). Por lo cual también en el salmo catorce, se nombran juntos la justicia y la verdad: El que anda en integridad y hace justicia, y habla verdad en su corazón.

(Vers. 9.) Así dice el Señor de los ejércitos: Fortálézcanse vuestras manos, vosotros que oís en estos días aquellas palabras por boca de los profetas en el día en que fue fundada la casa del Señor de los ejércitos, para que el templo fuera edificado. Los Setenta por Señor de los ejércitos, Señor omnipotente, lo demás lo tradujeron de manera similar. Edificado el templo bajo Zorobabel y Jesús (pues en el cuarto año del rey Darío, el cuarto día del noveno mes,

que se llama CASLEU, se dicen todas estas cosas, cuando ya el templo había sido construido) los mismos profetas Hageo y Zacarías, que para que se edificara, habían exhortado a los líderes y al pueblo, ahora los exhortan, para que de la verdad de lo anterior a lo que se promete en el futuro, presten fe, y fortalezcan sus manos, no temiendo el ímpetu de los medos y las insidias de las naciones circundantes que desean impedirlo: y se fortalezcan por boca de los profetas desde el día en que se echaron los cimientos del templo, hasta el día en que el templo fue sobreedificado, y escuchen lo que sigue. Brevemente explicamos la historia de todo lo que se dice de Jerusalén y del templo, refiriéndolo espiritualmente a la Iglesia, en la cual se fortalecen las manos por las buenas obras, y se fundan casas, cuando se echan los cimientos de la fe, y se construye el templo, cuando la multitud de creyentes se fortalece, y vive de tal manera, que merece ser templo de Dios.

(Vers. 10.) En aquellos días no había salario para los hombres, ni salario para los animales, ni había paz para el que entraba y salía a causa de la tribulación: y dejé a todos los hombres, cada uno contra su prójimo. LXX: Porque en aquellos días no habrá salario para los hombres en ganancia, y el salario de los animales no subsistirá, y para el que sale y entra no habrá paz a causa de la tribulación: y enviaré a todos los hombres, cada uno hacia su prójimo. La Septuaginta refiere todo al futuro, pero es mejor al pasado, como se tiene en hebreo, y la verdad de la exposición lo aprobará. Antes de que se fundara la casa del Señor y se edificara el templo del Señor, todo vuestro trabajo fue en vano. Tanto los hombres como los animales en la agricultura, en los comercios y en diversas obras, se frustraban en sus intentos vanos: afuera los adversarios, en casa la sedición turbaba la paz, y había por todas partes un cese de actividades debido a la frecuencia de las guerras y las insidias domésticas, mientras que ni el hermano mostraba fe al hermano, y toda proximidad era enemistad. Este sentido lo comprende el profeta Ageo con otras palabras: Y ahora poned vuestros corazones desde este día y en adelante: antes de que se pusiera piedra sobre piedra en el templo del Señor. Cuando os acercabais al montón de veinte medidas, y se convertían en diez: y entrabais al lagar para exprimir cincuenta jarras, y se convertían en veinte. Os herí con viento ardiente y con tizón, y con granizo todas las obras de vuestras manos, y no había en vosotros quien se volviera a mí, dice el Señor (Agg. II, 16 ss.): lo cual podemos aplicar tanto a la Iglesia como a cada uno de los creyentes. Porque antes de que se echen los cimientos de la casa de Dios en nosotros, y seamos edificados como templo para Dios, y escuchemos del Apóstol; Vosotros sois templo de Dios: y el Espíritu Santo habita en vosotros (II Cor. VI, 16), cualquier obra buena que parecíamos tener, ya sea racionales, que se llaman hombres, o simples, que se llaman animales (pues hombres y animales, dice, salvarás, Señor (Sal. XXXV, 7), no tiene recompensa ante Dios, y hay en nosotros guerras y discordias, y por todas partes tribulación y sin la paz de Cristo, que al ir al Padre dejó a los apóstoles (Juan XIV), y se cumple en nosotros la sentencia del Señor: Los enemigos del hombre son los de su propia casa (Miq. VII, 6). Porque todo hermano suplanta con engaño; y todo amigo camina fraudulentamente, y el hombre se burla de su hermano, y no habla la verdad, su lengua ha aprendido a hablar mentira (Jer. IX, 4). Pero si nos convertimos a Cristo, y nos hacemos su templo, inmediatamente escucharemos al Apóstol proclamando: Cada uno recibirá su propia recompensa según su obra (I Cor. III, 8).

(Vers. 11, 12.) Ahora bien, no haré con el resto de este pueblo como en los días anteriores, dice el Señor de los ejércitos; sino que habrá semilla de paz. La viña dará su fruto: y la tierra dará su germen: y los cielos darán su rocío: y haré que el resto de este pueblo posea todo esto. LXX: Y ahora no haré con el resto de este pueblo como en los días anteriores, dice el Señor todopoderoso; sino que mostraré paz. La viña dará su fruto: y la tierra dará sus germen: y el cielo dará su rocío: y haré que el resto de mi pueblo posea todo esto. Antes de que se echaran

los cimientos de la casa de Dios, y se edificara el templo, no había salario para los hombres, ni salario para los animales, ni había paz para los que entraban y salían a causa de la tribulación y la angustia, y todos los hombres se odiaban entre sí con odio hostil. Pero ahora que ya se han echado los cimientos de la casa del Señor, y el templo ha sido edificado, no haré como antes hice con los que regresaron de la cautividad de Babilonia; sino que habrá paz y alegría por todas partes, y la aridez y el hambre del tiempo pasado serán compensadas por la futura abundancia. Porque la viña dará su fruto, y todos los lagares se llenarán, la tierra se vestirá de cosechas alegres, y con las lluvias y el rocío nocturno, todo brotará: todo lo que he dicho, haré que el resto de mi pueblo lo posea: porque se han echado los cimientos de la casa del Señor, y el templo ha sido construido. Estas mismas cosas las dice el profeta Ageo en el mismo tiempo, quien antes había dicho: Os herí con viento ardiente y con tizón y con granizo todas las obras de vuestras manos, después de que se echaron los cimientos del templo: Poned, dice, en vuestros corazones desde este día y en adelante, desde el día veinticuatro del noveno mes: desde el día en que se echaron los cimientos del templo, ponadlo sobre vuestro corazón. ¿Acaso ya está la semilla en germen: y aún la viña y la higuera y el granado y el olivo no han florecido? Desde este día bendeciré, y de nuevo moveré el cielo y la tierra juntos (Agg. II, 18 ss.). Digamos también de otra manera, siguiendo la explicación comenzada sobre la Iglesia. Antes de que alguien reciba la fe de Cristo, y se echen en él los cimientos del Espíritu Santo, nadie podrá escuchar, hay recompensa para tu obra. Ya sea judío, hereje o gentil: cualquier obra buena que haga, si no la hace en el nombre de Cristo, no tendrá recompensa de su buena obra. Vemos a las vírgenes de los herejes, el rigor de los filósofos, la observancia de los judíos en la variedad de alimentos: y sin embargo decimos, según Ageo, que comen, y no se sacian: beben, y no se embriagan: se cubren, y no se calientan: y el que recoge salarios, los pone en una bolsa agujereada (Agg. I). Pero después de que hayan recibido la fe de Cristo, tanto ellos como aquellos que estaban en la Iglesia como pecadores, y por la magnitud de sus delitos entregados a la cautividad de este mundo, y quemados por el fuego babilónico, y hayan escuchado al Señor predicando: El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido: me ha enviado a evangelizar a los pobres: a predicar la remisión a los cautivos, y a los ciegos que vean: a sanar a los que están quebrantados de corazón (Is. LXI, 2), y se haya cumplido en ellos lo que se dice por Amós: Convertiré la cautividad de mi pueblo Israel, y edificarán las ciudades desoladas, y los plantaré (Amós IX, 14), entonces en aquellos días brotará la justicia y la multitud de paz (Sal. LXXI). La viña dará su fruto, que dice en el Evangelio: Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. Todo sarmiento que permanece en mí, el Padre lo limpia, para que lleve más fruto (Juan XV, 8). Y cuando sus sarmientos hayan sido limpiados, es decir, las ramas y brotes, y con los ojos brotando comiencen a prometer la esperanza de futuros frutos, para que se cumpla lo que está escrito: Las viñas en flor dieron su fragancia (Cant. II, 13): entonces el sol de justicia coloreará los racimos colgantes, para que enviados al lagar del octavo y octogésimo tercer salmo, que están inscritos para los lagares, sean pisados por el pie del Señor, que subió de Bosor, para que derrame el vino que alegra el corazón del hombre. La tierra también dará su germen, no árida y pedregosa y llena de espinas; sino tierra buena que da fruto al ciento, al sesenta y al treinta (Mat. XIII): para que los que sembraron con lágrimas, cosechen con alegría (Sal. CXXV). Pero también los cielos darán su rocío, de los cuales está escrito en el decimoctavo salmo (Vers. 1): Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos. De estos cielos se dice en el cántico de Deuteronomio: Alegraos, cielos, con él (Deut. XXXII, 43), es decir, con el Señor Salvador, a quienes conoció de antemano y predestinó para ser conformes a la imagen de su Hijo (Rom. VIII), quien habla con Moisés: Espere como lluvia mi palabra, y desciendan como rocío mis palabras (Deut. XXXII, 2). Resucitarán los que estaban muertos por los pecados, y se levantarán los que yacían en sepulcros blanqueados, que están llenos de huesos de muertos, y se alegrarán los que habitan en la tierra. Y cuál es la

causa de la alegría, el siguiente discurso lo demuestra: Porque el rocío que viene de ti es su salud. Y todo esto, a saber, la paz y el fruto de las viñas, y la abundancia de las tierras, que ha crecido con el rocío de los cielos, lo poseerán las reliquias de mi pueblo, de las cuales Isaías habla: Si el Señor de los ejércitos no nos hubiera dejado un remanente, seríamos como Sodoma, y semejantes a Gomorra (Is. I, 9). Porque las reliquias según la elección de la gracia, han sido salvadas: no por obras; de lo contrario no sería gracia.

(Vers. 13 ss.) Y será, como fuisteis maldición entre las naciones, casa de Judá, y casa de Israel: así os salvaré y seréis bendición: no temáis, fortalezcan vuestras manos. Porque así dice el Señor de los ejércitos: Como pensé afligiros, cuando vuestros padres me provocaron a ira, dice el Señor, y no tuve misericordia: así vuelto he pensado en estos días, hacer bien a Jerusalén y a la casa de Judá: no temáis. LXX: Y será, como fuisteis en maldición entre las naciones, casa de Judá y casa de Israel: así os salvaré, y seréis en bendición: confiad y fortaleceos en vuestros corazones, porque así dice el Señor todopoderoso: Como pensé afligiros en lo que vuestros padres me provocaron a ira, dice el Señor todopoderoso, y no me arrepentí: así estoy preparado y he pensado en estos días, hacer bien a Jerusalén y a la casa de Judá: confiad. Esto promete que sucederá después de la edificación del templo, para que así como eran en todas las naciones en maldición y en silbido, y en ejemplo, la casa de Judá, y la casa de Israel (a saber, dos y diez tribus), así cuando sean salvadas, y regresen a Judea, sean bendición para todos. No temáis, dice, a los adversarios rebeldes: confiad que son verdaderas las cosas que el Señor promete a través de mí: fortalezcan vuestras manos: cumplid las obras que habéis comenzado. La causa de la fortaleza es la promesa del Señor: Porque así dice el Señor todopoderoso, a quien nada es imposible, quien puede cumplir lo que promete: como pensé afligiros, y entregaros a la cautividad, porque vuestros padres me provocaron a ira, y no tuve misericordia: lo que los LXX tradujeron como οὐ μετενόησα, es decir, no me arrepentí, que en hebreo se escribe ULO; NAAMATHI (), no tuve misericordia, para corregiros con la cautividad, y a través de todos los tormentos y azotes os instruí: así ahora en el tiempo presente he pensado, hacer bien a Jerusalén y a la casa de Judá. Y es de notar que cuando se enoja, la maldición está en las naciones de la casa de Judá, y la casa de Israel, es decir, todas las doce tribus que fueron entregadas a la cautividad. Pero después de que ha pensado hacer bien, no lo hace a Judá e Israel, es decir, a las dos y diez tribus, a saber, Jerusalén y Samaria, Oolá y Oolibá; sino que dejando a Israel en cautividad, hace bien a Jerusalén y a la casa de Judá: y une al final: No temáis, o confiad, en el sentido que expusimos arriba. Sobre la Iglesia y sobre cada uno de los creyentes se puede entender así, que en tiempo de persecución los cristianos fueron en maldición y en ejemplo para todas las naciones alrededor, porque ofendieron a su Señor: y después sean en bendición, cuando se haya devuelto la paz, y todo esto suceda, porque el Señor que antes estaba enojado, después tenga misericordia de Jerusalén, visión de paz, y de Judá, que confiesa la fe del Señor. También cada uno de los creyentes, que por sus vicios son expulsados de la Iglesia, y entregados a Satanás para la destrucción de la carne (I Cor. V), para que aprendan a no blasfemar (I Tim. I), cuando hayan hecho penitencia, volverán a su estado anterior, y verán la paz de Dios, y poseerán la gloria de su confesión. Esto que está escrito: No tuve misericordia, o no me arrepentí, los herejes lo calumnian, como si Dios fuera cruel o mutable, si no se arrepiente o si se arrepiente. Porque si se arrepiente, dicen que es mutable; si no se arrepiente, afirman que es cruel. Sin embargo, Dios se arrepintió de haber ungido a Saúl como rey (I Sam. XV). Y entre los ninivitas, a quienes había anunciado a través del profeta: Aún tres días, y Nínive será destruida (Jon. III, 4), que hicieron penitencia, se dice que él mismo cambió su sentencia, no por defecto de una mente imprevisora, sino por la variedad de lo que hacen mal o bien. Porque si hacen mal, amenaza: si lloran sus pecados pasados, tiene misericordia: Dios no cambia, quien es uno y el mismo, y no puede cambiar; pero al cambiar ellos de malas a buenas obras, él mismo cambia

su decreto. Y en Génesis dice: El clamor de Sodoma y Gomorra se ha multiplicado; y sus pecados son muy grandes: por lo tanto, descenderé a ver si han hecho conforme al clamor que ha venido a mí: si no, para que lo sepa (Gen. XVIII, 20, 21). Lo que dijo, esto es: Si permanecen en la furia, no faltará el castigo para los pecadores: si cesan de su locura, serán dignos de mi conocimiento. Sin embargo, el Señor conoce a los que son suyos (II Tim. II, 19). Y el Apóstol escribe a los Gálatas: Pero entonces, no conociendo a Dios (Gal. IV, 8). Y aunque Dios conoce a todos, y nada le es oculto ni del pasado, ni del presente, ni del futuro, a los impíos en el Evangelio dice que no los conoce: Apartaos de mí, obradores de iniquidad, no os conozco (Luc. XIII, 27). Por lo tanto, tanto el conocimiento, como el arrepentimiento, como la ira, como la indignación y todos los afectos de Dios, no los tomemos por defecto del lenguaje humano, sino por el sentido de la divina majestad.

(Vers. 16, 17.) Estas son, pues, las palabras que haréis: Hablad verdad cada uno con su prójimo, juzgad verdad y juicio de paz en vuestras puertas, y no penséis mal en vuestros corazones contra vuestro amigo, y no améis el juramento falso: porque todas estas cosas son las que odio, dice el Señor. LXX: Estos son los discursos que haréis: Hablad verdad cada uno con su prójimo: verdad y juicio pacífico, y justo juzgad en vuestras puertas, y no penséis mal en vuestros corazones contra vuestro prójimo, y no améis el juramento falso, porque todas estas cosas odio, dice el Señor todopoderoso. Prometí, no hacer con el resto del pueblo cautivo como en los días anteriores. Y como pensé afligirlos, cuando sus padres me provocaron a ira, y no tuve misericordia: así ahora he pensado vuelto en estos días, hacer bien a Jerusalén y a la casa de Judá. Para que, pues, mi sentencia permanezca, y no se haga nula mi promesa, haced esto que os mando: Hablad verdad con vuestros prójimos. Tomemos al prójimo como todo el género humano, porque hemos sido engendrados de un solo padre. De lo contrario, si el prójimo se toma como cercano, a los extranjeros y extraños se les podría mentir. Esto mismo dice el Apóstol: Desechando la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo (Efes. IV, 25). Verdad, dice, y juicio de paz juzgad en vuestras puertas. En el juicio, lo primero sea la verdad y la justicia; luego sigue la misericordia. Esto es el juicio de paz, para que el juez tenga el propósito de pacificar a los discordantes, según aquello del Evangelio: Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios (Mat. V, 9). Y lo que sigue: En vuestras puertas, concuerda con lo profético: Odian en las puertas al que reprende, y abominan la palabra santa (Amós V, 10). Y en otro lugar: No se avergonzarán cuando hablen con sus enemigos en la puerta (Sal. CXXIX, 6). David también juzgaba en las puertas, cuando Absalón, prometiendo la verdad del juicio, tendía insidias a su padre (II Sam. XIX). Y se pregunta por qué entre los judíos el lugar de juzgar era en las puertas. Para que los agricultores no se vieran obligados a entrar en las ciudades, y sufrir algún gasto, los jueces se sentaban en las puertas, para escuchar tanto a los urbanos como a los rurales en la salida y entrada de la ciudad, y terminado el negocio, cada uno regresara inmediatamente a sus propias moradas. Y no penséis mal, dice, contra vuestros amigos en vuestros corazones: RAAH (), que todos con voz unánime han interpretado como κακίαν, es decir, malicia, podemos tomarlo de dos maneras, tanto por aflicción como por mal. Por aflicción: Si hay malicia en la ciudad que el Señor no haya hecho (Amós III, 6). Y: Basta al día su propio mal (Mat. VI, 34). Por mal en el profeta Jonás, Dios dice: Ha subido el clamor de su maldad hasta mí (Jon. I, 2). Y en el Apóstol leemos: Llenos de toda iniquidad y malicia (Rom. I, 29). De ambas maneras, ni aflige a su amigo, ni piensa mal contra él en su corazón, quien es santo. Y el juramento, dice, falso no améis: mandando el Señor en el Evangelio: Pero yo os digo, que no juréis en absoluto, sino que vuestro discurso sea, sí, sí, no, no (Mat. V, 34); porque quien no jura, nunca podrá perjurar. Quien jura, escuche lo que está escrito: No tomarás el nombre del Señor tu Dios en vano (Éx. XX, 7). Todas estas cosas son las que odio, dice el Señor: según las palabras de Malaquías que dicen: Y todas las cosas que odiaba,

hacíais (Mal. II, 13; según LXX). En los preceptos que pertenecen a la vida, y son claros, no debemos buscar alegoría, para no buscar, según el Cómico, un nudo en un junco (Plauto, Men. II, 1).

(Vers. 18, 19.) Y vino a mí la palabra del Señor de los ejércitos, diciendo: Así dice el Señor de los ejércitos: El ayuno del cuarto, y el ayuno del quinto, y el ayuno del séptimo, y el ayuno del décimo mes será para la casa de Judá motivo de gozo y alegría, y en festividades gloriosas: solo amen la verdad y la paz. LXX: Y vino a mí la palabra del Señor todopoderoso, diciendo: Así dice el Señor todopoderoso. El ayuno del cuarto, y el ayuno del quinto, y el ayuno del séptimo, y el ayuno del décimo mes serán para la casa de Judá motivo de gozo y alegría, y en festividades buenas (pues esto en hebreo se dice TOBIM, es decir, ἀγαθός), y alégrense, y amen la verdad y la paz. A lo que antes Sarasar y Rogommelech habían preguntado por medio de mensajeros, si debían ayunar y llorar en el quinto y séptimo mes, como se tiene en la LXX, o si después de la edificación del templo debían terminar el ayuno y dejar el luto, el profeta respondió en nombre del Señor: el ayuno del cuarto, y el ayuno del quinto, y el ayuno del séptimo, y el ayuno del décimo (pues se sobreentiende en común el mes) se convertirán para la casa de Judá y Jerusalén en días festivos y de alegría. Dios solo busca la verdad y la paz. En este lugar, muchos de los nuestros han dicho muchas cosas, y discordantes entre sí. Algunos, profesando el silencio ante la oscuridad, han pasado por alto en sus comentarios como si fuera un pozo profundísimo: juzgando más correcto no decir nada en absoluto que decir poco. Por lo tanto, nos vemos obligados a recurrir a los hebreos y buscar la verdad del conocimiento más en la fuente que en los arroyos: especialmente cuando no se trata de alguna profecía sobre Cristo, donde suelen tergiversar y ocultar la verdad con mentiras; sino que se teje el orden de la historia a partir de lo precedente y lo consecuente. El ayuno del cuarto mes, que entre los latinos se llama Julio, el séptimo y décimo día de ese mes, lo consideran aquel cuando Moisés, descendiendo del monte Sinaí, arrojó y rompió las tablas de la Ley (Éxodo XXXII), y según Jeremías, los muros de la ciudad fueron primero rotos (Jeremías LII). En el quinto mes, que entre los latinos se llama Agosto, cuando por los exploradores de la tierra santa surgió una sedición en el pueblo, se les ordenó no subir al monte; sino que durante cuarenta años vagaran con largas demoras hacia la tierra santa, para que, excepto dos, Caleb y Josué, todos cayeran en el desierto (Números XIV). En este mes, tanto por Nabucodonosor (Jeremías LII), como muchos siglos después por Tito y Vespasiano, el templo de Jerusalén fue incendiado y destruido, la ciudad de Bether capturada, a la cual habían huido muchos miles de judíos, el templo arado en deshonor de la nación oprimida, por Turannio Rufo. En el séptimo, que entre nosotros se llama Octubre, como dijimos antes, Godolías fue asesinado, y las tribus de Judá y las reliquias de Jerusalén dispersadas (IV Reyes 25). Leamos Jeremías (Cap. XXXIX y XLI). En el décimo mes, que entre nosotros se llama Enero, porque es la puerta del año y el principio, Ezequiel en cautiverio oyó, y todo el pueblo de los cautivos en el quinto mes que el templo había sido destruido, lo cual conocemos plenamente en el mismo profeta. Esto es, por tanto, todo lo que se dice: Los días de llanto y ayuno que hasta ahora han tenido en luto, sepan que he pensado convertirlos para ustedes, Jerusalén y la casa de Judá, en alegría y gozo, y festividades, siempre y cuando amen la verdad y la paz. Según la ἀναγωγή, porque entonces ayunamos, cuando el esposo nos es quitado (Lucas V), y no merecemos tener su presencia, cuando el Señor haya regresado a nosotros, y haya pensado en hacernos bien, toda tristeza se convertirá en gozo; y el hambre anterior de la palabra de Dios, será compensada con la presencia de sus doctrinas y la saciedad del pan celestial.

(Vers. 21, 22.) Así dice el Señor de los ejércitos: Hasta que vengan pueblos, y habiten en muchas ciudades, y vayan los habitantes uno al otro, diciendo: Vayamos y supliquemos el

rostro del Señor, y busquemos al Señor de los ejércitos. También yo iré, y vendrán muchos pueblos, y naciones fuertes a buscar al Señor de los ejércitos en Jerusalén, y a suplicar el rostro del Señor. LXX: Así dice el Señor todopoderoso: Aún vendrán muchos pueblos, y habitantes de muchas ciudades; y se congregarán los que habitan ciudades en una ciudad, diciendo: Vayamos a suplicar el rostro del Señor, y busquemos el rostro del Señor todopoderoso. También yo iré, y vendrán muchos pueblos y numerosas naciones, a buscar el rostro del Señor todopoderoso en Jerusalén, y a suplicar el rostro del Señor. El ayuno del cuarto, y del quinto, y del séptimo, y del décimo mes se convertirá en las mejores festividades, tanto que las ciudades de Judea que antes estaban desiertas, serán celebradas por numerosos habitantes: y una ciudad irá a otra, y se animarán mutuamente, y dirán: porque durante estos setenta años los caminos de Sion estaban desolados, ya que no había quien fuera a la solemnidad, todas sus puertas desiertas, y sus sacerdotes gimiendo: ahora que se ha devuelto la paz, vayamos a Jerusalén, donde la ley ha ordenado que ofrezcamos víctimas, y tres veces al año todo nuestro varón aparezca ante el Señor (Éxodo XXIII), y diciendo una a otra: Vayamos y supliquemos el rostro del Señor, y busquemos al Señor todopoderoso, responderá otra ciudad: También yo iré: en ese tiempo vendrán muchos pueblos y naciones innumerables y fuertes, para ofrecer sacrificios en Jerusalén al Señor de los ejércitos, y suplicar su rostro. Porque el Señor se acerca a aquellos que no lo tientan, y muestra su rostro a aquellos que no son incrédulos (Sabiduría I). Quien ha visto al Hijo, ha visto al Padre (Juan XIV); y el Señor y Salvador es la imagen del Dios invisible: no porque el Hijo sea visible, y el Padre invisible; sino que al nombrar al Hijo, se percibe al Padre. Pues no hay Padre, si no tiene Hijo. Por eso él mismo habla en el Evangelio: Padre, he manifestado tu nombre a los hombres (Juan XVII, 6). Lo que hemos dicho de Jerusalén y Zorobabel, o después de Zorobabel, se refiere más correctamente y plenamente a Cristo, y a Jerusalén, que se entiende como la Iglesia: y entonces de todo el orbe de la tierra, pueblos y naciones concurrirán a ofrecer sacrificios en el templo del Señor. También en tiempo de persecución, como hemos mencionado antes, los maestros y sacerdotes de la Iglesia prometen audazmente a los cautivos y creyentes, que nuevamente serán edificadas las parroquias y se devolverá la tranquilidad de la paz, y en las Iglesias se suplicará el rostro del Señor. Pasamos rápidamente por lo manifiesto, para detenernos en lo más oscuro.

(Vers. 23.) Así dice el Señor de los ejércitos: En aquellos días, en los que diez hombres de todas las lenguas de las naciones tomarán la orla de un hombre judío, diciendo: Iremos con ustedes: porque hemos oído que Dios está con ustedes. LXX: Así dice el Señor todopoderoso: En aquellos días si diez hombres de todas las lenguas de las naciones toman, y sostienen [o tocan] la orla de un hombre judío, diciendo: Iremos contigo, porque hemos oído que Dios está con ustedes. Algunos de los judíos dicen que esto se cumplió bajo Zorobabel, y después de Zorobabel. Otros lo posponen para un tiempo futuro, cuando esperan que Cristo venga. Pero nosotros lo entendemos más correctamente y verdaderamente en la venida del Señor Salvador, cuando nació de la Virgen María. Finalmente, está escrito: Hasta que vengan pueblos (Zacarías VIII, 20)? Cuando se dice, hasta que, no se refiere al tiempo presente, en el que estaban Zorobabel y Jesús; sino al futuro, cuando vendrán muchos pueblos y naciones fuertes, a buscar al Señor de los ejércitos en Jerusalén, y a suplicar el rostro del Señor. En ese tiempo, y en esos días, diez hombres de todas las lenguas de las naciones tomarán la orla de un hombre judío, diciendo: Iremos con ustedes: porque hemos oído que Dios está con ustedes. Y en Isaías leemos: Siete mujeres tomarán a un solo hombre, diciendo: Comeremos nuestro pan, y nos vestiremos con nuestras ropas: solo que se invoque tu nombre sobre nosotros: quita nuestro oprobio (Isaías IV, 1). Por lo tanto, lo que allí se llama siete mujeres, es decir, Iglesias, cuyo número también se contiene en el apóstol Pablo: pues escribe a siete Iglesias, a los Romanos, a los Corintios, a los Gálatas, a los Efesios, a los Filipenses, a los

Colosenses, a los Tesalonicenses. Y en el Apocalipsis de Juan en medio de los siete candelabros (Apocalipsis I), es decir, Iglesias, de los Efesios, de los Esmirniotas, de los Pérgamos, de los Tiatirenos, de los Sardenses, de los Filadelfios, de los Laodiceos, el Señor entra ceñido con oro purísimo: ahora en el profeta Zacarías se nombran diez, que el Señor buscó, para que si las hubiera encontrado en Sodoma y Gomorra, Adama y Seboim, las hubiera liberado de la destrucción. Pues la letra Iota, de la cual el Salvador toma su nombre, no solo entre los griegos, sino también entre los hebreos, significa el número diez. Y este discurso místico muestra que todos los que se cuentan con el nombre cristiano, a quienes el Señor dice haber dejado siete mil en el tiempo de la persecución de Jezabel y la huida de Elías, que no doblaron la rodilla ante Baal (III Reyes XIX), y han llegado a la medida del hombre perfecto de todas las lenguas y naciones, tomarán la orla de un hombre judío, es decir, del Señor Salvador, de quien también se dice en los Salmos: Judá es mi rey (Salmo LIX, 9). Y: Judá, te alabarán tus hermanos. Y de nuevo; No faltará príncipe de Judá, ni legislador de entre sus pies, hasta que venga aquel a quien está reservado: y él será la esperanza de las naciones (Génesis XLIX, 8, 10): Porque será la raíz de Jesé: y el que se levantará para gobernar a las naciones, en él esperarán las naciones (Isaías XI, 10). Y cuando lo hayan tomado, desearán adherirse a sus pasos; porque Dios está con él. O ciertamente de todas las lenguas y naciones, quienes hayan creído, tomarán al hombre judío, los apóstoles que son de los judíos y dirán: Iremos con ustedes: porque hemos oído por los profetas, y hemos conocido por la voz de todas las Escrituras, que el Hijo de Dios, Cristo, Dios y Señor está con ustedes. Donde hay una profecía muy clara, y se predica sobre la venida de Cristo y sus apóstoles, y la fe de todas las naciones, no busquemos más. Pero lo que hemos dicho que el número de siete mil pertenece al nombre de los cristianos, suma en griego ἑπτάκις χιλίους y χριστιανούς, y encontrarás el mismo número y suma, es decir, mil novecientos cuarenta y uno. Pero también la parábola de las diez vírgenes en el Evangelio (Mateo XXV), que interpretamos en los sentidos de la carne y el espíritu, si han preparado el aceite de las buenas obras para sus lámparas, y han duplicado el número cinco, para que sean santas (según el Apóstol) en cuerpo y espíritu, refieren al sacramento de este número. También las diez ciudades, que quien gobierne bien los sentidos del cuerpo, recibirá en el futuro con el número duplicado (Lucas XVI).

(Cap. IX.---Vers. 1.) Carga de la palabra del Señor en la tierra de Adrach, y de Damasco su descanso: porque del Señor es el ojo del hombre, y de todas las tribus de Israel. LXX: Asunción de la palabra del Señor en la tierra de Adrach [o Sedrach] y de Damasco su sacrificio, porque el Señor mira a los hombres, y a todas las tribus de Israel. Toda esta Visión o carga y peso de la palabra del Señor, como lo interpretó Aquila, se refiere a la vocación de las naciones, y a la construcción de la Iglesia. Y el orden de las palabras es: Asunción de la palabra del Señor, aguda en los pecadores, suave en los justos: ADRACH resuena como un nombre compuesto de dos palabras completas: AD, agudo, RACH, suave y tierno, significando: y no como algunos leen mal, Sedrach. Algunos refieren Adrach al pueblo de los judíos, Damasco a la vocación de las naciones. Por lo tanto, el pueblo, o la asunción de la palabra del Señor se hace en la tierra de Adrach sobre la cual el Señor ejerció tanto su severidad como su clemencia (Isaías XI, 10, según la LXX). Severidad en aquellos que no quisieron creer: clemencia en aquellos que regresaron con los Apóstoles. Damasco, sin embargo, es el descanso del Señor, según lo que está escrito en Isaías: Y será su descanso glorioso. Pues antes de que el niño sepa elegir el bien o el mal, y llamar padre y madre, tomará la fortaleza de Damasco y los despojos de Samaria (Isaías VIII, 4). Por lo tanto, Damasco se traduce en nuestra lengua como bebedor de sangre o sangre de cilicio, para que la primera interpretación signifique un pueblo sangriento; la segunda, penitencia unida a su crueldad. Y lo que sigue: Porque del Señor es el ojo del hombre y de todas las tribus de

Israel, lo explican así: Por eso el templo de Dios debe ser construido de ambos pueblos, es decir, de la tierra de Adrach, y de Damasco su descanso: porque del Señor es, quienquiera que de las naciones mire a Dios, y espere en él, y de todas las tribus de Israel: o, según la LXX, porque el Señor mira igualmente a todos los hombres, y a todas las tribus de Israel. Digamos también de otra manera: en la tierra de Adrach está la carga de la palabra del Señor, y un peso muy grave. En Damasco, sin embargo, sus víctimas y sacrificio, porque el Señor mira tanto la fe de las naciones como la perfidia de la Circuncisión sin ninguna acepción de personas, y es igualmente Dios de todos: imponiendo a unos el grave peso de su sentencia, y descansando en la sede de otros. Los judíos dicen que todo esto se cumplirá en la venida de Cristo, que se prometen en el último tiempo, y que la tierra de Adrach, y Damasco, y Emath, y Tiro, y Sidón, y Ascalón, y Gaza, también Accaron y Azoto y los filisteos, se someterán al rey más poderoso, y le servirán al que habita en Jerusalén: y nadie se atreverá a levantar la mano contra Israel, pacificados todos a su alrededor. Lo cual nosotros convencemos que todo se ha cumplido espiritualmente en la venida del Señor y en su Iglesia.

(Vers. 2 y ss.) También Emath en sus límites, y Tiro y Sidón: pues se han apropiado de mucha sabiduría. Y Tiro edificó su fortaleza, y amontonó plata como polvo, y oro como lodo de las calles. He aquí que el Señor la poseerá, y herirá en el mar su fortaleza, y esta será devorada por el fuego. LXX: Emath en sus límites Tiro y Sidón: porque fueron muy sabios, y Tiro edificó su fortaleza, y acumuló plata como polvo, y oro como lodo de las calles. Por eso el Señor la poseerá, y herirá en el mar su fortaleza, y ella será quemada en el fuego. Emath, que se interpreta como χόλος, es decir, indignación, es la misma que por Antíoco Ἐπιφανεί, recibió el nombre de Epifanía, y ahora es una ciudad de Siria Coele. Y por tanto, esta, y Tiro y Sidón estarán en los límites de Damasco, o en los límites de la tierra de Adrach, para que crean en el Señor Salvador, a quien el Padre dijo: Pídeme, y te daré las naciones por herencia, y los confines de la tierra por posesión (Salmo II, 8). Las hijas de esta Tiro, es decir, las almas que creen en Cristo, llevarán regalos al rey, para que se cumpla lo que está escrito: Las hijas de Tiro adorarán en ofrendas (Salmo XLIV, 13). Y cuando la ciudad de Dios, la Iglesia, haya sido construida, de la cual el salmista canta: Gloriosas cosas se dicen de ti, ciudad de Dios (Salmo LXXXVI, 2), inmediatamente seguirán las demás: He aquí que los extranjeros y Tiro y el pueblo de los etíopes, estos nacieron allí (Ibid., LVI, 4). De los extranjeros se dice en dos salmos: A mí me sirven los extranjeros, o están sujetos. De los etíopes leemos en el profeta Sofonías: Más allá de los ríos de Etiopía, allí me traerán ofrendas (Sofonías III, 10). Y en el Salmo: Etiopía adelantará sus manos a Dios (Salmo LXVII, 32). De Tiro, sin embargo, el Evangelio habla: ¡Ay de ti, Corazín; ay de ti, Betsaida; porque si en Tiro y Sidón se hubieran hecho las maravillas que se han hecho en ustedes, hace tiempo que se habrían arrepentido en saco y ceniza (Mateo XI, 21). De los confines de Tiro y Sidón aquella mujer cananea sirofenicia, cuya hija estaba poseída por un demonio, se encontró con el Señor Salvador (Marcos VII); y dedicó las primicias de la fe de los tirios y sidonios, para que los que en el tiempo de Cristo no creyeron, porque aún no habían visto señales y prodigios, después vieran por los apóstoles y creyeran, y fueran partícipes de aquella bienaventuranza que el Señor promete, diciendo: Bienaventurados los que no vieron y creyeron (Juan XX, 29). Tiro y Sidón (de las cuales una se interpreta como συνοχή, es decir, angustia: la otra θήρευμα, es decir, caza) se apropiaron de tanta sabiduría, que con sus sofismas y redes de dialécticos y tejidos de sofistas, que la Escritura menciona como fortificaciones, Tiro propuso enigmas a Salomón, es decir, al rey pacífico, y su plata, es decir, el brillo de la elocuencia, y su oro, la astucia de los sentidos, como polvo y lodo que está en las calles y caminos, lo acumuló, para poseer el reino de la idolatría que había fortificado. Pero contra estas fortificaciones el Apóstol habla: Porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios, para la destrucción de fortalezas: destruyendo pensamientos, y toda altitud

que se levanta contra el conocimiento de Dios (II Corintios X, 4, 5). Y bajo la persona de Nínive que se interpreta como ornada, o hermosa (pues nada es más adornado que el mundo), la palabra de Dios se dirige a través del profeta contra los hombres del mundo: Y tú te embriagarás, y serás despreciada, y buscarás ayuda del enemigo: todas tus fortalezas serán como higueras con sus higos: si son sacudidas, caerán en la boca del que come. Y por tanto, Tiro y Sidón el Señor las poseerá, cuando antes haya herido su fortaleza en el mar salado y amargo de este siglo, y para que no quede nada de su antigua sabiduría, es decir, de la necia soberbia, por la cual se compararon a sí mismas débiles fortalezas, y plata y oro semejantes al lodo, las purificará y limpiará con fuego, de lo cual el Salvador habla en el Evangelio: Fuego vine a traer sobre la tierra, y cuánto deseo que ya esté encendido (Lucas XII, 49), según lo que está escrito en Marcos: Todos serán salados con fuego (Marcos IX, 48).

(Vers. 5 seqq.) Verá Ascalón y temerá, y Gaza, y se dolerá mucho: y Accarón, porque su esperanza está confundida, y perecerá el rey de Gaza, y Ascalón no será habitada. Y se sentará el separador en Azoto, y destruiré la soberbia de los filisteos. Y quitaré su sangre de su boca, y sus abominaciones de entre sus dientes, y también él será dejado a nuestro Dios, y será como un jefe en Judá, y Accarón como el jebuseo. Y rodearé mi casa con aquellos que me sirven, yendo y volviendo, y no pasará sobre ellos más el opresor: porque ahora he visto con mis ojos. LXX: Verá Ascalón y temerá: y Gaza, y se dolerá mucho: y Accarón, porque está confundida de su esperanza, y perecerá el rey de Gaza, y Ascalón no será habitada. Y habitarán extranjeros en Azoto: y destruiré la injusticia de los extranjeros, y quitaré su sangre de su boca, y sus abominaciones de entre sus dientes, y también ellos serán dejados a nuestro Dios, y serán como un tribuno en Judá: y Accarón como el jebuseo, y pondré en mi casa una elevación, para que nadie pase, ni vuelva, y no vendrá más sobre ellos el opresor y el eminente: porque ahora he visto con mis ojos. Ascalón se interpreta como fuego innoble, o pesado [Al. pesados]: Gaza, fuerte, o imperio: Accarón, estéril, o erradicada: Azoto, que en hebreo se dice ESDOD (), fuego generador, o fuego del tío, o fuego del pecho; Jebuseo, significa pisoteada. Expresamos las etimologías de los nombres, para recorrer brevemente el sentido. Viendo Ascalón y Gaza y Accarón, que Emat estaba en los confines de Damasco, y Tiro y Sidón, después de haber sido golpeadas alrededor, y todo su heno, madera y paja ardió en el incendio, poseídas por el Señor, y ellas mismas aterradas por el miedo, el dolor y la confusión, comenzaron a esperar cosas mejores. Finalmente, Ascalón, en la que antes estaba el diablo, fuego innoble, y había llegado hasta la medida y el peso de los pecados, tembló de miedo, porque dejó de tener habitantes. Y Gaza se dolió mucho, arrepintiéndose de sus antiguos crímenes, que una vez fue fuerte y dura, indomable, y se prometía a sí misma el reino de todos, porque su rey y príncipe, palabra contraria y poder del enemigo, había perdido su imperio. También Accarón, estéril, porque sin la Ley y el conocimiento de Dios no tenía hijos, fue erradicada, para que escuchara aquella profecía: Alégrate, estéril; que no das a luz, rompe y clama, que no das a luz: porque más son los hijos de la desolada que de la que tiene marido (Isai. LIV, I). Y cuando Ascalón y Gaza y Accarón fueron aterradas, y se dolieron, porque o no tenían habitantes, o perdieron al rey, o su esperanza [Al. de ellas] fue frustrada, los extranjeros se sentarán en Azoto, donde el fuego genera, que el Señor envió sobre la tierra, y desea arder (Luc. XII). Porque él bautiza en Espíritu Santo y fuego (Matth. III), donde el sobrino y el tío son ἀδελφιδούς [Al. ἀδελφίδος] καὶ πατράδελφος, que en el Cantar de los Cantares la esposa desea: donde el fuego del pecho es y de la abundante ubre, de la que en el mismo Cantar leemos: En medio de mis pechos morará (Cant. I, 12). Y en el Apóstol: Leche os di a beber, no alimento (I Cor. III, 3). Por lo que según los LXX dijimos: y habitarán extranjeros en Azoto, en hebreo se lee, habitará, o se sentará MAMZER () en Azoto, por lo que nosotros pusimos, y se sentará el separador en Azoto. Entiende al Señor

como el separador, que separa el trigo de la paja (Matth. III y XIII), y los peces buenos de los malos, y el oro y la plata de las impurezas y escoria. Y cuando haya hecho esto, promete también lo demás: Destruiré la injuria, o la soberbia de los filisteos. Por los cuales los LXX tradujeron extranjeros. Filisteos se interpreta en nuestra lengua, cayendo por la copa: 861 porque bebieron del cáliz de Babilonia, y embriagados cayeron. Estos, por tanto, en el tiempo de la vocación de las naciones y la venida de Cristo no tendrán soberbia, sino que seguirán a Jesús humilde y manso. Y quitará de su boca la sangre, palabras de blasfemia y abominaciones, culto a los ídolos, y el consumo de lo que fue sacrificado a los ídolos, de entre sus dientes: para que después de que estas cosas sean quitadas, los mismos filisteos, es decir, los extranjeros, sean dejados al Señor, y sea un jefe en Judá, es decir, en el pueblo que confiesa al Señor, para que el primer pueblo que estaba en la cabeza, se convierta en cola, y el último que estaba en la cola, pase a la cabeza; y Accarón, estéril en otro tiempo, y por eso, erradicada, sea como Jebus, es decir, como Jerusalén. Porque esta ciudad se llama con tres nombres, Jebus, Salem y Jerusalén. Y rodearé, dice, mi casa, es decir, la Iglesia, con aquellos que me sirven, es decir, con aquellos que me sirven en varios ministerios, y a mi mandato van de aquí para allá, yendo y volviendo. O: Rodearé mi casa con la protección de los ángeles, de los cuales también en otro lugar está escrito: Enviará el ángel del Señor alrededor de los que le temen, y los librará (Ps. XXXIII, 8): para que no haya quien pase y vuelva, es decir, quien prepare emboscadas a mi pueblo. Ni pasará sobre él más el opresor, de quien dice Isaías: Cesó el opresor (Is. XIV, 5): o ciertamente, ἐξελώνων, es decir, sacando fuera, y llevando cautivos a los prisioneros: porque con sus ojos, que podemos entender como los profetas y todos los santos, el Señor vio la vocación de las naciones y la seguridad de la Iglesia.

Exulta mucho, hija de Sion; júbilo, hija de Jerusalén: He aquí que tu rey vendrá a ti, justo y salvador: él mismo pobre y montado sobre una asna, y sobre un pollino hijo de asna. Y destruiré el carro de Efraín, y el caballo de Jerusalén, y se disipará el arco de guerra, y hablará paz a las naciones, y su poder será de mar a mar, y de los ríos hasta los confines de la tierra. LXX: Alégrate mucho, hija de Sion; proclama, hija de Jerusalén: He aquí que tu rey vendrá a ti justo, y salvando, él mismo manso y montado sobre un asno y un pollino nuevo, y destruirá los carros de Efraín, y el caballo 862 de Jerusalén, y destruirá el arco de los combatientes y la multitud, y la paz de las naciones, y dominará desde las aguas hasta el mar, y desde los ríos hasta las salidas de la tierra. Esta profecía los evangelistas escriben que se cumplió, cuando el Señor entró en Jerusalén, montado sobre una asna y un pollino de asna, y la multitud de niños con ramas de palmas salió a su encuentro, clamando: Bendito el que viene en el nombre del Señor: hosanna en las alturas (Mat. XXI); y a los fariseos que increpaban, por qué no reprendía a los niños que clamaban, respondió: ¿No habéis leído: De la boca de los niños y de los lactantes perfeccionaste la alabanza (Ps. VIII, 3)? Exulta, por tanto, Sion y júbilo Jerusalén, una y la misma ciudad (porque Sion es la fortaleza de Jerusalén) porque viene a ella su rey, que fue prometido por las profecías de todos los profetas: Justo y él mismo, Salvador, es decir, Jesús, como el ángel interpretó, hablando a la Virgen: Y será llamado Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados [Al. de ellos] (Mat. I, 21). También pobre, o, como los LXX tradujeron, manso, que siendo rico, por nosotros se hizo pobre, y dice en el Evangelio: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón (Mat. XI, 29). Y, montado sobre una asna de carga, o sobre un pollino nuevo, es decir, ambos pueblos, de la Circuncisión y del Prepucio, de los cuales el primero había llevado el pesado yugo de la Ley, como está escrito en los Hechos de los Apóstoles: Ni nosotros, ni nuestros padres pudimos llevar el pesado yugo de la Ley (Act. XV). Por lo cual también Pablo escribe a los Gálatas que querían circuncidarse: Estad firmes, y no os sometáis de nuevo al yugo de servidumbre (Galat. V, 1). Pero el pollino nuevo, la multitud de los gentiles, sin freno de la Ley, ni guiado por nadie, sino siempre en precipicios y en abismos de

idolatría golpeado y quebrado, aprendió a caminar y a entrar en el camino recto por la sesión del Señor. Y destruiré, dice, el carro de Efraín. Aún se dice desde la persona de Dios Padre, que el carro, o carroza, de Efraín perecerá, y el caballo de Jerusalén. Y mientras tanto, según la letra, habla de estas cosas: No habrá guerras, con todo pacificado por la venida y el nacimiento de Cristo. Pero según una comprensión más elevada, Efraín se refiere a la multitud de herejías, que se interpreta como καρποφορία, 863 es decir, fertilidad y abundancia de frutos, de los cuales está escrito en el salmo setenta y siete: Los hijos de Efraín, armados y lanzando el arco, se volvieron en el día de la batalla. De estos carros y carrozas [Al. aurigas] leemos: Estos en carros y aquellos en caballos, pero nosotros invocaremos el nombre del Señor nuestro Dios: ellos se han inclinado y han caído, pero nosotros nos hemos levantado y estamos erguidos (Ps. XIX, 8, 9). El caballo que se destruye de Jerusalén, es aquel del que leemos: Engañoso es el caballo para la salvación (Ps. XXXII, 17), Y en Jeremías, que se entregaban a la lujuria y al deseo, oyen: Caballos enloquecidos en las hembras se han vuelto para mí: cada uno relinchaba hacia la esposa de su prójimo (Jer. V, 8). De donde son llamados al arrepentimiento, diciendo el salmista: No seáis como el caballo y el mulo, en los cuales no hay entendimiento (Ps. XXXI, 9). Y cuando Dios haya destruido los carros de Efraín y el caballo de Jerusalén, los que hayan sido liberados de tales caballos y carros; serán transferidos al servicio del Señor, y se convertirán en querubines, y de ellos se dirá: Carros de Dios son diez mil veces múltiples, miles de los que se alegran (Ps. LXVII, 18). Y: A mi caballería en los carros de Faraón te he comparado, mi amada (Cant. I, 8). Y: Sube a los caballos, y tu caballería es la salvación (Abac. III, 8). Se disipará el arco de guerra, para que no se lancen dardos encendidos, que puedan herir los corazones de los voluptuosos. Y hablará paz a las naciones, de las cuales está escrito: Él será la esperanza de las naciones (Gen. XLIX, 10). Y de nuevo: En él esperarán las naciones (Isai. XI). Y: Su poder será de mar a mar, y de los ríos hasta los confines de la tierra (Ps. LXXI, 8). Esto no debe ser minimizado por alegoría; sino que debe creerse que se ha cumplido verdaderamente, según lo que leemos: Pídeme, y te daré las naciones por herencia, y los confines de la tierra por posesión (Ps. II, 8). En el salmo setenta y uno también se dice bajo la persona de Salomón y del verdadero pacífico: Y dominará de mar a mar, y del río hasta los confines de la tierra (Vers. 8).

(Vers. 11, 12.) Tú también en la sangre de tu pacto liberaste a tus cautivos del pozo en el que no hay agua: convertíos a la fortaleza, cautivos de esperanza: hoy también anunciando te devolveré el doble. LXX: Y tú en la sangre del pacto liberaste a tus cautivos del pozo que no tiene agua: os sentaréis en la fortaleza cautivos de la congregación, y por un día de tu peregrinación te devolveré el doble. Después de que el discurso del profeta, o más bien el mismo Dios Padre omnipotente, anunció a Sion y Jerusalén que vendría a ellas su rey, manso, y montado sobre una asna de carga, y un pollino de asna, y su poder sería de mar a mar, y de los ríos hasta los confines de la tierra, hace una apóstrofe al mismo Cristo, de quien es la profecía, y habla: Tú también en la sangre del pacto, o de tu pacto, liberaste a tus cautivos del pozo, en el que no hay agua. Lo cual se entiende así: En la sangre de tu pasión, aquellos que estaban cautivos en la cárcel del infierno, en la que no hay misericordia alguna, los liberaste con tu clemencia. Finalmente, después de que el Señor resucitó, aquellos que estaban retenidos por los pecados de Adán, o, como algunos quieren, por el error innato, y las cadenas de la muerte, resucitaron con él, y aparecieron en la ciudad santa. De esta sangre del pacto, y él mismo indicando la futura pasión, hablaba a los discípulos: Tomad, y bebed de esto todos: porque este es el cáliz del nuevo pacto en mi sangre (Matth. XXVI, 27, 28). En prefiguración de esto, José fue enviado al pozo por sus hermanos (Gen. XXXVII): y Daniel (Dan. VI) y Jeremías por los caldeos y el pueblo de los judíos: también Banaías en tiempo de nieve y frío descendió al pozo, para allí matar a un león (II Reg. XXIII, 20). Jeremías, sin embargo, no en

el agua del pozo; sino en el lodo y cieno del pozo es sumergido, lo cual podría sofocar más que refrescar al sediento (Jerem. XXXVII y XXXVIII). De donde en el salmo está escrito: Estoy hundido en el lodo profundo, y no hay sustancia (Ps. LXVIII). En este pozo del infierno moraba aquel rico que una vez se vestía de púrpura, cuya lengua grandilocuente era quemada por los incendios de las penas, y tanto no tenía refrigerio alguno de aguas, que pedía el alivio del extremo del dedo del pobre mojado en agua (Luc. XVI). De nuevo a aquellos que estaban cautivos, y que por la misericordia de Cristo serían liberados, se dirige el discurso: Convertíos a la fortaleza, cautivos de esperanza. Y el sentido es: Los que ahora estáis cautivos y retenidos en el infierno implacable y terrible, que esperáis la liberación de las cadenas con la venida de Cristo, convertíos a la fortaleza, o os sentaréis en la fortaleza, de la cual está escrito: La fortaleza del santo es el temor del Señor; 865 para que podáis aprender: Sé para mí un Dios protector y un lugar fortificado, para que me salves (Ps. LXX, 3), y de vosotros también el profeta mencione: He aquí la ciudad fuerte, nuestra salvación pondrá muro y antemural (Isai. XXVI, 1). Esta fortaleza a la que Dios exhorta a los cautivos de esperanza, o cautivos esperanzados de la Iglesia, no debemos entenderla de otra manera sino como la morada del paraíso, en la que el primero en entrar con el Señor fue el ladrón (Luc. XXIII); y por eso a través de Zacarías son provocados a la fortaleza, porque ya entonces y desde ese tiempo el Señor prometía, que por breve tribulación, recibirían premios eternos. O, como se lee en los LXX: por un día de tu peregrinación, te devolveré el doble. Porque en comparación con la eternidad, todo lo que sufrimos en el mundo debe llamarse un día, no de habitación, sino de peregrinación: porque somos extranjeros y peregrinos como todos nuestros padres. Pues en el presente lo momentáneo y leve de nuestra tribulación, 866 sobre manera en la sublimidad del peso de la gloria eterna obra en nosotros, no contemplando las cosas que se ven, sino las que no se ven (II Cor. 4). Porque las cosas que se ven, son temporales; pero las que no se ven, son eternas.

(Vers. 13.) Porque extendí a Judá para mí, como arco llené a Efraín, y despertaré a tus hijos, Sion, sobre tus hijos, Grecia, y te pondré como espada de valientes. LXX: Porque te tendí, Judá, para mí como arco: llené a Efraín, y despertaré a tus hijos, Sion, sobre los hijos de los griegos, y te tocaré como espada de guerrero. Los judíos refieren esto a los tiempos de los Macabeos, quienes vencieron a los macedonios y purificaron el templo mancillado por la idolatría después de un periodo de tres años y medio. Y lo que sigue: Como arco llené a Efraín, consideran que se refiere a aquellos que de las diez tribus llamadas Israel, vinieron bajo Ezequías, a quienes también se recuerda que Josías reinó: siempre que interpreten el primer testimonio de manera diferente a como lo hemos explicado, y digan: Oh Cristo, a quien esperamos que venga, y que reinarás en todos los confines de la tierra: en la sangre de tu pacto con la que encontraste a Jerusalén rociada, según Ezequiel (Cap. XVI), en su propia sangre, e hiciste un pacto con Abraham en las divisiones del becerro, el carnero y el macho cabrío; liberaste a tu pueblo Israel de la cautividad y del horno de los caldeos, en los cuales no había misericordia (Gen. XV). Por eso también vosotros, oh israelitas, que estabais cautivos y esperabais en el Señor, volved a la mínima Jerusalén: porque hoy tenéis al Señor prometiendo que por la breve injuria de la cautividad, recibiréis todo duplicado, como leemos que recibió Job (Cap. XLII). Según la tropología, este lugar puede explicarse así: Judá se extiende en el arco cuando el Señor y Salvador es enviado por el Padre a este mundo, quien es tanto el arco, como el arquero y la flecha. Arco, como en el presente lugar. Arquero, como en el salmo cuadragésimo cuarto: Tus flechas son agudas y poderosísimas (Sal. XLIV, 6), con las que, cuando ha sido herido, dice: Estoy herido de amor (Cant. II, 5). Flecha, él mismo es quien habla por Isaías: Me puso como flecha escogida, y en su aljaba me escondió (Is. XLIX, 2). Flecha escogida, es la palabra de Dios; la aljaba en la que la flecha está escondida,

es la dispensación de la carne asumida. Con esto se llena Efraín, para que cuando esté armado y preparado para la guerra, él mismo, junto con las naciones, sea herido por las flechas del Señor, de cuya tribu Jeroboam fue el primero en dividir al pueblo (III Reyes 12), a quien en la persona de los herejes, el profeta Oseas demuestra más plenamente (Ose. V y VI), y lo que dijimos antes: Los hijos de Efraín, armados y lanzando el arco, se volvieron en el día de la batalla (Sal. LXXVII, 9). Porque al despertar el Señor a los hijos de Sion, es decir, a los hijos de la Iglesia, se destruirán los maestros de doctrinas contrarias, y toda la afirmación de los filósofos y los argumentos de los gentiles, porque el mismo Señor es la espada de los fuertes, de quien se dice: Ciñe tu espada sobre tu muslo, oh poderoso. Con tu esplendor y tu hermosura, avanza, prospera y reina; por la verdad, la mansedumbre y la justicia, y tu diestra te guiará maravillosamente (Ibid. XLIV, 4 y ss.). Con esta espada serán heridos los etíopes, de quienes está escrito: Y vosotros, etíopes, seréis heridos por mi espada (Sof. II, 12), quienes, después de haber sido heridos por la espada de Cristo, dejarán su color oscuro, y exultantes dirán: Será el esplendor del Señor nuestro Dios sobre nosotros (Sal. LXXXIX, 17): lo que también David se promete a sí mismo después de la penitencia: Me lavarás, y seré más blanco que la nieve (Ibid., L, 9). Esta es la espada de la que escribe el Apóstol: La palabra de Dios es viva y eficaz, y más penetrante que toda espada de dos filos, y alcanza hasta la división del alma y el espíritu.

(Vers. 14.) Y el Señor Dios se manifestará sobre ellos, y saldrá como relámpago su dardo, y el Señor Dios tocará la trompeta, y avanzará en el torbellino del sur. El Señor de los ejércitos los protegerá. LXX: Y el Señor Dios se manifestará sobre ellos; y saldrá como relámpago su flecha: y el Señor Dios omnipotente sonará la trompeta, y avanzará en la conmoción de su terror. El Señor omnipotente los protegerá. Y este lugar lo refieren a los tiempos de los Macabeos, porque al luchar y vencer contra Antíoco, la lucha y la victoria fueron del Señor, quien salió fuerte a la batalla, y su poder apareció como un relámpago, y con los adversarios vencidos y dispersados por la muerte del torbellino, protegió al pueblo judío. Pero nosotros referiremos todo a la comprensión del Salvador, de quien se dijo antes: Extendí a Judá para mí como arco. Al extenderlo, y con los herejes y gentiles muertos por los hijos de Sion, aparecerá la gloria del Señor, y saldrá como relámpago su dardo, del cual relámpago también leemos en Habacuc: En la luz de tus flechas irán en el resplandor de tu lanza fulgurante (Habac. III, 11). Ese relámpago y resplandor se llama con otro nombre trompeta y clamor, para que cuando el santo clamor resuene, diga quien antes tenía oídos sordos: La disciplina del Señor me abrió los oídos, y me dio oído para escuchar. Y lo que sigue: Y avanzará en el torbellino del sur, o avanzará en el movimiento de su amenaza. Por eso amenaza, y dice que traerá castigos, para tener misericordia de los penitentes. Finalmente, añade y dice: El Señor omnipotente los protegerá, a quienes antes había aterrorizado con su amenaza. Leamos la historia de los ninivitas.

(Vers. 15, 16.) Y devorarán y someterán con piedras de honda: y bebiendo se embriagarán como con vino, y se llenarán como copas, y como cuernos del altar, y el Señor su Dios los salvará en aquel día como rebaño de su pueblo, porque las piedras sagradas se elevarán sobre su tierra. LXX: Y los consumirán, y los cubrirán con piedras de honda, y beberán su sangre como vino, y llenarán como copas el altar, y el Señor los salvará en aquel día como ovejas a su pueblo, porque las piedras sagradas rodarán sobre su tierra. En lugar de lo que nosotros dijimos, se elevarán, y en hebreo está escrito METHNOSASOTH (), puede interpretarse como vagantes, o huyendo. Protegidos los hijos de Sion, y con el Señor tocando la trompeta, y avanzando en el torbellino contra sus adversarios, será tal la ruina de los griegos, que no diré con espadas, sino que serán oprimidos por el lanzamiento de piedras y las vueltas de las hondas, de modo que serán presa y devoración de sus enemigos. Entonces, bebiendo, se

embriagarán como con vino. No serán los que fueron muertos quienes se embriagarán con su sangre; sino que los que vencieron lucharán como ebrios con desesperación, y agradarán al Señor como los cuernos del altar, y su libación. Esto se entiende en las copas, con las que se vierten libaciones sobre el altar. También el Señor los salvará como ovejas y rebaño de su pueblo: no luchará como un ejército armado e instruido en el arte de la guerra contra los macedonios; sino que vendrá como un rebaño preparado para la muerte, y con la ayuda del Señor, vencerá. Y las piedras sagradas que fueron oprimidas (llama piedras por la dureza de las tribulaciones y la fortaleza del ánimo) se elevarán de su humildad, y serán gloriosas en su tierra. De otro modo: Las piedras sagradas de su linaje sacerdotal, huyendo por diversos lugares, con él otorgando la victoria, lo conseguirán, digamos también según la anagogía, o más bien expliquemos la profecía envuelta en muchas oscuridades. Los hijos de Sion protegidos por su Señor, devorarán a sus adversarios, a quienes entendemos como los hijos de Grecia. Y someterán con piedras de honda, con las amenazas de las Escrituras, haciendo humildes y sometidos a sus adversarios: porque nada golpea tanto como el ejemplo de las Escrituras sagradas, y el testimonio lanzado con el giro de la boca. Lo que en la LXX se dice: Y beberán su sangre como vino, en hebreo no lo leemos así; sino bebiendo se embriagarán como con vino, para que escuchen aquello del Cantar de los Cantares: Bebed, amigos, y embriagaos (Cant. V, 1). Y así agradará su embriaguez, como el sacrificio del altar; y como los cuernos, o ángulos del altar. También el Señor los salvará, como rebaño de su pueblo, porque las piedras sagradas rodarán sobre su tierra, que serán tan ligeras y tendiendo hacia lo alto, que no esperarán las manos de los constructores, sino que ellas mismas se apresurarán a ser puestas sobre el fundamento de Cristo, y ser contenidas por la piedra angular, de las cuales también habla el apóstol Pedro: Como piedras vivas, sed edificadas como casa espiritual, y sacerdocio santo, ofreciendo sacrificios espirituales, agradables a Dios (I Pedro I, 5). Estas son las piedras que clamarán, si el pueblo judío calla (Luc. XIX), y rodarán mientras estén en el cuerpo sobre la tierra, porque la morada terrenal pesa sobre el sentido que se preocupa por muchas cosas (Sabiduría IX), y en la carne el Santo habla: ¿Quién me dará alas como de paloma? (Sal. LIV, 7) quien, en cuanto depende de él, se esfuerza y rueda; y se eleva a lo alto, pero es retenido por la fragilidad de la carne. Pero esa tierra es sobre la que ruedan las piedras, de la que leemos: Cantad al Señor, toda la tierra (Sal. XCV, 1). Y: Toda la tierra te adore, y te cante (Sal. LXV, 4).

(Vers. 17.) Porque, ¿qué es su bien, y qué es su hermosura, sino el trigo de los escogidos, y el vino que germina vírgenes? LXX: Porque si algo es lo mejor de él, y si algo es bueno de él, trigo para los jóvenes y vino de buen olor para las vírgenes. Por eso, dicen, los Macabeos huyendo de un lado a otro, con la ayuda del Señor, vencerán, para que, expulsados los macedonios de la tierra de Israel, se purifique el templo, se guarden los preceptos de la Ley, y la instrucción de las Escrituras vuelva a germinar vírgenes, es decir, pueblos creyentes en un solo Dios, que antes habían sido corrompidos por los cultos de la idolatría. En el trigo de los escogidos, es decir, BAURIM (), no jóvenes, como tradujeron los Setenta; sino que entienden hombres escogidos y eruditos, que merezcan comer el trigo, es decir, la Ley de Dios. Por vino, que en hebreo se dice THIROs (), Aquila lo interpretó como οἰνῶν: que también puede referirse a la abundancia de la vendimia. Esto piensan los judíos. Sin embargo, nosotros entendemos el trigo de los escogidos, o jóvenes, y el vino que germina vírgenes, o el vino de buen olor para las vírgenes, como el Señor Salvador, quien habla en el Evangelio: Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto (Juan XII, 24). De este trigo se hace aquel pan, que descendió del cielo, y que fortalece el corazón del hombre (Sal. CIII). Este pan lo comen quienes son fuertes en Cristo, y a quienes Juan el Evangelista les habla: Os escribo a vosotros, jóvenes, porque la palabra de Dios permanece en vosotros, y sois fuertes, y habéis vencido al maligno (I Juan II, 14). Quien es el trigo de los

escogidos, o jóvenes, él mismo es el vino que alegra el corazón del hombre, y es bebido por aquellas vírgenes, que son santas en cuerpo y espíritu, para que embriagadas y gozosas, sigan a la Iglesia, y se diga de ellas: Serán llevadas al rey vírgenes en pos de ella, sus compañeras serán traídas a ti: serán traídas con alegría y regocijo (Sal. XLIV, 15, 16). Pues, ¿cómo no tendrán alegría, las que embriagadas con la copa del Salvador se convierten en vírgenes, y se atreven a decir: Llevadme a la cámara del vino, confortadme con ungüentos (Cant. II, 4)? Este vino es de buen olor, del que en el mismo cántico se dice: Me darás de beber del vino del perfumista, de los ríos de tus granados (Ibíd.). Este vino embriagó a quienes siguen al Cordero de Dios dondequiera que va, vestidos con vestiduras blancas; porque no se contaminaron con mujeres: permanecieron vírgenes (Apoc. XIV).

(Cap. X.---Vers. 1 ss.) Pedid al Señor lluvia en el tiempo tardío, y el Señor hará nieves, y dará lluvia de aguacero, a cada uno hierba en el campo. Porque los ídolos hablaron vanidad, y los adivinos vieron mentira, y los soñadores hablaron en vano, vanamente consuelan: por eso fueron llevados como rebaño: serán afligidos, porque no tienen pastor. LXX: Pedid lluvia al Señor oportuna, temprana y tardía: el Señor hizo fantasías, y dará lluvia invernal, a cada uno hierba en el campo: porque los que hablaban, hablaron trabajos: y los adivinos visiones falsas, y sueños falsos hablaron, vanamente consolaban: por eso se secaron como ovejas, y fueron afligidos, porque no había quien sanara. Así la felicidad que se prometió en el tiempo de los Macabeos, cuando las piedras sagradas fueron elevadas sobre la tierra, y la causa israelita creció en grandeza, tanto que nuevamente los pueblos se alimentaron del trigo de la Ley, y las vírgenes se embriagaron con el vino del Espíritu Santo, se promete en parte. Sin embargo, porque ya es el tiempo final de los profetas, y el mundo declina hacia su fin, y todo lo que ha sido predicho espera su término: Pedid al Señor que os dé lluvia tardía: para que Cristo, quien ha sido prometido, venga y os otorgue rocíos y nieves, por las cuales está escrito en hebreo AZIZIM (). Y no sé qué queriendo los LXX interpretaron como fantasías, a menos que tal vez quisieran describir con el nombre de fantasía la magnitud de la gracia y la admiración de los dones. El Señor, pues, que hará nieves y la sequedad de toda la tierra, regará con las lluvias de la predicación evangélica: él mismo dará lluvias a los creyentes, y todo se llenará de abundancia, para que después de que las naciones crean en Cristo, entiendan que son vanas las cosas que antes adoraron. O que el mismo Israel entienda, que una vez fue engañado por los errores de la idolatría, que en vano adoró ídolos, y escuchó las mentiras de los adivinos, y accedió a los sueños, a los cuales la Escritura prohíbe creer (Deut. XIII). Y por esta causa fueron llevados como rebaño en cautiverio, y afligidos sin pastor, Dios, porque no tenían conocimiento de la Ley. Todo este lugar es oscuro y dudoso, y el lector debe perdonarnos si en lo que es ambiguo, también nosotros avanzamos con paso vacilante. Podemos, sin embargo, según la comprensión espiritual, decir que el Señor exhorta a los creyentes en Cristo a pedir la lluvia tardía en la consumación del mundo, cuando se otorgará la plenitud de la gracia, y a cada uno en su campo crecerá la hierba, de modo que puedan decir: El Señor es mi pastor, nada me faltará: en lugares de pastos me hará descansar: junto a aguas de reposo me pastoreará (Sal. XXII, 1, 2). Porque todos los ídolos, y los adivinos y soñadores hablaron en vano, y vanamente consolaban. Lo que habla de los herejes, que bajo el nombre cristiano no entienden, ni de qué hablan, ni de qué afirman, y atienden a espíritus erróneos, y a maestros de demonios en hipocresía hablando mentiras, y teniendo la conciencia cauterizada (I Tim. IV): para que no sean llevados por sus consolaciones quienes prometen vanidades, y por eso fueron entregados a Satanás para la destrucción de la carne (I Cor. V), y llevados en cautiverio del rey de Babilonia, y serán afligidos, porque no tienen a Cristo como pastor, a quien falsamente se prometen a sí mismos.

(Vers. 3 seqq.) Sobre los pastores se ha encendido mi furor, y visitaré a los machos cabríos, porque el Señor de los ejércitos ha visitado a su rebaño, la casa de Judá: y los ha puesto como un caballo de su gloria en la batalla. De él saldrá el ángulo, de él el clavo, de él el arco de guerra, de él saldrá todo opresor a la vez, y serán como valientes que pisotean el lodo de las calles en la batalla, y pelearán, porque el Señor está con ellos. LXX: Sobre los pastores se ha encendido mi furor, y visitaré a los corderos: y el Señor Dios omnipotente visitará a su rebaño, la casa de Judá, y los pondrá como un caballo de su belleza en la batalla, y de él mirará, y de él pondrá, y de él el arco en la ira, saldrá todo el que saque a la vez, y serán como guerreros que pisotean el lodo de las calles en la batalla, y estarán preparados, porque el Señor está con ellos. Y en este lugar hay una doble exposición de los judíos. Algunos piensan que todo se cumplirá en la venida de Cristo: otros que ya se ha cumplido bajo los Macabeos. Esta es la explicación de lo que el Señor promete: Sobre los pastores y príncipes y sacerdotes se ha enojado el Señor, y ha visitado a los machos cabríos y al pueblo, según lo que está escrito: Mi pueblo se ha convertido en un rebaño perdido, los pastores los han expulsado (Jer. L, 6), para que por el vicio de los maestros los discípulos sean castigados: no por la injusticia del juez, que devuelve los pecados de los padres en los hijos; sino porque, al pecar ellos, el pueblo aplaudió a la vez: y entonces el Señor visitó a sus machos cabríos, o corderos más gordos, y los hizo, según los Setenta, secarse por la aridez. Después el Señor omnipotente visitó a su rebaño, la casa de Judá: pues levantó a Judas Macabeo, y a otros de él, contra los líderes de Antíoco, y los puso como un caballo de su gloria en la batalla, es decir, los que fueron engendrados de su estirpe: pues durante mucho tiempo oprimieron a los macedonios. Y lo que sigue: De él saldrá el ángulo, de él el clavo, de él el arco de guerra, de él saldrá todo opresor a la vez, lo entienden metafóricamente, para interpretar el ángulo como el poder real, que contiene las paredes. Y de él, dice, el clavo, es decir, el sacerdocio. Lee a Isaías, en el que Eliaquim es fijado como un clavo en el templo de Dios (Isai. XXII). De él el arco de guerra, fuertes para la batalla: de él también todo opresor a la vez, lo que en hebreo está escrito, NOGES (), y Aquila lo interpretó como εἰσπράσσων: para que no solo sean fuertes y buenos, sino que otros de ellos sean indignos de su linaje. Pues Judas Macabeo y todos los que fueron príncipes de su linaje en el pueblo, eran el ángulo; porque con el poder real contenían al pueblo, y el clavo, pues ellos eran sacerdotes, y el arco de guerra, porque fueron hombres fortísimos, para que no solo dispusieran el ejército y la línea de batalla; sino que fueran los primeros en lanzarse a la batalla. Podemos decir de lo que sigue: De él saldrá todo opresor a la vez, para lo cual los Setenta tradujeron: De él saldrá todo el que saque a la vez, y decir esto: No habrá dignidad en el ejército que no se disponga a su arbitrio. Y serán hombres fortísimos, pisoteando a los macedonios como el lodo de las calles en la batalla: serán fortísimos, y pelearán, porque el Señor está con ellos. Nuestros lo refieren a los tiempos de persecución, que por el vicio de los sacerdotes frecuentemente también el pueblo es entregado a los adversarios: y sin embargo, el Señor omnipotente visitará después a su rebaño, la casa de Judá, que confiesa a Dios tanto de palabra como de ánimo: y los pondrá como un caballo de su gloria en la batalla, del cual dicen los santos: Sube sobre tus caballos, y tu cabalgadura es salvación (Abac. III, 8). Él será también el arco de la ira del Señor, del cual dice: Embriagaré mis flechas con sangre (Deut. XXXII, 42). Y de nuevo: Mis flechas los consumirán. De este arco, y de estas flechas leemos en el séptimo Salmo (Vers. 13, 14): Tendió su arco, y lo preparó; y en él preparó vasos de muerte, hizo sus flechas ardientes. Y pisotearán, dice, a sus adversarios coronados en el martirio, y dirán: El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré? El Señor es el protector de mi vida, ¿de quién temeré? Cuando se acercaron a mí los malvados, para devorar mi carne. Mis enemigos que me afligen, ellos se debilitaron y cayeron. Si se levantan contra mí ejércitos, no temerá mi corazón: Si se levanta contra mí batalla, en esto confiaré (Sal. XXVI, 1 seqq.) Cuando se cumpla aquella palabra: Uno de vosotros perseguirá a mil, y dos pondrán en fuga a muchos miles (Deut. XXXII).

(Vers. 6, 7.) Y se avergonzarán los jinetes de caballos, y fortaleceré la casa de Judá, y salvaré la casa de José: y los convertiré, porque me compadeceré de ellos: y serán como fueron, cuando no los había rechazado: porque yo soy el Señor su Dios, y los escucharé. Y serán como los fuertes de Efraín: y se alegrará su corazón como por el vino, y sus hijos verán, y se alegrarán: y su corazón exultará en el Señor. LXX: Y se avergonzarán los jinetes de caballos: y fortaleceré la casa de Judá y salvaré la casa de José, y los haré habitar, porque los amé. Y serán como cuando no los había rechazado, porque yo soy el Señor su Dios, y los escucharé: y serán como los guerreros de Efraín, y se alegrará su corazón como en el vino, y sus hijos verán y se alegrarán, y se alegrará su corazón en el Señor. Y esto lo explican de dos maneras según el sentido superior, para decir que ya se cumplió bajo los Macabeos, o que se cumplirá bajo Cristo en el último siglo: Y el sentido es: Cuando Judá sea puesto como un hermoso caballo en la batalla, y pise como lodo a sus adversarios, y con el Señor peleando con él, los supere: entonces toda la caballería de Grecia caerá, y la casa de Judá y la casa de Israel (pues la llama casa de José, es decir, de las diez tribus) serán salvadas juntas, y los convertiré de la cautividad en la que estaban, y serán como en el tiempo cuando no los había rechazado: porque yo soy el Señor su Dios, que los escucharé cuando me supliquen. Y Efraín, que ahora está cautivo, después será liberado, y llegarán a tal grado de alegría, que los considerarás embriagados de vino. También sus hijos verán los triunfos de sus padres, y se alegrarán en el Señor, por cuya gracia obtuvieron la victoria. Busquemos la historia de cuando Judá e Israel pelearon juntos contra los griegos, o en qué tiempo Efraín regresó de la cautividad asiria, cuando, según Ezequiel (Cap. XXXVII) las dos varas, es decir, Judá y Efraín, se unieron y se juntaron en un solo bastón. Esto puede explicarse según la tropología. Cuando el Señor omnipotente visite a su rebaño, la casa de Judá, entonces se avergonzarán los jinetes de caballos, de los cuales está escrito: Cantemos al Señor, porque se ha glorificado gloriosamente, caballo y jinete arrojó al mar (Exod. XV, 1). De los cuales también canta el salmista: A tu reprensión, Dios de Jacob, durmieron los que montaron caballos (Sal. LXXV, 7). Y el coro de los santos repite: Estos en carros, y aquellos en caballos: pero nosotros invocaremos el nombre de nuestro Dios; ellos se han doblado, y han caído: pero nosotros nos hemos levantado, y estamos erguidos (Sal. XIX, 8, 9). En esta caballería confiaba el rey de Egipto; y precipitado en el mar, se hundió como plomo en el abismo (Exod. XV), y con su ejemplo aprendió que es verdad lo que está escrito: Engañoso es el caballo para la salvación (Sal. XXXII, 17). Estos carros y cuadrigas, los interpretamos antes en las cuatro perturbaciones, que si no son gobernados por las riendas de un buen auriga, se precipitan. Pero hay otro auriga, del que habla Eliseo: Padre, padre, carro de Israel, y su auriga (IV Reg. II, 12). Entonces Dios dice que fortalecerá la casa de Judá y la casa de José (III Reg. XII, 16), para que los que, reinando Jeroboam, estaban divididos, bajo el gobierno de Cristo, se unan, y haya un solo pastor y un solo rebaño. Y Judá y José, con diferentes nombres, se refieren a una sola inteligencia del Salvador, porque José también distribuyó trigo a los pueblos hambrientos en Egipto (Gén. XLII seqq.): y el Señor sació el hambre del mundo con su presencia. Y los convertirá, y se compadecerá de ellos: y así serán uno como fueron antes de que los rechazara. Toma todo esto en las persecuciones, cuando, desesperados de todo, el Señor escuchó a sus siervos. Y serán como los fuertes de Efraín, que primero eran débiles e infirmos, después fueron fuertes, y dignos de su nombre: Efraín significa fertilidad. Y se alegrará su corazón, cuando beban el vino, que se exprime de la viña de Sorec. También sus hijos, a quienes el apóstol Pablo dice: Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto hasta que Cristo se forme en vosotros (Galat. IV, 19). Y Pedro, el príncipe de los apóstoles: Como hijos, dice, de obediencia, no conformados según la anterior conversación (I Pet. I, 14). Y en el Salmo leemos: Venid, hijos, escuchadme, os enseñaré el temor del Señor

(Sal. XXXIII, 12). Estos hijos, por tanto, exultarán y se alegrarán, y su corazón se regocijará en el Señor.

(Vers. 8 seqq.) Silbaré para ellos, y los reuniré porque los he redimido, y los multiplicaré como antes habían sido multiplicados. Y los sembraré entre los pueblos, y desde lejos se acordarán de mí, y vivirán con sus hijos, y regresarán. Y los traeré de la tierra de Egipto, de los asirios los reuniré, y los llevaré a la tierra de Galaad y del Líbano, y no se encontrará lugar para ellos. LXX: Les haré una señal, y los recibiré, porque los redimiré, y se multiplicarán como eran muchos, y los sembraré entre los pueblos, y los que estaban lejos, se acordarán de mí. Criarán a sus hijos y se convertirán, y los convertiré de la tierra de Egipto, y de los asirios los recibiré, y los introduciré en Galaad y en el Líbano, y ninguno de ellos faltará. Tendrán mi silbido como señal de su congregación, ya sea bajo los macedonios, o en la consumación del mundo, como dijimos antes, para que con mi silbido los reúna, y les enseñe que soy el pastor. Porque yo los he redimido, y los he liberado de la cautividad, con brazo extendido: y yo los multiplicaré, que antes había multiplicado, para que la dispersión entre los pueblos no parezca ser división, sino operación de siembra, y con la cosecha de hijos y nietos multiplicada, vivan con sus hijos: y regresen no solo de la tierra de Egipto, sino también de los asirios, y de ambas partes del mundo regresen a Judea, y a la tierra de Galaad y del Líbano, que antes poseían las diez tribus, que se llaman casa de José y Efraín: y será tal el número de los que regresen, que la tierra no podrá contener la multitud. Según la anagogía, el Señor significa y silba a aquellos que antes estaban cautivos por sus pecados, y les dice: Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y hallaréis descanso para vuestras almas. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón: Porque mi yugo es suave, y mi carga ligera (Mat. XI, 29, 30). ¿Qué hay más clemente que esta señal y silbido, con el que el pueblo disperso se reúne? Se reúnen, porque el Señor los ha redimido: no con cosas corruptibles como oro o plata, de su vana conversación; sino con la preciosa sangre, como de un cordero inmaculado, del Señor Jesús (I Pet. I). Por eso dice en el Salmo: Mi gozo, líbrame de los que me rodean (Sal. XXXI, 7). Y de nuevo: Me has redimido, Señor, Dios de verdad (Sal. XXX, 6). Y los multiplicará como antes habían sido multiplicados, para que se cumpla lo que fue prometido a Abraham: Lo multiplicaré, y lo bendeciré, y será bendito, para que sea padre de muchas naciones (Gen. XVII, 9). No debemos entender a los hijos de Abraham como aquellos a quienes el Señor dice: Si fuerais hijos de Abraham, haríais las obras de vuestro padre (Juan VIII, 39), sino aquellos de quienes el Apóstol dice: Todos los que son de la fe, son hijos de Abraham (Rom. VIII). De esta multiplicación da testimonio Isaías con lenguaje místico, diciendo: El que es pequeño, será en mil; y el que es pequeño, será en una gran nación (Isai. LX, 22). No tomemos la multiplicación y bendición de los hijos carnalmente: de lo contrario, Elías y Eliseo y Jeremías y Juan el Bautista (de quien no hubo mayor entre los nacidos de mujer) (Mat. XI) carecieron de esta bendición, sino aquella por la cual las multitudes de las naciones son llamadas a la fe. Por lo tanto, sigue: Los sembraré entre los pueblos, y desde lejos se acordarán de mí. Fueron sembrados entre los pueblos, quienes escucharon la palabra del Señor: Id, enseñad a todas las naciones (Mat. XXVIII, 19). Y en otro lugar: No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os puse para que vayáis, y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca para siempre (Juan XV, 16). Y cuando los apóstoles fueron sembrados entre los pueblos, las naciones y pueblos lejanos se acordarán de mí, concordando con esta sentencia profética: Se acordarán y se convertirán al Señor todos los confines de la tierra. Y adorarán en su presencia todas las familias de las naciones. Porque del Señor es el reino, y él dominará sobre las naciones (Sal. XXI, 28, 29). Y lo que se dice: Desde lejos se acordarán de mí, es similar a: Los que estáis lejos, acordaos del Señor, y Jerusalén suba sobre vuestro corazón (Jer. XXXI). Toda la multitud de las naciones estaba lejos; pero se acordó de

Dios, porque todos somos generados de un solo padre. Y cuando los apóstoles fueron sembrados en todas las naciones, y las naciones lejanas se acordaron de Dios, vivirán con sus hijos, para que los que antes estaban muertos por la infidelidad, comiencen a vivir por la fe. Estos son los hijos que Pablo alimentó en el Evangelio, escribiendo a los Corintios: Os di a beber leche (I Cor. III, 2). Y Pedro escribe en la dispersión a los fieles, que habían renacido: No de simiente corruptible, sino incorruptible, por la palabra del Dios viviente y permanente, como niños recién nacidos, para que deseen la leche racional y crezcan en ella para salvación (I Pet. I). A estos hijos también escribía el evangelista Juan: Hijitos, guardaos de los ídolos (I Juan V, 21). Y los traeré, dice, de la tierra de Egipto, y de los asirios los reuniré. De la tierra de Egipto, donde reinaba el rey Faraón, que una vez decía con orgullo: Míos son los ríos, y yo los hice (Ezeq. XXIX, 3). Y de la tierra de Asur, que tenía el rey asirio, gran sentido, que también decía: Sobre las estrellas del cielo pondré mi trono, y seré semejante al Altísimo (Isai. XIV, 13). Pero cuando el Señor haya reunido a las naciones de las tinieblas de Egipto y de la tribulación del mundo, y del poder del asirio, que se interpreta como acusador y convencedor (pues él es el enemigo y vengador), las introducirá en la tierra de Galaad y del Líbano. Galaad se traduce en nuestra lengua como testimonio de transmigración, cuando pasamos de lo carnal a lo espiritual, de la parte venimos al todo: dejamos lo terrenal, y migramos a lo celestial: Líbano se interpreta como λευκασμός, es decir, blanqueamiento. Así somos llevados de las tinieblas de Egipto, para que después de haber pasado y migrado del mundo, seamos blanqueados en el Señor, y se diga de nosotros: ¿Quién es esta que sube blanqueada? (Cant. VIII, 6). Otros, según la ambigüedad del discurso griego, por el cual tanto el monte de Fenicia como el incienso se llaman Líbano, ahora interpretan Líbano como incienso, y piensan que se significa a Dios, para que después de haber pasado de la tierra al cielo, se cumpla en nosotros la oración del Salvador: Padre, da a ellos que sean uno en nosotros, como tú y yo somos uno (Juan XVII, 22). Por eso también la esposa en el Cantar dice al esposo: El olor de tus vestiduras, como el olor del Líbano (Cant. IV, 11). Y cuando nos haya introducido en la tierra de Galaad y del Líbano, no se encontrará lugar para nosotros, para que no estemos restringidos por las estrecheces de la tierra; sino que disfrutemos de la amplitud de los cielos.

(Vers. 11, 12.) Y pasará por el estrecho del mar, y herirá en el mar las olas: y se confundirán todas las profundidades del río: y se humillará la soberbia de Asur, y el cetro de Egipto se retirará. Los fortaleceré en el Señor: Y en su nombre caminarán, dice el Señor. LXX: Y pasarán por el mar estrecho: y herirán en el mar las olas, y se secarán todas las profundidades de los ríos: y se quitará toda la injuria de los asirios, y el cetro de Egipto será quitado. Y los fortaleceré en el Señor su Dios, y en su nombre se gloriarán, dice el Señor. Los hebreos narran que el pueblo cautivo de los judíos fue trasladado no solo a los medos y persas, sino también al Bósforo y a la región septentrional por los asirios y caldeos, y que después fueron en parte devueltos, por la clemencia de Dios que los convirtió hacia Él; y esto es lo que ahora se dice: Pasarán por el mar estrecho. Las estrecheces del Propóntide, que dividen Calcedonia y la antigua Bizancio por un estrecho breve. Y el Señor, dice, (yendo delante de su pueblo) herirá las olas del mar, y se confundirán todas las profundidades de los ríos, como sucedió antaño, cuando el Jordán se secó (Josué III), y el pueblo cruzó el Mar Rojo en el desierto (Éxodo XXIV). Y cuando haya sido liberado de la profundidad de la cautividad y de la amargura de los males, Asur será humillado, y el imperio de Egipto se retirará de ellos. Y serán fortalecidos en el Señor, y en su nombre caminarán en la tierra de Israel, dice el Señor. Estas cosas, tal como nos fueron transmitidas por los hebreos, las hemos expresado a los hombres de nuestra lengua, refiriendo la fidelidad de lo dicho a aquellos de quienes fueron dichas. Sin embargo, nosotros que somos llamados por el nombre de Cristo, dejamos la letra

que mata y seguimos el espíritu que vivifica, más bien comparando lo espiritual con lo espiritual, no el Bósforo y la sequedad nuevamente del mar y las corrientes secas del Jordán, que son similares a fábulas, sino que buscamos la clemencia digna de Dios en sus siervos, por la cual, guiándonos y abriéndonos el camino, cruzamos el estrecho del mar, o el mar estrecho, que para los pecadores es amplísimo: Ancha y espaciosa es la vía que lleva a la muerte: estrecha y angosta la que lleva a la vida (Mateo VII, 13). De este mar también leemos en los Salmos: Los que descienden al mar en naves, haciendo obra en muchas aguas, ellos vieron las obras del Señor, y sus maravillas en el abismo (Salmo CVI, 22). En este mar del mundo, en el que el número de los santos se reduce, y está puesto en tribulación, descendieron los apóstoles, y primero el Señor, para liberarnos de las amargas olas (Marcos IV). En este mar se lanza la red del Evangelio (Mateo XIII), que está tejida con los testimonios de las Escrituras, para sacar a muchos peces sumergidos en los abismos de este mundo, a un aire libre, para que puedan cantar alabanzas a Dios. Estos son los que descendieron al mar, y en las naves de las Iglesias hacen muchas obras, y ven las maravillas de Dios en el profundo de las riquezas de su sabiduría y conocimiento (I Cor. II); y en el Espíritu Santo que escudriña incluso las cosas profundas de Dios, a quienes el Señor dice: Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres (Mateo IV, 19). De estos pescadores que descienden al mar, y están en las naves, también Isaías profetiza: Volarán en las naves de los extranjeros, y saquearán el mar juntos (Isaías XI, 14). En las Iglesias, pues, congregadas del número de los gentiles, los apóstoles volaron por todo el orbe, para saquear el mar, y tomar los despojos del dragón que reinaba en el mar, y de quien está escrito: Este mar grande y espacioso en manos: allí reptiles, de los cuales no hay número: animales pequeños con grandes, allí pasarán las naves: Este dragón que formaste para burlarte de él (Salmo CIII, 25, 26). El mar es ancho y espacioso para los pequeños y grandes animales, que se mueven con el dragón, y de los cuales no hay número. Pero los que están sobre el mar, y vuelan en las naves sobre el mismo mar, oirán con el Salvador: Tú dominas el poder del mar: el movimiento de sus olas tú apaciguas (Salmo LXXXVIII, 10). Y cuando hayan pasado por el estrecho del mar, y hayan pisoteado sus olas con su pie, se confundirán todas las profundidades del río, de lo cual está escrito: Él convierte el mar en tierra seca, en el río pasarán a pie (Salmo LXV, 6), para que se humille la injuria, o la soberbia de Asur, y el imperio de Egipto se retire de los santos y creyentes, y los que han sido liberados, se fortalezcan en el Señor, y digan: Mi fortaleza y mi alabanza es el Señor (Salmo CXVII, 14). Y de nuevo: Te amaré, Señor, mi fortaleza (Salmo XVII, 1). Y con Jeremías: Mi fortaleza, y mi ayuda, y mi refugio, Señor mi Dios (Jeremías XVI, 19). De donde también el Apóstol, en quien hablaba Cristo, decía: Todo lo puedo en aquel que me fortalece (Filipenses IV, 13). Y no solo se fortalecerán en el Señor, sino que también se gloriarán en Él y dirán: Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado, y yo al mundo (Gálatas VI, 14). Y: El que se gloria, gloriése en el Señor (I Cor. I, 31). Y en otro lugar: No se gloríe el sabio en su sabiduría, ni el fuerte en su fortaleza, ni el rico en sus riquezas; sino en esto gloriése el que se gloria: en entender y conocer al Señor, y en hacer misericordia y juicio en medio de la tierra (Jeremías IX, 23, 24). Pero porque en hebreo está escrito: Y en su nombre caminarán, así debe entenderse: que en el nombre de Cristo caminen los cristianos, y se escriba en sus piedras un nombre nuevo, y bajo la dignidad de tan gran nombre caminen con el Señor, como caminó Enoc, y agradó a Dios, y fue trasladado (Génesis V).

LIBRO TERCERO.

(881-882.) Me urge el hermano Sisinius a enviar sin pulir ni adornar, para que no tenga siquiera la facultad de corregir, ni de releer. Él se apresura en su obra, nosotros hacemos menos en nuestra obra, mientras la erudición se vuelve en vano; y lo que concebimos con el

sentido, no se nos permite adornar con un discurso compuesto. Recibe, pues, los libros rudos, no por mi culpa, sino por el afán del portador: mientras él se apresura a dividir tus monedas entre los santos, y no nos permite contar nuestras monedas para ti. Aunque el ingenio sea elegante y ejercitado, y el discurso corra pulido por el largo uso: sin embargo, a menos que sea cuidado y pulido por la mano del Autor, huele a negligencia, y o bien se llena de un exceso de flores verbales, o se vuelve áspero por las vocales, o áspero por las consonantes. De donde también se dice de Virgilio, que compuso sus libros como los fetos de los osos con la lengua, y al lamerlos los hizo mejores, para que duraran en la memoria eterna, y completaran la necesidad del metro con prosa libre. Pasamos al Líbano, y a las dos varas, y a los tres pastores que fueron cortados en un mes, y a los treinta denarios, con los cuales se compró el campo del alfarero para sepultura de los extranjeros (Mateo XXVII), y a los vasos del pastor insensato, y demás hasta el final del volumen: que están tejidos con tantos misterios, que necesitamos la misericordia de Dios y tus oraciones, para que nuestro curso no sea impedido por algún error, y no haya ocasión justa para los malintencionados de criticar, que creen tener lenguas solo para desgarrar a los prójimos, y consolar la dureza de su frente desgastada con la rabia de las palabras.

(Cap. XI---Vers. 1.) Abre, Líbano, tus puertas, y coma el fuego tus cedros. Aúlla, abeto, porque cayó el cedro: porque los magníficos fueron devastados. Aúllen, robles de Basán, porque fue cortado el bosque fortificado. LXX: Abre, Líbano, tus puertas, y coma el fuego tus cedros. Aúlle el pino, porque cayó el cedro, porque los optimates fueron quebrantados. Aúllen, robles de Basanitide, porque fue derribado el bosque frondoso. Claramente el Líbano, al que se dirige el discurso profético, diciendo: Abre, Líbano, tus puertas, se entiende como el templo de los judíos, que restaurado, o más bien edificado por Zorobabel, se canta que será nuevamente destruido por Vespasiano y Tito. Y porque había llamado al Líbano, templo metafóricamente, y en lo demás mantiene la traslación, para que por los cedros y abetos y robles de Basán y el bosque frondoso, signifique a los príncipes y sacerdotes y al pueblo de los judíos. Abre, pues, Líbano, tus puertas, para que entre el ejército romano, y coma el fuego tus cedros, para que todo sea devastado por el incendio, o los líderes y príncipes sean consumidos por el ímpetu hostil. Aúllan los abetos, porque cayó el cedro, mutuamente los sacerdotes y príncipes lamentando su devastación. Y lo que antes dijo oscuramente, ahora lo pone más claramente, porque los magníficos fueron devastados. Quiero saber cuáles son los cedros del Líbano, que fueron quemados: cuáles los abetos, a los que se les indica el aullido: cuáles los pinos, que cayeron: los magníficos, dice, fueron devastados. Aúllen, robles de Basán, es decir, de confusión e ignominia, porque el bosque fortificado, que en hebreo se dice BESOR, y que los LXX tradujeron como frondoso, fue cortado; porque el templo, que había crecido con inexpugnable firmeza, y que fue construido por diversos reyes y príncipes, y después por Herodes, fue destruido por el ataque romano. Algunos, no entendiendo este lugar, refieren el Líbano y los abetos y pinos y robles de Basán, y el bosque frondoso o fortificado, a las fuerzas contrarias, de las cuales se dice tanto en Ezequiel bajo el nombre de Asur, como de Faraón: He aquí Asur, ciprés en el Líbano, y bueno en ramas, y denso en sombra, y alto en magnitud, y en medio de las nubes fue hecho su cumbre: el agua lo nutrió: el abismo lo exaltó (Ezequiel XXXI, 3, 4), y demás, que se dicen tanto de Asur como de Faraón, o se refieren a las fuerzas contrarias, o a los soberbios y príncipes, de los cuales también leemos en el Salmo: La voz del Señor quebrantando los cedros, y quebrantará el Señor los cedros del Líbano (Salmo XXVIII, 5). Y en otro lugar: El día del Señor de los ejércitos sobre todo altivo y soberbio, y sobre todo elevado y sublime (Isaías XXII, 12, 13). Y poco después: Y sobre todo cedro del Líbano elevado, y sobre todo árbol de roble de Basán. Y de este Líbano afirman que se profetiza: El Líbano caerá con sus alturas. Pero sigamos la

primera interpretación, especialmente cuando también lo que sigue concuerda con este sentido.

(Vers. 3.) Voz de aullido de los pastores, porque fue devastada su magnificencia: voz de rugido de los leones, porque fue devastada la soberbia del Jordán. LXX: Voz de los pastores que lloran, porque su magnificencia fue hecha miserable. Voz de los leones que rugen, porque fue afligido el estruendo del Jordán. Parte del capítulo anterior, y en estos versículos se contiene. A los que había llamado cedros, abetos, pinos y robles de Basán, y exponiendo quiénes eran estos árboles había añadido, diciendo: Porque los magníficos fueron devastados, ahora por otra metáfora dice que son pastores, es decir, príncipes y doctores, y los que eran primeros en el pueblo, que deben llorar y lamentarse, porque su magnificencia y belleza y ornato fueron devastados y consumidos: el templo, evidentemente, en el que se gloriaban. Y voz, dice, de rugido de leones, a los que llamó árboles excelsos, y nuevamente pastores, ahora los llama leones. Y porque dijo leones, mantiene la traslación, para añadir: Porque fue devastada la soberbia del Jordán, o el estruendo y sonido del agua que corre, que en hebreo se dice GAON (). Y así como comparó la altura del templo, según la situación de la tierra de Judea, con la altura del Líbano (pues nada hay más alto ni más frondoso que el Líbano en la tierra de promisión), así al río Jordán, que es el mayor en Judea, junto al cual moran los leones, unió el estruendo de los leones por el ardor de la sed, y por la cercanía del desierto y la amplitud de la vasta soledad, y los cañaverales, y los juncuales. De donde también se dice por el profeta: Subió el león del Jordán (Jeremías IV, 7), queriendo mostrar que Nabucodonosor salió de sus sedes, como un león de su cubil contra Jerusalén. De otro modo: Voz de rugido de leones, porque fue devastada la soberbia del Jordán. Voz, dice, de los optimates, porque el templo fue destruido, de donde esperaban siempre ayuda, y que nutría antaño a justos y guerreros y poderosos leones.

(Vers. 4, 5.) Así dice el Señor mi Dios: Apacienta las ovejas de la matanza, que quienes las poseían, las mataban, y no dolían, y las vendían diciendo: Bendito sea el Señor, nos hemos hecho ricos, y sus pastores no les perdonaban. LXX: Así dice el Señor omnipotente: Apacienta las ovejas de la matanza: que quienes las poseían, las mataban, y no se arrepentían, y quienes las vendían, decían: Bendito sea el Señor, y nos hemos hecho ricos, y sus pastores no sufrían nada por ellas. Donde hay una profecía clarísima, y por la traslación de la historia se narra el verdadero orden, es superflua la interpretación de la tropología, para decir que unos son buenos, otros malos pastores, y que esto se refiere tanto al pueblo antiguo, como al nuevo, es decir, tanto a los sacerdotes y príncipes de los judíos, como a los obispos y presbíteros de los cristianos, y a cualquiera que haya sido pastor negligente, y haya escandalizado a uno de los pequeños, ellos son los que nutren las ovejas de la matanza, y no sufren nada por ellas ni se duelen, ni pueden decir con el Apóstol: ¿Quién se escandaliza, y yo no me quemo? (I Cor. XI), y venden a los pueblos que les fueron confiados, de los cuales está escrito: Que devoran a mi pueblo como pan (Salmo LII, 5), y de las muertes de otros obtienen riquezas, alabando a aquellos que hacen presas de los miserables, y bendiciendo a los inicuos. Que otros interpreten esto como quieran: nosotros mantengamos el orden de la explicación que hemos tomado. Porque se abrió el Líbano, y sus cedros y abetos fueron quemados por el fuego ardiente, y se oyó el aullido de los pastores, y el rugido de los leones, porque toda la belleza y soberbia del Jordán fue devastada y consumida: por eso el Señor mi Dios me dijo estas cosas: Oh profeta Zacarías, a ti se dirige este discurso: Apacienta el rebaño de la matanza, es decir, que ahora por el momento se nutra y crezca, que después será matado por los enemigos, las cuales ovejas y rebaños, los príncipes de los romanos, que los poseían, y los obtenían por derecho de victoria, los mataban, y no se compadecían, o los inmolaban, y no sentían dolor, es decir, no sufrían nada malo por tanta crueldad, y los vendían que no por

clemencia, sino por precio reservaban. Leamos las historias antiguas, y las tradiciones de los judíos que lloran, que en el tabernáculo de Abraham (donde ahora cada año se celebra un mercado muy concurrido) después de la última destrucción, que sufrieron por Adriano, muchos miles de hombres fueron vendidos, y los que no pudieron ser vendidos, fueron trasladados a Egipto, y tanto por naufragio y hambre, como por la matanza de las naciones, fueron truncados. Estos, pues, vencedores, y vengadores del Señor que mataban, y no dolían, y vendían las ovejas y decían: Bendito sea el Señor, nos hemos hecho ricos, tenían este pensamiento. Por sus pecados ofenden los judíos: por eso los oprimimos, y de su precio nos hemos hecho ricos. No es de extrañar, dice, si los enemigos por derecho de vencedores mataban las ovejas, y no dolían, vendían, y se gloriaban en su crimen; cuando los mismos pastores de ellos, y doctores no les perdonaron, y por su culpa, el rebaño fue entregado a los lobos.

(Vers. 6, 7) Y yo no perdonaré más a los habitantes de la tierra, dice el Señor: He aquí que entregaré a los hombres cada uno en la mano de su prójimo, y en la mano de su rey, y cortarán la tierra, y no los libraré de su mano, y apacentaré el rebaño de la matanza, por esto, oh pobres del rebaño. LXX: Por eso no perdonaré más a los habitantes de la tierra, dice el Señor. Y he aquí que entregaré a los hombres cada uno en las manos de su prójimo, y en la mano de sus reyes, y cortarán la tierra, y no los libraré de su mano, y apacentaré las ovejas de la matanza en Canaán. Esto que los LXX tradujeron al final del capítulo: Y apacentaré las ovejas de la matanza en la tierra de Canaán, no está en hebreo, y no es traducido por ninguno de los otros intérpretes. Porque los pastores de ellos no les perdonaban, y ellos primero devoraron a mi pueblo: por eso, yo tampoco perdonaré más a los habitantes de la tierra de Judea, dice el Señor. De esta tierra habla, de la cual era su discurso, y no del orbe de la tierra, como los judíos interpretando mal quieren desviar la sentencia de Dios hacia otra parte. Después de la destrucción del templo (que les sucedió por eso, porque durante cuarenta y dos años, después de que el Señor sufrió, habiendo recibido un espacio, no quisieron hacer penitencia) dejaré, dice, a cada uno contra su prójimo, y se truncarán mutuamente con matanza, o en el mismo asedio del templo, cuando el ejército romano rodee Jerusalén: pues habrá entre los mismos judíos tantas guerras y discordias, que el pueblo se dividirá en tres partes. Leamos a Josefo y los siete libros de la cautividad judía, y veremos que esta profecía se ha cumplido con la verdad de la historia. Y cortarán, dice, la tierra, sin duda que los romanos destruyeron toda la tierra y todas las ciudades de los judíos. Y no los libraré de su mano. Escucha, judío, que te prometes esperanzas vanísimas, y no escuchas al Señor diciendo y afirmando: No los libraré de sus manos, que tu cautiverio será eterno entre los romanos. Y apacentaré el rebaño de la matanza, para que siempre los judíos sean nutridos para la muerte; por eso porque esta es la sentencia de Dios: Oh vosotros que sois pobres del rebaño, es decir, los justos de Israel, que creísteis en el Señor Jesús, y recibisteis al Hijo de Dios, escuchad lo que se dice, y conoced los sacramentos del capítulo siguiente. Pero lo que leemos según los Setenta: Y apacentaré las ovejas de la matanza en la tierra de Canaán, así podemos entenderlo; que el pueblo de los judíos, que está destinado a la muerte, disperso en todo el orbe (es decir, en la tierra de Canaán y de los gentiles) lo apacienta el Señor, y lo nutre para ser inmolado.

(Vers. 8, 9.) Y tomé para mí dos varas: a una llamé belleza, y a la otra llamé lazos; y apacenté el rebaño. Y corté a tres pastores en un mes, y mi alma se contrajo en ellos; pues también su alma se volvió contra mí. Y dije: No os apacentaré; lo que muere, muera, y lo que se corta, córtese, y los restantes devoren cada uno la carne de su prójimo. LXX: Y tomaré para mí dos varas: una llamada belleza, y la otra llamé lazo, y apacentaré las ovejas. Y quitaré a tres pastores en un mes, y mi alma se agravará sobre ellos: pues también sus almas rugían contra

mí. Y dije: No los apacentaré; lo que muere, muera, y lo que falta, falte, y los restantes devoren cada uno las carnes de su prójimo. Antes había dicho: Por esto, oh pobres del rebaño, y hecho el silencio, se sobreentendía, atendan, porque las puertas del Líbano están abiertas, y los robles de Basán, abetos y cedros han sido cortados, y había amenazado: No perdonaré más a los habitantes de la tierra, dice el Señor. Y esto parecía decirse del pueblo judío, que habiendo matado a los profetas, también habían puesto manos en el Hijo de Dios, y con voz temeraria clamaron: ¡Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos! (Mat. XXVII, 25). Ahora el Creador del universo y Señor expone los misterios de su mundo, y dice que tenía dos varas, a una de las cuales llamó belleza, y a la otra lazos, y con las dos varas atadas apacentó el rebaño: también cortó a tres pastores en un mes, y su alma se contrajo, o se indignó, o (como tradujeron los Setenta) mi alma se agravará sobre ellos; sin duda significa a los pastores que cortó en un mes. Y da la razón por la cual se indignó tanto con los pastores, que los cortó en un mes: Pues también su alma, dice, se volvió contra mí. Y el sentido es: No me amaron con pleno corazón: ni los pastores asalariados amaron al verdadero pastor: Porque el buen pastor da su vida por sus ovejas (Juan X, 11). Por lo cual, también yo indignado pronuncié sentencia, y a los mismos pastores, a quienes corté por mi indignación, o a los pastores cortados, hablé al rebaño restante: No os apacentaré; sino que lo que eligió la muerte, muera por su propia voluntad, y se devoren unos a otros, y se despedacen con mutua matanza. Esto lo hemos dicho parafrásticamente, para allanar el camino de la futura explicación. El Creador y pastor cuyas ovejas conocen su voz, y lo siguen, tomó para sí dos varas, o dos báculos, que en hebreo se llaman MACALOTH (), para mostrar el hábito del pastor. A una vara llamó belleza, es decir, bajo Noé protegió con su bendición a todo el género humano: cuando el mundo fue restaurado, y aún no se habían ensuciado con pecados. Y por eso la vocación de todas las naciones se llama hermosa y bella, porque nada es más justo que llamar a todos por igual al padre del universo, a quienes generó en igual condición. Y a la otra llamó lazos; porque cuando el Altísimo dividía las naciones, y dispersaba a los hijos de Adán, estableció los límites de las naciones, según el número de los ángeles de Dios (Deut. XXXII). Y el pueblo de Jacob fue la parte del Señor; el lazo de su herencia fue Israel. Y apacenté, dice, el rebaño: ya sea a Israel mismo, o con Israel a todo el género humano. Y corté, dice, a tres pastores en un mes. Leí en los comentarios de alguien: Que los pastores cortados por la indignación del Señor se entienden en los sacerdotes, falsos profetas y reyes de los judíos; que después de la pasión de Cristo, todo fue cortado en un tiempo, de lo cual habla Jeremías: Los sacerdotes no dijeron: ¿Dónde está el Señor? Los que tenían mi ley, no me conocieron. Y los pastores se rebelaron contra mí, y los profetas profetizaron en Baal, y siguieron a los ídolos (Jer. II, 8). Y no contento con esta explicación, quiere que se entienda que los tres pastores cortados en un mes son aquellos que pecaron contra el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; pues todos los herejes pecan o contra una, o contra dos, o contra las tres personas a la vez. Diga él lo que quiera, pues no se debe menospreciar el sentido de otro. Para nosotros, los tres pastores que fueron cortados en un mes parecen ser Moisés, Aarón y María (Num. 20); de los cuales María murió en el desierto de Sin en el primer mes, llamado NISAN (), y en el mismo lugar por el agua de la contradicción, y en el mismo mes, Moisés y Aarón fueron condenados a no entrar en la tierra prometida. Y así sucedió, que de los tres pastores, uno fue cortado por muerte presente, y los otros por sentencia de muerte futura. Y mi alma se contrajo, dice, sobre ellos: evidentemente sobre los tres pastores que había puesto sobre mi rebaño. Porque también su alma se volvió contra mí, pues no me glorificaron en el agua de la contradicción. Pero si lo referimos al pueblo, que el alma del pueblo se volvió contra Dios, debe explicarse así: Por eso me indigné con ellos, porque también ellos fluctuando entre mí y los ídolos, pelearon contra mí de diversas maneras. Por lo cual, indignado, dije a Moisés: No os apacentaré: déjame, y los destruiré (Éxodo XXXII, 10). Pero cuando dice, al enojarse, Déjame, incita a rogar, y muestra que puede ser retenido por él. Lo que muere, dice, muera, y

lo que se corta, córtese; que los cuerpos de todos caigan en el desierto, y convertidos en sedición, como bestias se desgarran con mutuos mordiscos, y ninguno entre en la tierra prometida. Algunos entendieron las dos vocaciones de judíos y gentiles, en el primer Israel, y en el último con el nombre de cristianos. Pero cómo la vocación cristiana fue antes rechazada, y los judíos permanecieron y fueron apacentados por Dios, no lo consideraron suficientemente.

(Vers. 10, 11.) Y tomé mi vara que se llamaba belleza, y la corté para invalidar mi pacto que hice con todos los pueblos. Y fue invalidado en ese día, y así conocieron los pobres del rebaño, que me guardan, que es palabra del Señor. LXX: Y tomaré mi vara hermosa, y la arrojaré, para disolver mi pacto que dispuse con todos los pueblos, y será disuelto en ese día, y conocerán los cananeos las ovejas, que son guardadas porque es palabra del Señor. Después de la vocación de Israel, y la asunción de la segunda vara, que se llamaba lazo, el Señor tomó la primera vara, las naciones de todo el mundo, que se llamaba hermosa, y las cortó de su culto, porque veneraron ídolos, y todos se desviaron, juntos se hicieron inútiles (Sal. XIII). Y exponiendo más claramente cuál era esta vara, añadió: Para invalidar mi pacto que hice con todos los pueblos: Pues en cuanto Israel fue asumido, la multitud de las naciones fue rechazada: y cuando nació la hija del jefe de la sinagoga, que después en el Evangelio, cuando tenía doce años, se narra que enfermó y murió, comenzó a fluir sangre, y a sufrir una enfermedad perpetua (Marcos V; Mateo IX). Y en vano, dice, fue invalidado mi pacto que hice con todas las naciones. Y entendieron los pobres del rebaño, es decir, el pueblo de Israel que guarda mis mandamientos, que es palabra del Señor, es decir, es voluntad del Señor rechazar a las naciones que niegan, y asumir en Abraham a Israel que confiesa. Por lo que nosotros hemos interpretado, y así conocieron los pobres del rebaño, los Setenta tradujeron, y conocerán los cananeos las ovejas, que son guardadas por mí, lo que algunos han explicado así: Conocerá el pueblo de los judíos, a quien se dijo: Semilla de Canaán, y no de Judá (Dan. XIII, 56); que ahora es guardado por mis ceremonias: o porque los cananeos se interpretan, preparados para la humildad, conocerán los que antes estaban preparados para ser humillados por el Señor, y ser dejados. Pero por lo que nosotros hemos interpretado, así los pobres, ellos dijeron, cananeos, la causa es manifiesta: pues en hebreo, así, CHEN () se dice: ANIE (), pobres; ellos uniendo dos palabras en una, por lo que es, así los pobres, es decir, CHEN ANIE (), interpretaron el nombre de la gente cananea.

(Vers. 12, 13.) Y les dije: Si es bueno a vuestros ojos, traed mi salario, y si no, callad; y pesaron mi salario, treinta piezas de plata. Y el Señor me dijo, Arrójalos al alfarero, hermoso precio con que fui apreciado por ellos: y tomé las treinta piezas de plata, y las arrojé en la casa del Señor al alfarero. LXX: Y les diré: Si es bueno a vuestros ojos, dad mi salario, o rechazadlo. Y fijaron mi salario en treinta piezas de plata. Y el Señor me dijo: Depónlas en el crisol, y reflexiona si ha sido probado, como fui probado por ellos. Y tomé las treinta piezas de plata, y las puse en la casa del Señor en el crisol. Conociendo los pobres del rebaño de Israel, que guardan mis mandamientos, que es palabra del Señor lo que he dicho, y verdaderas las cosas que dije, dice a ellos, es decir, a los pobres del rebaño, si os place (pues sois hombres y una vez os creé con libre albedrío, a quienes también hablé en el desierto: Si me escucháis, comeréis los bienes de la tierra (Isaías I)) por esta asunción, en la que rechacé a todo el género humano, y os elegí para mí como rebaño peculiar, y el Creador de todos quise tener un pequeño lazo, devolvedme mi salario, es decir, guardad mis preceptos. Pero si no queréis devolver el salario, ni os place ser contados con mi nombre, rechazad abiertamente, y haced lo que queráis. Quienes entonces respondieron a Moisés: Todo lo que dice el Señor, lo haremos (Éxodo XXIV, 3). Pero al final de los tiempos, por haberlos elegido de entre las naciones, y liberado del horno de hierro de Egipto, pesaron mi salario en treinta piezas de

plata, dando por mi sangre a Judas el traidor (Mateo XXVI). Y dijo, dice el profeta, el Señor a mí, o el mismo Salvador, cuyos primeros son palabras, testificando que el Padre habló a él: Arrójalos al alfarero: por lo que en hebreo se lee JOSER (), es decir, τὸν πλαστήν, que podemos decir, el creador y modelador. Y el sentido es: Arrójalos al precio de mi alfarero, que es el Creador y modelador de todos. Y no dijo, depón; sino, arroja, para que el juicio del creador y modelador determine el precio del Señor. Y irónicamente viendo su precio, es decir, de la majestad divina, en treinta piezas de plata, y vendido por tan vil precio: Hermoso, dice, precio con que fui apreciado por ellos; esto debe leerse con más precisión con burla y escarnio del que dice: Tanto me juzgó mi pueblo y los pobres del rebaño, y elegidos por mí como hijos, para ser comprado y vendido. Y tomé, dice el Señor por el profeta, como me fue mandado por Dios, las treinta piezas de plata, y no las deposite, sino que las arrojé en la casa del Señor al alfarero: en la casa del Señor hice que fueran devueltas por el traidor a los sacerdotes y fariseos, confesando él mismo, que vendió: He pecado, entregando sangre inocente (Mateo XXVII, 4). Pero ellos, porque era precio de sangre, no quisieron ponerlo en el tesoro, es decir, en el gazofilacio; sino que compraron con él el campo del alfarero para sepultura de los extranjeros. Pues todos nosotros que éramos extranjeros y advenedizos de la Ley, redimidos por su preciosísima sangre, en la casa del alfarero y Creador de todos somos sepultados y descansamos. Por πλαστή y modelador, antes interpreté alfarero, compelido por la ambigüedad de la palabra, que alfarero y modelador significan en un solo término. Los judíos interpretando maliciosamente este lugar, recuerdan los treinta mandamientos de la Ley, que se ordenan hacer en la Ley, y otros treinta y seis que se prohíben en la Ley, y se les dice, que devuelvan al alfarero su plata de los mandamientos del Señor a su creador y modelador: lo cual, porque no quisieron hacer, fueron arrojados. Brevemente quise indicar lo que sienten, de lo contrario, su explicación es tan prolija que cansa revisarla, para que pasemos a lo siguiente.

(Vers. 14.) Y corté mi segunda vara, que se llamaba lazo, para disolver la hermandad entre Judá e Israel. LXX: Y arrojé mi segunda vara, que se llamaba lazo, para disolver el pacto que había entre Judá e Israel. Y en este lugar he leído una larga explicación de alguien, o más bien intrincadas marañas, que trae de un volumen de Ezequiel sobre la unión de dos varas, y todo lo que sobre la concordia de Judá y Efraín debe entenderse espiritualmente, adaptándolo a este capítulo. Pero sigamos nuestro orden comenzado. Después que el Señor fue crucificado por los judíos y apreciado en treinta piezas de plata, y el precio de su sangre fue arrojado en sepultura de las naciones, que eran extranjeras a la Ley y mandamientos de Dios: inmediatamente el Señor, sin diferir más su sentencia, Corté, dice, mi segunda vara, que propiamente era mía, que tan unida a mí estaba, que en Jeremías fue llamada cinturón y faja, o, para usar un término común, coxal: que la segunda vara una vez llamada lazo y mi parte, fue arrojada por mí, para disolver el pacto y la hermandad y concordia, que había entre Judá e Israel, y separar a los hermanos entre sí. Para que en el número de los apóstoles y de aquellos que hicieron penitencia, nuevamente se llamara Judá y confesando a su Dios: pero Israel y Efraín y José fueran llamados, que permaneciendo en la dureza de su corazón dijeron: No tenemos rey, sino a César (Juan XIX, 15). Por lo cual no añadió: para invalidar el pacto, o testamento, que tenía con Judá e Israel (pues hasta hoy extiende su mano a los penitentes) sino para dividir de un pueblo a otros creyentes, y a otros no creyentes entre sí, diciendo: No penséis que he venido a traer paz a la tierra: no he venido a traer paz, sino espada. He venido a separar al hombre contra su padre, y a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra, y los enemigos del hombre serán los de su casa (Mateo X, 34, y 35).

(Vers. 15 y siguientes) Y el Señor me dijo: Toma aún para ti los utensilios de un pastor insensato: Porque he aquí que yo levantaré un pastor en la tierra, que no visitará lo que está

perdido, no buscará lo disperso, ni sanará lo quebrantado: y lo que está de pie no alimentará, y comerá la carne de los gordos, y romperá sus pezuñas. ¡Oh pastor, y ídolo que abandona el rebaño! La espada sobre su brazo y sobre su ojo derecho, su brazo se secará con sequedad, y su ojo derecho se oscurecerá con tinieblas. LXX: Y el Señor me dijo: Toma aún para ti los utensilios pastorales de un pastor inexperto: Porque he aquí que yo levantaré un pastor sobre la tierra, que no visitará lo que está perdido y no buscará lo disperso, ni sanará lo quebrantado, ni dirigirá lo íntegro, y devorará la carne de los escogidos, y pervertirá sus talones. ¡Oh vosotros que apacentáis vanidades, y que habéis abandonado las ovejas! La espada sobre su brazo, y sobre su ojo derecho, su brazo se secará con sequedad, y su ojo derecho se oscurecerá con ceguera. Cuando dice, Toma aún para ti los utensilios de un pastor insensato, significa aquello que antes había tomado para sí dos varas, una de hermosura, y otra de unión. Y porque las arrojó por su vicio y pecado, y disuelta la hermandad entre Judá e Israel, nosotros fuimos injertados en la raíz del buen olivo, y la ceguera en parte ocurrió a la casa de Israel, hasta que entrara la plenitud de los gentiles (Rom. XI), ahora se le dice al profeta que asuma la gravísima profecía del pastor insensato o inexperto. No cabe duda de que el pastor insensato e inexperto es el Anticristo, quien se dice que vendrá al final del mundo, y se indica cómo será cuando venga. Debemos entender por los utensilios del pastor, sus insignias y vestimenta, la alforja, el bastón, la flauta y el silbato. Y así como Isaías, para mostrar la cautividad del pueblo, entró desnudo (Is. L): y Jeremías fue a la casa del alfarero, para mostrar con la destrucción de los vasos que giraban en la rueda y eran moldeados por la mano del artesano, la ruina de Israel y el poder de Dios (Jer. XVIII): y Ezequiel, para demostrar la subversión de Jerusalén y la huida de Sedequías, y las cargas de los cautivos, no solo con la voz, sino también con el hábito, perforó la pared y fue llevado sobre sus hombros (Ezeq. XII): así Zacarías asume el hábito del pastor insensato e inexperto, para anunciar a aquel que ha de venir (Zac. XI). Este pastor se levantará en Israel porque el verdadero pastor había dicho: Ya no os apacentaré. Aquel que con otro nombre, tanto en el profeta Daniel (Cap. IX), como en el Evangelio (Marc. XIII), y en la epístola de Pablo a los Tesalonicenses (II Tes. II), es profetizado como la abominación de la desolación, que se sentará en el templo del Señor, y se hará pasar por Dios, quien también es llamado gran sentido por Isaías (Is. XXXII). Y viene no para sanar, sino para destruir el rebaño de Israel. Porque el buen pastor visita a las ovejas enfermas, busca a las dispersas, trae a las abandonadas, sostiene a las cansadas. Por el contrario, el mal pastor hace todo lo contrario, devora la carne de los gordos, disuelve y pervierte las pezuñas de los carneros y ovejas, para que no caminen con paso recto. Este pastor fue recibido por los judíos, a quien el Señor Jesús matará con el espíritu de su boca, y anulará con la iluminación de su venida, para que quienes no creyeron en la verdad, para que no fueran salvos, crean en la mentira, y sean juzgados, porque consintieron en la iniquidad. Descrito el pastor pésimo, insensato e inexperto, el discurso profético se dirige a ese mismo pastor: ¡Oh pastor, y ídolo! Tan malvado es el pastor, que no solo es un adorador de ídolos, sino que él mismo es llamado ídolo, mientras se llama a sí mismo Dios, y quiere ser adorado por todos. Abandonó el rebaño para que las bestias lo devoraran, el cual el Señor había custodiado tanto tiempo. La espada sobre su brazo, y su fuerza, y sobre su ojo derecho, con el que se jactaba de ver agudamente los sacramentos de Dios, y de ver más que todos los profetas anteriores, hasta el punto de llamarse a sí mismo Hijo de Dios. Pero esa espada es de la que ya hemos hablado, y ahora hablaremos en parte, de la que también habla Isaías: Mi espada se ha embriagado en el cielo (Is. XXXIV, 5). Por eso la espada del Señor estará sobre su brazo, y sobre su ojo derecho: para que su fuerza y toda su jactancia de fortaleza se seque con sequedad, y el conocimiento que falsamente prometía para sí mismo, se oscurezca con tinieblas eternas.

(Cap. XII.---Vers. 1.) Carga de la palabra del Señor sobre Israel: Dijo el Señor extendiendo el cielo, y fundando la tierra, y formando el espíritu del hombre en él: He aquí que yo pondré a Jerusalén como un umbral de embriaguez para todos los pueblos alrededor; pero también Judá estará en el asedio contra Jerusalén. Y será en aquel día, que pondré a Jerusalén como una piedra de carga para todos los pueblos, todos los que la levanten serán lacerados con cortes, y se reunirán contra ella todas las naciones de la tierra. LXX: Asunción de la palabra del Señor sobre Israel, dice el Señor extendiendo el cielo y fundando la tierra, y formando el espíritu del hombre en él: He aquí que yo pondré a Jerusalén como umbrales que se mueven para todos los pueblos alrededor, y en Judea. Y habrá un asedio alrededor de Jerusalén, y será en aquel día, que pondré a Jerusalén como una piedra que es pisoteada por todas las naciones: todo el que la pisotee se burlará, y reuniré sobre ella todas las naciones de la tierra. Hay una triple interpretación desde el lugar donde leemos: He aquí que yo pondré a Jerusalén como un umbral de embriaguez para todos los pueblos alrededor, hasta el lugar donde está escrito (Cap. XIII, v. 7): Despierta, espada, contra mi pastor; y contra el hombre que es mi compañero, dice el Señor de los ejércitos: Hiere al pastor, y se dispersarán las ovejas. Algunos de los judíos creen que esto ya se ha cumplido en parte desde Zorobabel hasta C. Pompeyo, quien fue el primero de los romanos en tomar Judea y el templo, historia que escribe Josefo. Otros creen que cuando Jerusalén sea restaurada, se cumplirá al final del mundo: lo cual la miserable nación judía se promete a sí misma con su ungido, a quien antes leímos como el pastor insensato. Pero nosotros, que somos llamados por el nombre de Cristo, recordamos que esto se cumple y se cumplirá diariamente en la Iglesia hasta el fin del mundo. Y para no extendernos en cada punto, proponiendo: Esto dicen aquellos: así otros sospechan: nosotros sentimos así, hemos puesto tres opiniones, para que de la variedad de la interpretación, el lector prudente entienda qué se debe aplicar a cada uno. El Señor, por tanto, que extiende el cielo como un velo, y ha solidificado la tierra con gran masa, y ha formado el espíritu del hombre en él, es el mismo Creador de todas las almas, para que de dos sustancias, alma y cuerpo, formara un solo ser viviente. Porque el espíritu frecuentemente se toma por el alma, como allí: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu (Luc. XXV, 46). Y: Quitas su espíritu, y expiran, y vuelven a su polvo (Sal. CIII, 29). Este Creador del universo y Señor, testifica que pondrá a Jerusalén como un umbral de embriaguez para todos los pueblos alrededor, para que quien toque su umbral se embriague y caiga, o el mismo umbral caiga sobre aquel que lo toca. Pero también Judá, con Jerusalén sitiada, será capturado por las naciones, y al pasar a su sociedad, se verá obligado a sitiar su propia metrópoli. No solo pondrá el Señor a Jerusalén como un umbral de embriaguez para todos los pueblos; sino que la pondrá como una piedra de carga para todos los pueblos, que quien quiera levantarla, será lacerado con cortes. Porque se reunirán contra Jerusalén todos los reinos de la tierra. Es costumbre en las ciudades de Palestina, y hasta hoy se mantiene la antigua costumbre en toda Judea, que en las aldeas, pueblos y castillos se coloquen piedras redondas de gran peso, a las que los jóvenes suelen ejercitarse, y las levantan según la variedad de sus fuerzas, unos hasta las rodillas, otros hasta el ombligo, otros hasta los hombros y la cabeza, algunos sobre la coronilla, con las manos rectas y juntas, demostrando la magnitud de sus fuerzas, levantan el peso. En la acrópolis de Atenas, junto a la estatua de Minerva, vi una esfera de bronce de gran peso, que yo, por la debilidad de mi cuerpo, apenas pude mover. Y cuando pregunté qué significaba, me respondieron los habitantes de esa ciudad, que en esa masa se comprobaba la fortaleza de los atletas, y que nadie descendía al combate antes de que se supiera, por la elevación del peso, quién debía compararse con quién. Por tanto, este es el sentido: Pondré a Jerusalén para todas las naciones, como una piedra de gran peso para levantar. La levantarán, y según la variedad de fuerzas la devastarán; pero es necesario que mientras se levanta, en ese mismo esfuerzo y elevación del peso, la pesada piedra deje alguna laceración o rasguño en los cuerpos de los que la levantan. Sobre la Iglesia se puede interpretar así, que todos los

perseguidores que lucharon contra la casa del Señor se embriagarán con esa copa que Jeremías ofrece a todas las naciones, para que beban, y se embriaguen, y caigan, y vomiten, y enloquezcan (Jer. XXV). Sé que en tiempo de persecución muchos de los nuestros son forzados a luchar contra la Iglesia; pero quienquiera que quiera levantar este peso, lo levantará, y por la ira del Señor que corrige a los pecadores, lo sostendrá con sus manos: pero él mismo no quedará impune, luchando contra él la espada de Dios. En lugar de la piedra de carga, que nosotros hemos interpretado como hemos podido, los Setenta tradujeron, piedra pisoteada por todas las naciones. Todo el que la pisotee, burlándose se burlará. El sentido es claro, que de ambas maneras Jerusalén será pisoteada y burlada por las naciones enemigas y por los perseguidores según la voluntad de los que se burlan. Pero el sentido superior es mejor y más verdadero. Explicamos brevemente cada cosa, para que finalmente lleguemos al final, no sea que si escribimos más extensamente, y por la oscuridad de las cosas, y la longitud del discurso, el ánimo del lector se confunda.

(Vers. 4.) En aquel día, dice el Señor, heriré a todo caballo con estupor, y a su jinete con locura: y sobre la casa de Judá abriré mis ojos, y heriré a todo caballo de los pueblos con ceguera. LXX: En aquel día, dice el Señor omnipotente: Heriré a todo caballo con estupor, y a su jinete con locura: pero sobre la casa de Judá abriré mis ojos, y heriré a todos los caballos de los pueblos con ceguera. En ese tiempo (pues eso significa día) cuando Jerusalén sea sitiada, de modo que también Judá se vea obligado a sitiarse, tanto carnal como espiritualmente, el Señor herirá a todos los caballos de los adversarios con estupor, de modo que todos se asombren al verlos heridos, y sus jinetes, abrumados por la magnitud de los males, se volverán locos, y sobre la casa de Judá, que se veía obligada a actuar contra su metrópoli, el Señor abrirá sus ojos, para tener misericordia de ellos, y hacerlos dignos de su vista, e iluminarlos con la luz de sus ojos: pero a todos los caballos de los pueblos los herirá con ceguera eterna. Los caballos deben entenderse espiritualmente, como dijimos antes: El caballo es engañoso para la salvación (Sal. XXXII, 17). Y: Estos en carros, y aquellos en caballos (Sal. XXIX, 8), y otras cosas similares. También dijimos que sus jinetes son o demonios, o falsos maestros, quienes todos se volverán en estupor y locura, para que se demuestre que no saben nada: sino que los opriman tinieblas palpables, como las que hubo cuando fueron heridos los primogénitos de Egipto (Éx. XI). Pero sobre la casa de Judá, es decir, el pueblo que confiesa a Dios, y que, quebrantado por las angustias de la persecución y aterrorizado por el miedo, parece estar en el número de los perseguidores: el Señor abrirá sus ojos, para que muchos sean mirados diciendo a él: Mira en mí, y ten misericordia de mí (Sal. LXXXV, 16), y merezcan oír: El Señor será para ti luz eterna (Is. LX). Esta es la laceración de la pesada piedra, que el Señor amenaza a sus adversarios, quienes intentaron levantar y afligir a Jerusalén.

(Vers. 5.) Y dirán los jefes de Judá en su corazón: Fortalézcanse para mí los habitantes de Jerusalén en el Señor de los ejércitos su Dios. LXX: Y dirán los tribunos, es decir, los *χiliάρχαι*, de Judá en sus corazones: Encontraremos para nosotros, quienes habitan en Jerusalén, en el Señor omnipotente su Dios. Cuando el Señor abra sus ojos sobre Judá, y hiera a todos los caballos de las naciones con ceguera, los jefes de Judá, de quienes se dijo antes: Pero también Judá estará en el asedio contra Jerusalén, harán votos en sus corazones, porque no se atreverán a hablar libremente, para que Jerusalén venza, y Judá, vencido con los enemigos, venza con sus conciudadanos. Por lo que nosotros dijimos: fortalézcanse para mí, y los LXX tradujeron *εὐρήσομεν ἑαυτοῖς*, encontraremos para nosotros; en hebreo está escrito EMSA LI (), que Aquila tradujo, *καρτέρησον μοι*, es decir, fortaléceme, para que el sentido sea: Los tribunos, y jefes, y líderes de Judá, harán votos en el secreto de su mente, para que Dios fortalezca a los habitantes de Jerusalén en el Señor su Dios, y venzan a sus

adversarios. Según la tropología, los jefes y tribunos son los apóstoles, y todos los hombres apostólicos y doctores, que estuvieron al frente del ejército de Cristo, quienes no querían encontrar para sí otros que no fueran los que habitan en Jerusalén, visión de paz, y que habitan en el Señor omnipotente su Dios. De estos jefes fue el apóstol Pablo, quien encontró a Tito, y Timoteo, Lucas y Silvano: también Pedro, quien instruyó a Marcos, el escritor del Evangelio, y los demás apóstoles que llenaron todo el mundo con su doctrina y enseñanza, para que tuvieran discípulos habitantes de Jerusalén.

(Vers. 6, 7.) En aquel día pondré a los jefes de Judá como un horno de fuego en la leña, y como una antorcha de fuego en el heno: y devorarán a la derecha y a la izquierda a todos los pueblos alrededor: y Jerusalén será habitada de nuevo en su lugar, en Jerusalén. Y el Señor salvará las tiendas de Judá, como al principio: para que no se gloríe magnánimamente la casa de David, y la gloria de los habitantes de Jerusalén contra Judá: LXX: En aquel día, pondré a los tribunos de Judá como una antorcha de fuego en la leña, y como heno de fuego en la paja, y devorarán a la derecha y a la izquierda a todos los pueblos del Señor alrededor, y Jerusalén será habitada aún en sí misma, y el Señor salvará las tiendas de Judá, como al principio: para que no se magnifiquen la gloria de la casa de David, y la exaltación de los habitantes de Jerusalén sobre Judá. Cuando los jefes de Judá digan en sus corazones: Fortaléceme, Señor, a los sitiados de Jerusalén, para que quienes fueron vencidos por su debilidad, venzan con tu ayuda: entonces yo, el Señor omnipotente su Dios, pondré a los príncipes de Judá como un horno de fuego en la leña, y como una antorcha en la paja, para que devoren a los adversarios, con quienes se unían con amistad simulada. Devorarán a la derecha y a la izquierda, y matarán a todos los pueblos alrededor, para que Jerusalén sea habitada de nuevo en su lugar, y no tema más los ataques hostiles. También las ciudades y pueblos, y aldeas y villorrios de la tribu de Judá, que fueron saqueados y devastados, se restauren como estaban antes de ser devastados, y no se gloríe la casa real, y los ilustres y magníficos de la tribu de Judá, y los habitantes de Jerusalén contra la tribu de Judá, que es gobernada por su imperio, y gobernada por su consejo; sino que sepan que la victoria es del Señor en ambos. Esto según la historia, ya sea que haya sucedido, o que esté por suceder, dejando la fe de las cosas al juicio del Señor, y a sus santos, quienes han recibido de él el espíritu de sabiduría y verdad. Digamos que en el tiempo de la persecución de la Iglesia, los jefes y tribunos del nombre cristiano, de quienes hablamos antes: cuando el Señor devuelva la paz a Jerusalén, y mate al adversario con el espíritu de su boca, serán como un horno de fuego en la leña, para devorar los árboles infructuosos, y como antorchas en la paja, para que lo que no tiene grano, y es llevado por todo viento de doctrina, sea entregado al fuego. Y devorarán (dice) los jefes de Judá, y los tribunos a la derecha y a la izquierda, a aquellos que no quisieron caminar en el camino medio, ni conocieron [o no saben]. Serán devorados por la llama, aquellos que están en el camino derecho, a quienes se les dice: No seas demasiado justo (Ecl. VII, 17): Y en el izquierdo, quienes oyen: Los caminos que están a la izquierda son perversos (Prov. IV, 27), la llama devoradora los consumirá, y con los adversarios abandonados y eliminados, Jerusalén, es decir, la Iglesia, recuperará su antigua gloria, y estará en su estado, y las tiendas de Judá serán salvadas, los concilios de cristianos dispersos por todo el mundo, de los cuales como tiendas y tabernáculos deseamos ir a la casa, que no es hecha por manos, y a la Jerusalén celestial. Por eso las tiendas del pueblo y de todos los que son llamados por el nombre de Cristo, y son reputados en el vulgo, recibirán la antigua paz con los príncipes de las Iglesias sitiados, y convertidos en fuga, para que no piensen que los maestros y doctores, con su doctrina y sabiduría, sino con la ayuda del Señor, se ha devuelto la paz a las Iglesias.

(Vers. 8.) En aquel día, el Señor protegerá a los habitantes de Jerusalén, y el que tropiece entre ellos en ese día será como David: Y la casa de David, como Dios, como el Ángel del

Señor ante ellos. LXX: Y será en aquel día, el Señor protegerá a los habitantes de Jerusalén; y el que sea débil entre ellos en ese día, será como la casa de David; y la casa de David, como la casa de Dios, y el ángel del Señor ante ellos. Con Judá obteniendo la victoria, y el Señor restituyendo sus tiendas como al principio, para que la casa real no se gloríe contra el pueblo, en ese día y en ese tiempo, el Señor (con cuya ayuda Judá devorará a sus adversarios a derecha e izquierda) protegerá también a los sitiados de Jerusalén: y todo se transformará en tal felicidad y bienaventuranza, que el que era considerado el más vil será como la casa real; y el que era de la casa real será como de la casa de Dios, es decir, como un mensajero del Señor y de dignidad angélica ante aquellos que en ese tiempo sean salvados. Según la anagoría: El Señor protegerá a los habitantes de la Iglesia, con la paz de las Iglesias restaurada después de una persecución gravísima, cuando también será adornada con la interpretación de su nombre: Jerusalén significa visión de paz. Y tan bienaventurados serán los que lucharon por la Iglesia y confesaron al Señor en la persecución, que el que sea el más pequeño, y como un hombre que haya tropezado en algún pecado o palabra, será puesto en el orden de los maestros: y los maestros, que hayan mantenido su grado, serán como la casa de Dios, y como el ángel del Señor; porque trabajamos con todo esfuerzo, puestos en la tierra, y sudando con variado trabajo, para ser transformados en gloria angélica.

(Vers. 9.) Y será en aquel día: buscaré destruir a todas las naciones que vienen contra Jerusalén. Y derramaré sobre la casa de David y sobre los habitantes de Jerusalén el espíritu de gracia y de súplicas. LXX: y será en aquel día: buscaré quitar a todas las naciones que vienen contra Jerusalén, y derramaré sobre la casa de David: y sobre los habitantes de Jerusalén el espíritu de gracia y de misericordia. En ese día cuando el Señor proteja a los habitantes de Jerusalén, el Señor buscará destruir a todas las naciones que vienen contra Jerusalén. Sin embargo, las destruirá no para perdición, sino para corrección, para que dejen de luchar contra Jerusalén y comiencen a ser de Jerusalén. Pues si de la nada creó todas las cosas, no lo hizo para perder lo que creó; sino para que por su misericordia lo creado sea salvado. Por eso también en la Sabiduría, que se atribuye a Salomón (si a alguien le place recibir el libro), encontramos escrito: Creó todas las cosas para que existieran, y las generaciones del mundo para ser salvadas: y no habrá para ellas veneno mortal (Sab. I). Pues así como el Señor vino a buscar lo que se había perdido, y salvó al género humano: así también perdió a las naciones en cuanto eran adversarias. Finalmente sigue: Derramaré sobre la casa de David y sobre los habitantes de Jerusalén el espíritu de gracia y de misericordia. De esta gracia también escribe Pablo: La caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Rom. V, 5). Y en el volumen mencionado se contiene: ¿Quién investigará lo que está en el cielo? sino que tú diste sabiduría, y enviaste tu Espíritu Santo desde lo alto: y así fueron corregidos los caminos de los que habitan en la tierra: y los hombres fueron instruidos en lo que te agrada (Sab. IX, 16). Y en Isaías Dios habla: He dado mi espíritu sobre ti (Isai. XLII, 1). Y nuevamente la Escritura recuerda sobre el mismo: He dado mi espíritu sobre él (Ibidem). La palabra derramamiento muestra el sentido de generosidad: como es manifiesto en lo que dijimos: La caridad de Dios ha sido derramada en vuestros corazones. Y en otro lugar en persona de Dios: Derramaré de mi espíritu sobre toda carne (Joel. II, 29). Y sobre qué es el espíritu de gracia, el mismo Apóstol habla a los Hebreos: ¿Cuánto más pensáis que merecerá peores castigos el que pisoteó al Hijo de Dios, y tuvo por profano el sangre del pacto en el cual fue santificado, e hizo afrenta al espíritu de gracia? (Heb. X, 29). Por eso se dice que hay diversas gracias del Espíritu Santo. Y el saludo del Apóstol: Gracia y paz os sean multiplicadas (I Tim. I, 1): para que después de que nos haya perdonado los pecados, entonces la paz siga por misericordia. Los judíos recuerdan que esto ya se ha hecho en parte, y que se cumplirá más

plenamente en la consumación del mundo. Pero nosotros entendemos y probamos que se cumple diariamente después de la venida de Cristo.

(Vers. 10.) Y mirarán a mí a quien traspasaron: y lo llorarán con llanto como por un unigénito: y se lamentarán por él, como se suele lamentar en la muerte del primogénito. LXX: Y mirarán a mí, por lo que insultaron: y lo llorarán con llanto, como por el más querido: Y se lamentarán con dolor, como por el primogénito. Las letras hebreas DALETH y RES, es decir, D y R, son similares, y se distinguen solo por un pequeño trazo. De ahí que al leer la misma palabra de manera diferente, la traduzcan de manera distinta. Para la comprensión, demos un ejemplo: Y Samuel estaba vestido con un EPHOD BAD (I Reg. II, 18), es decir, con una vestidura de lino, pues BAD significa lino: de donde también BADDIM se llama lino. Por este término hebreo y latino, algunos leen erróneamente EPHOD BAR: ya que BAR se llama hijo, o manojito de trigo, o elegido, o οὔλος, es decir, rizado. Lo que allí ocurrió por error de interpretación, también aquí se ha encontrado. Pues si se lee DACARU (), se entiende como ἐξεκέντησαν, es decir, traspasaron o perforaron: pero si se lee en orden contrario, cambiando las letras, se entiende como RACADU (), ὠρχήσαντο, es decir, danzaron. Y por la similitud de las letras nació el error. Sin embargo, el evangelista Juan, quien bebió la sabiduría del pecho del Señor, hebreo de hebreos a quien el Salvador amaba mucho (Juan XIX), no se preocupó mucho por lo que contenían las letras griegas; sino que interpretó la palabra de palabra, como había leído en hebreo, y dijo que se cumplió en el tiempo de la pasión del Señor. Si alguien no lo acepta, que dé testimonio de qué lugar de las Sagradas Escrituras Juan sacó esto: y cuando no lo encuentre, se verá obligado a aceptar la verdad a regañadientes. Los judíos lo llorarán como por un unigénito y primogénito, significando lo mismo en el Señor Salvador, tanto unigénito como primogénito. Se le llama unigénito, por la propiedad de la naturaleza: Primogénito según el Apóstol, de los que resucitan de entre los muertos (Coloss. I). Por unigénito, los Setenta tradujeron el más querido, de quien leemos en el Evangelio: Este es mi Hijo amado, en quien me complazco (Mat. III, 17). Entonces lamentarán al que crucificaron, cuando lo vean reinando en gloria. La palabra καταρχήσαντο, entre los griegos, no se compone de burla, sino de danza, lo que significa que contra el Señor danzaron como jugando, cuando decían burlándose y riendo: ¡Vah! tú que destruyes el templo, y en tres días lo edificas: sálvate a ti mismo, descendiendo de la cruz (Mat. XV, 29, 30). Estas y otras cosas decían burlándose, y con una especie de danza de locura.

(Vers. 11, 12.) En aquel día habrá gran llanto en Jerusalén, como el llanto de Adadremmon en el campo de Mageddon. Y la tierra llorará, familia por familia por separado: la familia de la casa de David por separado, y las mujeres (o esposas) de ellos por separado (pues la palabra hebrea NESE, es decir, γυναῖκες, significa ambas cosas). La familia de la casa de Natán por separado, y las mujeres de ellos por separado: la familia de la casa de Leví por separado: y las mujeres de ellos por separado: la familia de Semei por separado, y las mujeres de ellos por separado. Todas las familias restantes, familia por familia por separado, y las mujeres de ellos por separado. LXX: En aquel día habrá gran llanto en Jerusalén, como el llanto del granado que se corta en el campo, y la tierra llorará por tribus y tribus: la tribu de David por separado, y las mujeres de ellos por separado: la tribu de la casa de Judá por separado, y las mujeres de ellos por separado: la tribu de la casa de Natán por separado, y las mujeres de ellos por separado: la tribu de la casa de Leví por separado, y las mujeres de ellos por separado: la tribu de Simeón por separado, y las mujeres de ellos por separado: todas las tribus restantes por separado, y las mujeres de ellos por separado. ADADREMMON (), por lo que los LXX tradujeron πόλις, es una ciudad cerca de Jezrael, que antiguamente se llamaba con este nombre, y hoy se llama Maximianópolis en el campo de Mageddon, donde Josías, rey justo,

fue herido por Faraón llamado Neco (IV Reg. III): sobre el cual Jeremías escribió Lamentaciones, que se leen en la Iglesia, y el libro de los Paralipómenos testifica que él las escribió (II Paral. XXXV). Así como en ese tiempo, después de los reyes pecadores, toda la esperanza del pueblo estaba en Josías, y al ser asesinado, se levantó un gran llanto en la ciudad, como leemos en hebreo: El espíritu de nuestro aliento, Cristo el Señor, fue capturado en nuestros pecados, a quien dijimos: En tu sombra viviremos entre las naciones (Thren. IV, 10) (aunque otros, según la comprensión espiritual, refieren esto al Señor Jesús), así al ser crucificado el Salvador, se renovará el llanto en Jerusalén, como una vez fue en la ciudad de Adadremmon, en el campo de Mageddon. Y lo que sigue: Llorarán familia por familia, o tribu por tribu por separado: la familia de la casa de David por separado, y las esposas, o mujeres de ellos por separado, esto significa que en tiempo de tribulación y luto no debemos servir a los matrimonios y a la obra de las nupcias. Por eso también en Joel, con la cautividad cercana, se dice a los judíos: Salga el novio de su cámara, y la novia de su tálamo (Joel. II, 16). Y con el diluvio inminente, se ordena a Noé: Entra en el arca tú, y tus hijos, y tu esposa, y las esposas de tus hijos (Gen. VII, 1). Y después de terminado el diluvio, se le dice: Sal tú, y tu esposa, y tus hijos, y las esposas de ellos (Gen. VIII, 16), para que los que en el arca, con el peligro inminente, habían estado separados, devueltos al mundo, sirvan a la generación y a los hijos. Esto no solo se hace en tiempo de angustia, sino también en tiempo de oración: cuando queremos suplicar al Señor, como dice el Apóstol a los Corintios: No os defraudéis el uno al otro, salvo de común acuerdo por un tiempo, para que os dediquéis a la oración (I Cor. VII, 5). Por tanto, ahora también la tribu de la casa de David, y la tribu de la casa de Natán, y la tribu de la casa de Leví, y la tribu de la casa de Semei, se separan de sus esposas: para que lloren al unigénito y primogénito Señor Jesús, de quien había dicho: Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos (Mat. XXVII, 25). En David se toma la tribu real, es decir, Judá. En Natán se describe el orden profético. Leví se refiere a los sacerdotes, de donde surgió el sacerdocio. En Semei se toman los doctores: pues de esta tribu brotaron las filas de maestros. Omitió las otras tribus, que no tienen algún privilegio de dignidad. En lo que dice: Todas las tribus restantes, tribu por tribu por separado, y las esposas de ellos por separado, comprende a todas sin nombre. Digamos, y según los LXX se llama ῥοῶν, no un solo árbol de granadas, es decir, de granado, sino un lugar plantado con estos árboles, de lo cual según la comprensión espiritual el esposo dice en el Cantar de los Cantares: Descendí para ver en el brote del torrente si florecía la viña, si florecían las granadas (Cant. VI, 10). Pues el Salvador descendió al torrente de este siglo y a las aguas turbias, de las cuales también se describe que Elías bebió en su tipo (III Reg. XVII): para que después de los brotes de la viña y del fruto del granado recibiera ambos, y embriagando a su Iglesia, oyera de ella: Me darás de beber del vino del perfumista, del vino de mis granadas (Cant. VIII, 2). Esta bebida no solo ahuyenta el calor del estómago, sino que se dice que sana el vientre corrupto, y beneficia a las demás entrañas. Nada más hermoso que este fruto; en su rubor, significa la vergüenza de la Iglesia: en el orden de los granos, los grados y miembros de todo el cuerpo distribuidos por cada oficio. Cuando en esta viña y granados el Salvador no encontró fruto, dirá: Todo sarmiento que no lleva fruto, el Padre lo quitará; y todo el que lleva fruto, lo podará para que lleve más fruto (Juan XV, 2). Y en otro lugar Juan el Bautista clama: Ya está puesta la hacha a la raíz de los árboles (Mat. III, 10). Todo árbol que no da buen fruto, será cortado y echado al fuego (Luc. III, 9). En la tala de vicios o males, cuando en el día del juicio se depondrán todos los nombres de dignidades, y se cumplirá lo que está escrito: He aquí el hombre y sus obras (Mat. III, Luc. III); y las pajas separadas del trigo, habrá gran llanto no en otro lugar, sino en Jerusalén. Pues la plaga y el juicio comenzarán por los santos, y reyes y sacerdotes y profetas y doctores golpearán sus pechos con las manos: cuando vean que los granados más hermosos han sido cortados, y al que traspasaron, reinando en la majestad del Padre y suya (I Petr. IV).

(Cap. XIII.---Vers. 1.) En aquel día habrá una fuente abierta para la casa de David, y para los habitantes de Jerusalén, para la ablución del pecador y de la menstruante. LXX: En aquel día todo lugar estará abierto en la casa de David, y para los habitantes de Jerusalén: y para la transmutación y la aspersion. De esta fuente, que brota de la casa de David, también se escribe en el profeta Ezequiel (Ezech. XLVII), que brota una fuente en la casa del Señor, y crece en un río, que se llama agua de remisión e indulgencia; y va hacia el desierto y hacia el mar, que ahora se llama Muerto, y vivifica todos los peces, y de cada ribera del río surgen árboles de diversos géneros, siempre abundantes en nuevos frutos cada mes. Y para que sepamos que la casa, es decir, el templo de Dios, es la misma casa de David, que en Ezequiel se llama casa de Dios, en Zacarías se llama casa de David: esta fuente que brota de la casa de Dios, se refiere a la Iglesia y al conocimiento de las Escrituras, para que todos renazcamos en Cristo, y en el agua del bautismo se nos perdonen nuestros pecados. Nada más inmundo que la menstruante, que todo lo que toca, lo hace inmundo: y sin embargo, sus inmundicias serán lavadas con el bautismo de Cristo. Por la ablución de los pecados y de la menstruante, los LXX tradujeron, transmutación y aspersion: que pasemos de la Ley al Evangelio, de la letra al espíritu, de la sombra a la verdad, para que por lo breve y presente sucedan las cosas futuras y eternas. La aspersion significa la sangre del Señor, de la cual también habla el apóstol Pedro: Gracia y paz os sean multiplicadas, en obediencia y aspersion de la sangre de Jesucristo (I Pet. I, 2). Y nuevamente: Sabiendo que no fuisteis redimidos con cosas corruptibles como plata y oro, sino con la preciosa sangre, como de un cordero sin mancha y purísimo (Ibid., 18), con la cual quien sea rociado y redimido, podrá decir con el profeta: Rocíame, Señor, con hisopo y seré limpio: lávame y seré más blanco que la nieve (Psal. L, 9).

(Vers. 2.) Y será en aquel día, dice el Señor de los ejércitos, destruiré los nombres de los ídolos de la tierra, y no se recordarán más, y a los profetas [Vulg. falsos profetas], y al espíritu inmundo quitaré de la tierra. LXX: Y será en aquel día, dice el Señor Sabaoth, destruiré los nombres de los ídolos de la tierra, y no habrá más memoria de ellos, y a los falsos profetas, y al espíritu inmundo quitaré de la tierra. En aquel día que menciona con frecuencia, todos los ídolos serán quitados de la tierra, ya sean esos ídolos de los que el salmista dice: Los ídolos de las naciones son plata y oro, obra de manos de hombres (Ps. CXIII, 12), para que no haya otra religión, sino solo la del nombre cristiano, y de los que está escrito en el profeta: Lamentaos, esculturas en Jerusalén y en Samaria. Como hice a Samaria y a sus esculturas: así haré a Jerusalén y a sus ídolos (Jer. XXX). O estos ídolos, de los que el Apóstol habla: Pero el Espíritu dice claramente: que en los últimos tiempos algunos se apartarán de la fe, prestando atención a espíritus engañosos, y a doctrinas de demonios en hipocresía de falsos habladores, teniendo cauterizada su conciencia (I Tim. IV, 1, 2). Pues así como los ídolos se hacen con la mano del artífice: así la doctrina perversa de los herejes, lo que sea que simule, lo convierte en ídolo, y hace que se adore al Anticristo en lugar de a Cristo. Por falsos profetas, en hebreo se lee simplemente profetas, es decir, NEBIM, que también significan falsos profetas; pero también por los paganos los sacerdotes de los ídolos son llamados profetas.

(Vers. 3.) Y sucederá que, cuando alguien profetice de nuevo, su padre y su madre, que lo engendraron, le dirán: No vivirás, porque has hablado mentira en el nombre del Señor. Y lo atravesarán su padre y su madre, que lo engendraron, cuando profetice. LXX: Y sucederá que, si un hombre profetiza de nuevo, su padre y su madre, que lo engendraron, le dirán: No vivirás, porque has hablado mentira en el nombre del Señor. Y lo atarán su padre y su madre, que lo engendraron, cuando profetice. Con los nombres de los ídolos eliminados de la tierra, y los falsos profetas, y el espíritu impuro que hablaba en ellos, si alguien intenta de nuevo profetizar algo en nombre del Señor, inmediatamente su padre y su madre olvidarán su

parentesco para mantener el servicio a Dios, y pronunciarán contra su hijo la sentencia de muerte. Y las mentes de todos estarán tan piadosamente dirigidas hacia Dios, que no se esperará un juicio público, sino que perecerán aquellos que sean así, por sentencia de sus parientes. En cuanto a lo que hemos dicho, lo atravesarán, es el mismo verbo en hebreo que antes, DACARU (). Por lo tanto, ¿por qué los intérpretes de los LXX tradujeron allí κατωρχήσαντο, es decir, insultaron o se burlaron, y para expresar el verbo palabra por palabra, saltaron contra él; y aquí quisieron traducir συμποδιοῦσιν, es decir, lo atarán, cuando tanto Aquila, como Símaco y Teodoción, tanto allí como aquí, lo tradujeron de manera similar, lo atravesaron? Con razón, sin embargo, quien haya profetizado falsamente es llamado hombre, como dice el Apóstol: Porque mientras haya entre vosotros envidias y contiendas, ¿no sois carnales y andáis según el hombre? (I Cor. III, 3). Y en los Salmos: Pero vosotros moriréis como hombres, y caeréis como uno de los príncipes (Sal. LXXXI, 7). Y son indignos de escuchar el espíritu de Dios: No permanecerá mi espíritu en estos hombres, porque son carnales (Gen. VI, 3).

(Vers. 3 seqq.) Y sucederá en aquel día, que los profetas se avergonzarán cada uno de su visión cuando profeticen, y no se cubrirán con un manto de saco para mentir: sino que dirán, No soy profeta: soy un hombre agricultor, porque Adán es mi ejemplo desde mi juventud. Y se le dirá: ¿Qué son estas heridas en medio de tus manos? Y dirá: Con estas fui herido en la casa de los que me amaban. LXX: Y sucederá en aquel día, que los profetas se avergonzarán cada uno de su visión cuando profeticen: y se vestirán con piel de cilicio, con la que mintieron, y dirán: No soy profeta, porque un hombre me engendró desde mi juventud, y le dirá: ¿Qué son estas heridas en medio de tus manos? Y dirá: Con las que fui golpeado en la casa de quien me amaba. Quien intente profetizar y sea condenado por el juicio de sus padres, y la falsedad de su profecía sea aprobada por el resultado contrario de los hechos, se avergonzará de su visión, y ya no se cubrirá con cilicio para mentir. Pues este era el hábito de los profetas, que cuando provocaban al pueblo al arrepentimiento, se vestían con cilicio. Por eso también se le ordena a Isaías que quite el saco de sus lomos y ande desnudo (Isai. XX): pues no es tiempo de arrepentimiento, sino de inminente cautiverio. Por lo tanto, este falso profeta no tomará el hábito profético, para no engañar a los simples bajo un vestido y cobertura ajenos; sino que más bien abrirá la tierra con el arado, y dedicado a la agricultura se probará a sí mismo como hombre, y se someterá a la sentencia de Dios, quien habló a Adán: Maldita será la tierra por tu causa: con trabajo comerás de ella todos los días de tu vida: espinas y cardos te producirá: y comerás hierbas del campo: y con el sudor de tu rostro comerás el pan (Gen. III, 17 y 18). Y cuando se haya mostrado que nació para esto, para comer su pan con el sudor de su rostro, otro le preguntará y dirá: ¿Qué significan estas heridas, y estas llagas que están en medio de tus manos? Y el sentido es: ¿Por qué te adhieres al patíbulo? ¿por qué tus manos están perforadas con clavos? ¿qué has hecho para estar sujeto a esta pena y tormento? Y él responderá y dirá: Estas heridas y estas llagas las recibí, condenado por el juicio de mis padres, y de aquellos que no me odiaban, sino que me amaban. Y tanto, que, expulsada la mentira, prevalecerá la verdad, que incluso él, castigado por su propio vicio, confesará que ha sido justamente soportado. Los hebreos explican esto que está escrito: Y no se cubrirán con un manto de saco para mentir, de esta manera, y no serán llenados con espíritu demoníaco, a quienes leemos en Isaías como τριχιῶντας, es decir, peludos, para que por esta ocasión, mintiendo en su hábito, no mientan las palabras de Dios en ellos, o nieguen al Señor: CHAESU, pues, puede interpretarse tanto como mentir como negar.

(Vers. 7 seqq.) ¡Espada, despierta contra mi pastor, y contra el hombre que es mi compañero, dice el Señor de los ejércitos! Hierne al pastor, y se dispersarán las ovejas, y volveré mi mano

contra los pequeños. Y sucederá en toda la tierra, dice el Señor: dos partes en ella serán dispersadas y perecerán; y la tercera parte quedará en ella. Y pasará la tercera parte por el fuego, y los refinaré como se refina la plata: y los probaré como se prueba el oro. Él invocará mi nombre, y yo le responderé: diré, Mi pueblo eres: y él dirá, El Señor es mi Dios. LXX: ¡Espada, levántate contra mi pastor, y contra el hombre su conciudadano, dice el Señor todopoderoso! Hiere al pastor, y se dispersarán las ovejas: y pondré mi mano sobre los pastores. Y sucederá en aquel día, dice el Señor, dos partes perecerán y se extinguirán, y la tercera parte quedará en ella: y pasará la tercera parte por el fuego, y los refinaré como se refina la plata, y los probaré como se prueba el oro. Él invocará mi nombre, y yo le responderé, y diré, Este es mi pueblo, y él dirá, El Señor es mi Dios. En lugar de espada, que los LXX tradujeron como ῥομφαίαν, en hebreo AREB, encontramos en Aquila y Símaco, μάχαιραν, es decir, espada o puñal. Y en lugar de lo que hemos traducido como sobre el hombre que es mi compañero, es decir, προσκεκολλημένον μοι, Aquila lo interpretó como sobre el hombre de mi tribu, es decir, σύμφυλό μου [Al. μοι]: Símaco, sobre el hombre de mi pueblo, que en hebreo se dice AMITHI: LXX: sobre el hombre su conciudadano: Teodoción, sobre el hombre su prójimo: leyendo VAU al final de la palabra en lugar de JOD, que son letras que solo se diferencian en tamaño; y si se lee JOD, significa mío: si VAU, suyo. Me sorprende que algunos quieran debilitar esta profecía (que el evangelista Mateo refirió al Señor Salvador después de que en su pasión los discípulos huyeran, y entonces dice que se cumplió) con interpretaciones alegóricas, y mientras desean parecer saber más que los demás, no mantienen la regla de la verdad. Pues el evangelista Mateo relata: Entonces Jesús les dice: todos vosotros os escandalizaréis de mí esta noche. Porque está escrito: Heriré al pastor, y se dispersarán las ovejas del rebaño. Y de nuevo: Pero todo esto ha sucedido para que se cumplan las Escrituras de los Profetas. Entonces todos los discípulos, dejándolo, huyeron (Matt. XXVI, 31 seqq.). Y no se debe pensar que el testimonio fue tomado de otro lugar, porque en el Evangelio Dios dice que el pastor fue herido por él, y en el presente lugar, leemos que se ordenó a la espada y al puñal: Hiere al pastor, y se dispersarán las ovejas. Esta espada y esta romphaea es la misma que en el salmo veintiuno el Señor habla al Padre: Libra mi alma de la espada, y mi única de la mano del perro (Sal. XXI, 12). De esta romphaea también está escrito en el profeta Amós: Todos los pecadores de la tierra morirán por la espada (Amos IX, 10). Lo cual no puede sostenerse literalmente: pues muchos pecadores perecen en naufragios: otros por veneno: estos se ahogan en las aguas, aquellos son consumidos por el fuego. Sin embargo, por esta espada y esta romphaea todos los pecadores perecen [Al. son castigados], y los etíopes de color oscuro, de los cuales Sofonías testifica con su boca sagrada, diciendo: Pero también vosotros, etíopes, seréis muertos por mi espada (Sofon. I, 12). Después de que el buen pastor que puso su vida por sus ovejas (Juan X, 15), quien habló al Padre: A quien tú heriste, ellos persiguieron, y añadían sobre el dolor de mis heridas (Sal. LXVIII, 27), fue herido por la voluntad del Padre, y el hombre que es compañero de Dios, quien dijo: Yo en el Padre, y el Padre en mí (Juan XIII, 10), colgó en el patíbulo, y dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu (Luc. XXIII, 46): inmediatamente las ovejas se dispersaron, toda la multitud de creyentes en Cristo. Y el Señor volvió su mano, como leemos en los LXX, hacia los pastores, que muchos interpretan erróneamente como los príncipes de los judíos. Pero como está escrito en hebreo, hacia los pequeños, a quienes el Señor dijo en el Evangelio: No temas, pequeño rebaño (Ibid., XII). Y en Isaías: He aquí yo y los niños, o pequeños, que Dios me ha dado (Isai. VIII, 18). Y se hicieron dos partes en toda la tierra de los judíos y gentiles, que perecieron y se extinguieron juntos: pues en su pasión, se cumplió la voz del salmista que dice: Sálvame, Señor, porque ha desaparecido el santo (Sal. XI, 1). Y: Todos se han desviado, juntos se han vuelto inútiles; no hay quien haga el bien, no hay ni siquiera uno (Sal. XIII, 3). Pereciendo los gentiles y los judíos, una tercera parte en el mundo, es decir, el tercer pueblo de los cristianos, surgió de

repente. Y dice bellamente: La tercera parte quedará en ella, es decir, en la tierra: porque de los judíos y gentiles, aquellos que confesaron al Señor, fueron los únicos reservados para la vida y la habitación de la tierra. También esa tercera parte, para que no sea delicada y segura en su confesión, es pasada y probada por el fuego, como el oro y la plata, que el Señor desea que arda en los creyentes (Luc. XII), y Pablo desea que hierva (Rom. XII). Por eso también los apóstoles, bautizados en el espíritu y fuego del Señor (Act. II), dicen en el salmo: Porque nos probaste, Dios, nos examinaste con fuego como se examina la plata (Sal. LXV, 10, 11). Y poco después: Pasamos por el fuego y el agua, y nos sacaste a un lugar de refrigerio: Y en otro lugar se dice al creyente: Si pasas por el fuego, la llama no te quemará: porque yo estoy contigo (Isai. XLIII, 2). Por eso el incendio no consume, y la llama no devora, porque la voz del Señor corta la llama del fuego (Sal. XXVIII, 7). Cuando así sean probados los pequeños, sobre quienes el Señor volvió su mano, y por su vocación toda la multitud de las naciones haya creído, entonces el pueblo creyente llamará a Cristo por su nombre, y él diciendo: Tú eres mi pueblo, el pueblo responderá: El Señor es mi Dios. Los judíos refieren esto a Cristo: y sostienen que sucederá en el último tiempo; pero esto es lo que nos diferencia de ellos, que nosotros decimos que ya se ha cumplido, ellos recuerdan que debe cumplirse.

(Cap. XIV.---Vers. 1, 2.) He aquí que vienen los días del Señor, y se dividirán tus despojos en medio de ti. Y reuniré a todas las naciones contra Jerusalén en batalla, y la ciudad será tomada, y las casas serán saqueadas, y las mujeres serán violadas, y la mitad de la ciudad saldrá en cautiverio, y el resto del pueblo no será quitado de la ciudad. LXX: He aquí que vienen los días del Señor, y se dividirán tus despojos en ti, y reuniré a todas las naciones sobre Jerusalén, para luchar, y la ciudad será tomada, y las casas serán saqueadas, y las mujeres serán contaminadas, y la mitad de la ciudad saldrá en cautiverio: pero el resto de mi pueblo no perecerá de la ciudad. Los días que el Señor amenaza que vendrán, para que se dividan los despojos de Jerusalén en medio de ella, y las demás cosas que el discurso profético comprende, son aquellos de los que también leemos en Isaías: El día del Señor vendrá incurable de furor e ira, para poner todo el mundo en desolación, y quitar a los pecadores de él (Isai. XIII, 9). ¿Cuánta necesidad habrá para que sus despojos se dividan en medio de ella? Esto suele suceder frecuentemente, que lo que ha sido saqueado repentinamente en la ciudad, se divida fuera en el campo o en la soledad, para que no vengan los enemigos. Pero aquí el peso de los males será tal, que lo que ha sido saqueado, se dividirá en medio de la ciudad por la seguridad de la victoria. Y no solo será tomada Jerusalén, con todas las naciones reunidas contra ella en batalla; sino que también las casas de los habitantes de Jerusalén serán saqueadas, y las mujeres serán violadas para el dolor de los dueños y maridos, que no podrán impedir ni el saqueo de las casas, ni el estupro de sus esposas por los enemigos, según lo que leemos en otro lugar: Los que se han reunido en medio de ti, caerán a espada y tus hijos serán estrellados ante tus ojos, y tus casas serán saqueadas, y tus esposas serán tomadas (Isai. XIII), de lo cual nada más cruel ni más miserable puede encontrarse, que por temor a la muerte propia, no se atrevan a defender ni la salvación de los hijos, ni la castidad de las esposas. Esto mismo también el profeta Amós amenaza a Amasías, el impío sacerdote, diciendo: Tu esposa se prostituirá en la ciudad, y tus hijos e hijas caerán a espada, y tu tierra será medida con cuerda (Amos VII, 17). Y todo esto le sucederá al pueblo de los judíos: Porque se alborotaron las naciones, y los pueblos meditaron cosas vanas. Se levantaron los reyes de la tierra, y los príncipes se reunieron en uno contra el Señor y contra su Cristo (Sal. II, 1, 2). Quien se burló y se rió de ellos, y en su furor los perturbó, tanto que el Apóstol también, viendo que los años dados para el arrepentimiento ya se habían cumplido, y sin embargo ellos persistían en la negación de quien mataron al Señor, y persiguieron a los profetas y apóstoles, dijo: Ha venido sobre ellos [Al. nosotros] la ira hasta el fin (I Tes. II, 16). Todo esto lo relata plenamente Josefo, quien escribió la historia judía, y menciona que

sufrieron cosas mucho mayores de las que leemos en los profetas. También Cornelio Tácito, quien después de Augusto hasta la muerte de Domiciano escribió las Vidas de los Césares en treinta volúmenes. ¿Cómo fue tomada la mitad de la ciudad, y el resto del pueblo permaneció en la ciudad, se demuestra tanto en ese tiempo como en otros, que la parte septentrional de la ciudad y la inferior fueron tomadas, pero el monte del templo, y Sion, donde estaba la fortaleza, permanecieron intactos. Los judíos dicen que esto se cumplirá bajo Gog: otros que en tiempos de los macedonios y egipcios, y de diversas naciones en parte se ha cumplido. Nosotros, dejando la verdad del tiempo a la sentencia del Señor, expliquemos lo que está escrito.

(Vers. 3, 4.) Y saldrá el Señor y peleará contra aquellas naciones, como peleó en el día de la batalla. Y sus pies se posarán en aquel día sobre el monte de los Olivos, que está frente a Jerusalén al Oriente, y el monte de los Olivos se partirá por la mitad hacia el Oriente y hacia el Occidente, con una gran hendidura. LXX: Y saldrá el Señor y peleará contra aquellas naciones, como en el día de la comisión y en el día de la batalla: y sus pies se posarán en aquel día sobre el monte de los Olivos, que está frente a Jerusalén hacia el Oriente. Y el monte de los Olivos se partirá, su mitad hacia el Oriente y su mitad hacia el mar, con una hendidura muy grande. Debemos entender dignamente a Dios cuando se dice que sale y pelea contra las naciones, y que sus pies se posan sobre el monte de los Olivos, y otras cosas que en las Escrituras santas se dicen antropomórficamente y se contienen carnalmente. De lo contrario, cuando el Apóstol dice: "Él es la imagen del Dios invisible" (Col. I, 15). Y de nuevo: "Al Rey de los siglos, inmortal, invisible, al único Dios" (I Tim. I, 17). Y en el Evangelio está escrito: "A Dios nadie le ha visto jamás: el Hijo unigénito, que está en el seno del Padre, él lo ha contado" (Juan I, 18). Y de nuevo: "No es que alguien haya visto a Dios, excepto aquel que es de Dios" (Ibíd., VI): así como aceptamos su ira y arrepentimiento, y alma, y manos, y pies, y vientre, y ojos, y otros miembros del cuerpo, según la variedad de causas y sentidos de interpretación: así también debemos entender lo que está escrito, "Saldrá el Señor y peleará", según lo que leemos en Habacuc: "Saliste para salvar a tu pueblo, para salvar con tu Cristo" (Habac. III, 13). Y en Miqueas: "Porque he aquí que el Señor saldrá de su lugar, y descenderá y pisará sobre las alturas de la tierra, y se derretirán los montes debajo de él, y se partirán los valles" (Miq. I, 3, 4). También en Isaías: "El Señor de los ejércitos saldrá, y quebrantará la guerra, y despertará el celo, y clamará sobre sus enemigos con fortaleza" (Is. XLII, 13). Por lo tanto, Dios saldrá de su lugar cuando se vea obligado a romper su tranquilidad, mansedumbre y clemencia para corregir a los pecadores: quien, aunque por naturaleza es dulce, se amarga por nuestro vicio, es decir, se vuelve amargo: no para sí mismo, sino para los que sufren, para quienes los tormentos son amargos. Aquel que en otro lugar habla por el profeta: "Yo soy Dios, y no cambio" (Mal. III, 6). Y a él se le dice: "Pero tú eres el mismo, y permaneces" (Sal. CI, 28). Y en la epístola de Santiago: "En quien no hay cambio" (Sant. I, 17): ahora sale y pelea como en el día de la batalla, cuando hundió a Faraón en el mar Rojo, y luchó por el pueblo israelita (Éx. XIV). Y sus pies se posarán sobre aquellos de quienes se haya compadecido, y no se moverán, para que de nuevo se pueda decir de él: "Y el Señor tocará la trompeta; y caminará en la amenaza de su ira" (Zac. IX). Y no caminará, ya declinando el sol, y con las tinieblas cercanas después del mediodía, como leemos que hizo sobre Adán (Gén. III). Y cuando se detenga, no estará en el valle y en lugares humildes, sino en el monte, que no tenga árboles infructuosos, ni un bosque estéril; sino donde crecen los olivos, con los cuales se alimenta la luz eterna, se curan las enfermedades, y se otorga descanso a los cansados. Y ese monte de los Olivos en el que se posan los pies del Señor, está frente a Jerusalén y al Oriente, de donde surge el sol de justicia, y está plantado con aquellos olivos de los que se dice: "Tus hijos como plantas de olivo

alrededor de tu mesa" (Sal. CXXVII, 3). Cuyo medio se partirá hacia el oriente, donde están plantados árboles de las naciones, de las cuales una dice: "Pero yo como un olivo fructífero en la casa de Dios" (Sal. LI, 10). Y la otra mitad se partirá hacia el Occidente y el mar, con una gran hendidura, que es el pueblo de la circuncisión, a quien Dios habla por el profeta: "¿Qué ha hecho mi amada en mi casa abominación? ¿Acaso los votos y las carnes santas quitarán de ti las maldades?" (Jer. XI, 15); ¿o en estas escaparás? Esta amada en la casa de Dios hizo abominación, para que crucificara al Hijo de Dios, y escuchara: "Olivo frondoso, y de hermosa apariencia te llamó el Señor tu nombre; y tus ramas se hicieron inútiles, que fueron quebradas de la buena raíz, para que nosotros fuéramos injertados en su lugar. Y observa los misterios de las Escrituras, cuando [Al. cómo] la mitad que se inclina hacia el Occidente, y es golpeada por las olas saladas y amargas, no se dice simplemente que esté en el mar, sino en la hendidura del mar, grande y muy profunda, de la cual también habla Miqueas: "Derribaré en el valle sus piedras (sin duda Jerusalén), y descubriré sus fundamentos" (Miq. I, 6). Esto lo hemos dicho en lugares muy difíciles y oscuros, según la debilidad de nuestras fuerzas. Sin embargo, los judíos, siguiendo la letra occidental, intentan mostrar al Señor de pie sobre el monte de los Olivos, y que el mismo monte está dividido en dos partes, de modo que hacia el oriente una parte tenga el principio de la hendidura, y la otra parte se extienda hacia el Occidente: y en medio de un valle muy [Al. valle] escarpado, una parte se divida hacia el Norte, y otra hacia el Sur.

(Vers. 5) Y se separará el medio del monte hacia el Norte, y su medio hacia el Sur. Y huiréis al valle de mis montes: porque el valle de los montes se unirá hasta el próximo, y huiréis como huisteis ante el terremoto en los días de Ozías, rey de Judá, y vendrá el Señor mi Dios: y todos los santos con él. LXX: Y se inclinará la mitad del monte hacia el Norte, y su mitad hacia el Sur. Y se cerrará el valle de mis montes, y se unirá el valle de los montes hasta Asael: y se llenará como se llenó ante el terremoto en los días de Ozías, rey de Judá, y vendrá el Señor mi Dios, y todos los santos con él. En lugar de lo que nosotros dijimos, huiréis, LXX y los demás intérpretes tradujeron ἐμφοραθήσεται, es decir, se cerrará, o se llenará. Y en lugar de lo que nosotros pusimos, porque se unirá el valle de los montes hasta el próximo; por próximo, LXX tradujeron Asael: Aquila puso la misma palabra hebrea ASEL (אסל) con la letra e breve (אַסֵּל), Teodoción con la extendida (אַסֶּל); solo Symmachus interpretó próximo, a quien también seguimos. Digamos parafrásticamente para que puedan entenderse las cosas escritas: Cuando el monte de los Olivos se haya partido con una gran hendidura, de modo que una parte de la hendidura mire hacia el Oriente, y la otra hacia el Occidente, de repente y en la misma hendidura alta de cada lado escarpado, se abrirá otra hendidura hacia el Norte, otra hacia el Sur, y se hará una hendidura cuadrangular, de modo que la hendidura se extienda en cuatro direcciones: Oriente y Occidente, Norte y Sur. Y huiréis, dice, al valle que está entre el templo y Sion. Estos dos montes, del templo y Sion, son llamados montes de Dios; porque ese valle del monte de los Olivos, que está rodeado de montes escarpados de un lado y del otro, extenderá su hendidura hasta el monte del templo que es santo. El terremoto en los días de Ozías, rey de Judá, se dice que ocurrió cuando Ozías, que también se llama Azarías, intentó usurpar el sacerdocio ilícito, y fue golpeado con lepra en la frente (II Crón. XXVI), de ese terremoto también leemos al principio de Amós (Amós I): "Palabras de Amós, que fue entre los pastores de Tecoa, que vio sobre Israel en los días de Ozías, rey de Judá, y en los días de Jeroboam, hijo de Joás, rey de Israel, dos años antes del terremoto" (Is. I). Finalmente, después de que murió este rey malvado, a cuya impiedad toda la tierra se conmovió, Isaías vio una gran visión, que incluyó en su volumen. Pasemos a la comprensión espiritual. Después de que el monte de los Olivos se haya separado hacia el Oriente y el Occidente por la vocación de los gentiles y el rechazo de los judíos, nuevamente se hará otra hendidura hacia el Norte y el Sur. El Norte se unirá al Occidente, el Sur a la región Oriental;

a la izquierda estará la Circuncisión, a la derecha el pueblo cristiano. De estos dos vientos habla la Iglesia: "Levántate, Norte, y ven, Sur" (Cant. IV, 16), para que al retirarse el viento frío del Norte, que se interpreta como el diablo, venga el cálido viento del Sur, al que la esposa busca, diciendo: "¿Dónde pastoreas, dónde descansas al mediodía?" (Ibid. I, 16). De lo cual también Habacuc habla místicamente: "Dios vendrá de Temán" (Habac. III, 3), para lo cual en hebreo está escrito: "Dios del Sur", es decir, de la luz plenísima. De la cual en otro lugar el salmista clama: "Tú iluminas maravillosamente desde los montes eternos" (Sal. LXXVI). Pero cuando haya tal división de los dos pueblos en todo el mundo, que unos se separen hacia el Oriente y el Sur, es decir, a la derecha: y otros hacia el Norte y el Occidente, es decir, a la izquierda, entonces cualquiera que sea santo, huirá al valle de los montes de Dios, de los cuales hablamos antes, del templo y Sion, es decir, los dos Testamentos: porque esa hendidura que antes era de ambos montes, se extenderá hasta Asael, es decir, hasta la casa de Dios, que está cerca del paraíso, y de la Jerusalén celestial, y del monte santo, en el cual está situado el templo. Y así como en el tiempo en que bajo el rey leproso Ozías un terremoto muy fuerte aterrorizó los corazones de los mortales, y dispersó a los aterrorizados aquí y allá: así la separación de los dos pueblos, y nuevamente la sociedad de los creyentes en una sola fe, descansará en una sede apacible entre los dos montes: porque tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento se unirán entre sí. Pero lo que se dice, hasta Asael, es decir, hasta el próximo, significa esto, que los dos Testamentos de la Ley y el Evangelio están unidos entre sí; pero están unidos de tal manera que están más cerca que unidos: porque hemos perdido muchas cosas de la antigua Ley, y hemos recibido la gracia nueva. Pero cuando esto se haya perfeccionado con razón: entonces vendrá, dice, el Señor mi Dios, y todos los santos con él. Pero si queremos seguir lo que otros intérpretes tradujeron, en lugar de lo que nosotros dijimos, huiréis, que se cerrará, o se llenará el valle de sus montes: diremos esto, que la venida del Señor Salvador, con los dos pueblos separados entre sí, cerrará y llenará esa hendidura que dividía a los dos pueblos, para que haya un camino llano para que se encuentren mutuamente.

(Vers. 6, 7.) Y será en aquel día, no habrá luz, sino frío y hielo. Y será un día único, que es conocido por el Señor, no día ni noche, y en el tiempo de la tarde habrá luz. LXX: En aquel día no habrá luz, sino frío y hielo será un día único, y ese día será conocido por el Señor: y no día ni noche, y al atardecer habrá luz. Manifiestamente se predica del segundo advenimiento del Salvador, del cual también Juan en su Apocalipsis habla: "He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá, y los que le traspasaron" (Apoc. I, 7). Y el Señor en el Evangelio anuncia que el Hijo del Hombre vendrá en las nubes del cielo con poder y gran gloria (Mat. XXIV). Vendrá con las nubes, es decir, con los ángeles, que son espíritus ministradores, y enviados a diversos oficios, y con los profetas y apóstoles, de los cuales está escrito: "Tu verdad hasta las nubes" (Sal. XXXV, 6). Y cuando se haya cumplido el día de su venida, no habrá luz, sino frío y hielo, con la caridad de todos enfriada, y por la multitud de males que vendrán, todos enfriándose, y perdiendo el calor de la fe anterior. Pero después de que todos los pecadores hayan contraído su frío y hielo, habrá un día único y perpetuo: no sucediéndose luz y tinieblas, día y noche; sino que el mismo Señor será la luz de todos: de quien Isaías dice más plenamente: "No tendrás el sol para luz del día, ni el resplandor de la luna te iluminará por la noche; sino que el Señor será para ti luz eterna, y tu Dios tu gloria" (Is. LX, 19). Y en otro lugar clama a Jerusalén: "Levántate, resplandece, Jerusalén: porque ha venido tu luz sobre ti, y la gloria de tu Dios ha nacido sobre ti. Porque he aquí que tinieblas y oscuridad cubrirán la tierra sobre las naciones: pero sobre ti aparecerá el Señor, y su gloria se verá sobre ti. Y los reyes irán en tu luz, y las naciones en tu resplandor" (Vers. 1 y ss.). Si la oscuridad y las tinieblas cubrirán la tierra sobre las naciones, ¿cómo es que las naciones caminarán en el resplandor del Señor? Pero aquellas naciones estarán en tinieblas que habrán contraído su frío

y hielo: y aquellas caminarán en la luz del Señor, que habrán seguido a los reyes, apóstoles y profetas, de los cuales está escrito: "El corazón del rey está en la mano del Señor" (Prov. XXI, 1). Finalmente, en el tiempo de la tarde, es decir, de las tinieblas y tristeza de todos los pecados, habrá luz para los santos, y un día único y eterno, que si es conocido por el Señor (pues no podrá ignorar lo que creó), es de considerar cómo dice en el Evangelio, que ese día ni los ángeles, ni el Hijo lo conocen, sino solo el Padre (Mat. XXIV).

(Vers. 8.) Y sucederá en aquel día que saldrán aguas vivas de Jerusalén, la mitad de ellas hacia el mar Oriental y la otra mitad hacia el mar Occidental: en verano y en invierno serán. Y el Señor será rey sobre toda la tierra. LXX: En aquel día saldrá agua viva de Jerusalén, la mitad hacia el primer mar y la otra mitad hacia el mar último: en verano y en primavera será así: y el Señor será rey sobre toda la tierra. En aquel tiempo (pues esto significa el día que solo es conocido por el Señor, en el cual no se sucederán luz y tinieblas; sino que habrá luz perpetua, según lo que leemos en el Apocalipsis: Y la ciudad no tendrá necesidad de la luz del sol, porque el Señor Dios Todopoderoso será su luz [Apoc. XXI, 13]), saldrán aguas vivas de Jerusalén, de las cuales discutimos anteriormente (Cap. XIII) citando el testimonio de Ezequiel, de las cuales la mitad irá hacia el mar Oriental; que los libros griegos llaman λίμνην Ἀσφαλτίτην [Mss. Ἀσφαλτίτην] y comúnmente se llama mar Muerto, porque nada puede vivir en sus aguas. Y la otra mitad hacia el mar último, que conduce a Egipto y forma las costas de Palestina. En verano, dice, y en invierno será así, de modo que estas aguas que saldrán de Jerusalén no se congelarán por el hielo del invierno, ni se secarán por el excesivo calor del verano: aunque por invierno los Setenta tradujeron tiempo primaveral, lo cual no concuerda con la distinción del verano. Y cuando las aguas vitales hayan entrado en ambos mares, y las aguas amargas se hayan suavizado con el dulce río: entonces el Señor será rey sobre toda la tierra. El agua que sale de Jerusalén, es decir, de la Iglesia, indica la doctrina del Salvador: Porque de Sion saldrá la ley, y la palabra del Señor de Jerusalén (Isaías II, 3); según lo que está escrito en otro lugar: Toda la tierra estará llena del conocimiento del Señor, como las aguas cubren el mar (Ibid., XI, 9). La mitad de estas aguas irá hacia el mar Oriental, el pueblo de la Circuncisión, que fue elegido en los apóstoles y por los apóstoles; y la otra mitad hacia el mar último, para que vengan del Oriente y del Occidente quienes se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob. O ciertamente entendamos el mar Oriental y el mar último como el Antiguo y el Nuevo Testamento, que a menos que sean endulzados por el río del Salvador y su inteligencia espiritual, son amarguísimos; con la letra muriendo, y el espíritu vivificando (Mat. VIII). Y lo que sigue: En verano y en invierno serán, se sobreentiende las aguas vivas que salen de Jerusalén, para que tanto en paz como en persecuciones estas aguas vivas no dejen de fluir. O porque los Setenta tradujeron, En verano y en primavera será así, digamos esto, que en aquel tiempo no habrá invierno, sino primavera, y verano perpetuo, cuando se oiga la voz de la tórtola en nuestra tierra, y la higuera dé sus brotes, y las viñas florezcan, y el invierno pase, y la lluvia se retire y se vaya (Cant. II). En ese tiempo será necesaria la primavera, porque aparecerán flores en nuestra tierra para celebrar la Pascua y Pentecostés, en las cuales pasemos de lo terrenal a lo celestial, y ofrezcamos todos nuestros frutos a Dios. En la Pascua, en efecto, es el fin del invierno, el comienzo de la primavera; en Pentecostés el principio del verano, cuando ofrecemos a Dios los trabajos de nuestras manos y frutos. De este verano y primavera perpetuos habla el justo al Señor: Tú formaste la aurora y el sol, el verano y la primavera tú los creaste (Sal. LXXIII, 16, 17). Entonces el Señor será rey sobre toda la tierra, cuando digamos: El Señor reina, regocíjese la tierra (Sal. XCVI, 1). Y de nuevo: Decid entre las naciones, que el Señor reina. Porque corrigió el mundo, que no será conmovido (Sal. XCV, 10). Y el agua viva correctamente expuesta por nosotros como la doctrina del Salvador, la conocerá aquel que beba, y quien escuche al Salvador predicando: Si

alguno bebe del agua que yo le daré, será en él una fuente de agua viva, que salta para vida eterna (Juan IV, 14). Y de nuevo: El que cree en mí (como dice la Escritura) de su interior correrán ríos de agua viva (Juan VII, 38). Porque así como quien beba de su doctrina, tendrá en sí una fuente viva: así quien crea en él, según lo que contienen las voces de las Escrituras, de su interior correrán ríos de agua viva. Muchos refieren las aguas vivas al bautismo, que en primavera y en verano, es decir, en Pascua y Pentecostés, deben ser otorgadas a los sedientos, cuando se cumplirá lo que está escrito: Lavaos, sed limpios (Isaías I, 16).

(Vers. 9 y ss.). En aquel día el Señor será uno, y su nombre será uno: y toda la tierra volverá hasta el desierto desde el monte Rimón al sur de Jerusalén: y será exaltada, y habitada en su lugar, desde la puerta de Benjamín hasta el lugar de la puerta anterior, hasta la puerta de los ángulos: y desde la torre de Hananeel hasta los lagares del rey, y habitarán en ella, y no habrá más anatema, sino que Jerusalén estará segura. LXX: En aquel día el Señor será uno, y su nombre uno: rodeando toda la tierra, y el desierto desde Gabaa hasta Rimón al sur de Jerusalén: Rama permanecerá en su lugar, desde la puerta de Benjamín, hasta la puerta primera, hasta la puerta de los ángulos, y hasta la torre de Anamael, hasta los lagares del rey habitarán en ella, y no habrá más anatema, y Jerusalén habitará confiada. La construcción de la ciudad de Jerusalén, y la salida de las aguas de en medio de ella, que fluyan hacia ambos mares, los judíos y los cristianos judaizantes se la prometen para el último tiempo, cuando de nuevo se practicará la circuncisión, y se inmolarán víctimas, y se cumplirán todos los preceptos de la Ley, para que no sean judíos cristianos, sino cristianos judíos. En aquel día, dicen, cuando Cristo se siente a reinar en Jerusalén dorada y engastada de gemas, no habrá ídolos ni culto a divinidades diversas, sino que el Señor será uno, y toda la tierra volverá hasta la soledad, es decir, al estado antiguo. Y menciona los nombres de los lugares desde dónde hasta dónde se edificará Jerusalén: desde el monte Rimón (pues esto significa Gabaa, donde está el árbol del granado) hasta la región sur de Jerusalén. Y lo que sigue: Pero Rama permanecerá en su lugar, mejor lo interpretó Aquila y los demás, que pusieron, será exaltada: pues Rama significa exaltación, según aquello profético y evangélico: Voz en Rama se oyó, es decir, sonó en las alturas (Mat. II, 18). Así que Jerusalén será exaltada, y será edificada en su lugar original, desde la puerta de Benjamín, hasta la puerta que se llama de los ángulos, y desde la torre de Hananeel (no como mal leen los griegos y latinos Anamael) hasta los lagares del rey: lo que en hebreo está escrito AMMELECH [Al. Amalech]. Y habitarán, dice, en ella, es decir, en Jerusalén: y no habrá más anatema: ningún miedo de ataque hostil, ningún temor; sino que Jerusalén se sentará o será habitada descansando en paz eterna. Esto lo sueñan los judíos según la letra, y nuestros milenaristas, que de nuevo desean oír: Creced y multiplicaos, y llenad la tierra (Gén. I, 28), y en lugar de la continencia de esta vida y el breve ayuno, se prometen bulbos, y úteros, y aves de Fasís, y no el atagán jónico, sino el judío, de los cuales verdaderamente puede decir el Señor: No permanecerá mi espíritu en estos hombres, porque son carne (Gén. VI, 3). Porque la carne lucha contra el espíritu, y el espíritu contra la carne (Gál. V, 17). Ni nos opongan el Apocalipsis de Juan (Cap. XX), porque también este debe ser discutido espiritualmente. Nosotros, sin embargo, interpretamos la Jerusalén celestial como la Iglesia, que, caminando en la carne, no vive según la carne, cuyo municipio está en el cielo (Filip. III). Porque después que el Señor Jesús sea rey sobre toda la tierra, de quien el Espíritu Santo habla al Padre por el Profeta: Dios, da tu juicio al rey, y tu justicia al hijo del rey (Sal. LXXI, 1): entonces será un solo Señor, de quien está escrito: Sabed que el Señor él mismo es Dios (Deut. IV, 35): Y su nombre uno, pisoteada toda religión perversa, según aquello que canta el Profeta: Señor, nuestro Señor, ¡cuán admirable es tu nombre en toda la tierra! (Sal. VIII, 1). Y de nuevo: Has magnificado sobre todos tu nombre santo (Sal. CXXXVII, 3). Y en otro lugar: Como tu nombre, Dios, así tu alabanza en toda la tierra (Sal. XLVII, 11): de quien también habla Habacuc: La tierra está llena de su alabanza (Habac. III, 5). De cuya gloria del

nombre habla Dios mismo: Sin mí no conocerás a Dios, y fuera de mi nombre, que ha sido magnificado sobre todos (Isaías XLIV, 8). Entonces toda la tierra volverá, en la que habitaron los judíos hasta el desierto, es decir, hasta el pueblo de los gentiles, que antes estaba desierto, y no tenía conocimiento de la Ley: desde Gabaa hasta Rimón, es decir, desde el monte hasta lo alto, porque de la tierra y del desierto ascendemos a los montes, y de los montes a las alturas. De donde también el esposo en el Cantar de los Cantares salta sobre los montes que son menores, y salta sobre los montes altos (Cant. I), de los cuales está escrito: Los montes altos son para los ciervos (Sal. CIII). Pero si queremos tomar Rimón como granado (pues ambos significan en hebreo), digamos esto, que los límites de la Iglesia comienzan desde los montes, para que todo el orden eclesiástico se construya, del cual hablamos anteriormente, cuando interpretamos el lamento del unigénito, y el lamento como Adadremón. Y no está la Iglesia contenta con este fin; sino que llegará hasta el Sur en plena luz, sobre lo cual ya expusimos. y ahora por eso callamos, para no ser fastidiosos al lector repitiendo lo mismo con frecuencia. Y la Iglesia será exaltada que comenzó desde los montes, y llegará al mediodía; y habitará en su lugar, de lo cual está escrito: En lugar de pastos allí me colocó (Sal. XXII, 1). Desde la puerta de Benjamín, que se interpreta hijo de la derecha, y no hijo de los días, como algunos mal sospechan: pues es diferente si termina en la letra NUN, o si en MEM. Y llegará hasta el lugar de la puerta oriental y anterior, hasta la puerta de los ángulos. Comenzamos desde la virtud: pues esto significa la derecha; y llegamos hasta la puerta anterior, para que por ella entremos a las demás: y de inmediato nos encontramos con la puerta de los ángulos, donde está la piedra angular, que desecharon los edificadores, y ha venido a ser cabeza de ángulo (Sal. CXVII, 22). Esta piedra angular conecta ambos muros, y une a dos pueblos en uno (Efes. II), de la cual también Dios habla por Isaías: He aquí que pongo en Sion una piedra angular, escogida y preciosa en sus cimientos: y el que crea en él, no será confundido (Isaías XXVIII, 16). Esta piedra angular quiso que se le superpusieran otras piedras angulares, para que el apóstol Pablo pudiera decir libremente: Edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo (Efes. II, 20). Estas piedras no las imitan los herejes, que hacen todo por causa de la gloria y el lucro, y oran en los ángulos de las plazas, dejando el camino recto. Porque todo ángulo rompe la línea recta: y por eso la meretriz en los Proverbios (Cap. VII), como quiera que la queramos tomar, cuyos pies no descansan en casa, sino que o vaga fuera, o acecha en todos los ángulos de las plazas, cuando ve a un joven insensato (pues no invita a quien percibe que es prudente y maduro en la vejez, de quien está escrito (Sab. IV, 8): La sabiduría del hombre es su canicie), de inmediato lo toma, y lo besa y halaga, y lo lleva al burdel, e invita al coito. Dejemos, pues, los ángulos simulados, y pasemos a los ángulos firmes y robustos de Cristo, a los cuales cuando lleguemos, de inmediato nos encontramos con la torre de Hananeel, que se interpreta, gratisimo a Dios. Pues ¿qué es más grato que la torre de Salomón? de la cual se dice a la esposa: Como torre de David es tu cuello, que está edificada en Thalphioth: mil escudos cuelgan sobre ella: todas las armas de los poderosos (Cant. IV, 4). Esta torre el Señor en el Evangelio (Cap. XIV) quiere que se edifique, calculando primero los gastos y costos: y de la cual se dice a Jerusalén: Haya paz en tu fortaleza, y abundancia en tus torres (Sal. CXXI, 7), de la cual también el santo habla al Señor: Me has guiado, porque has sido mi esperanza: torre de fortaleza ante el enemigo (Sal. LX, 4). Desde la torre de Hananeel llegamos a los lagares del rey, por los cuales también tres salmos tienen título. Y el Señor dice en Isaías: He pisado el lagar yo solo (Isaías LXIII, 3), para que en ellos abunde nuestra vendimia, y exprimamos los racimos, y pisemos los mostos rojos en la sangre de Cristo; para que bebamos el vino que alegra el corazón del hombre (Sal. CIII); y la esposa desea hablando a los compañeros del esposo: Llevadme a la bodega de vino, poned sobre mí amor (Cant. II, 4). Si estos lagares nos embriagan de tal manera, habitaremos en Jerusalén, en la cual no habrá más anatema, es decir, maldición y abominación. De donde también dice el Apóstol: Si

alguno no ama al Señor, sea anatema (I Cor. XVI, 2). Y en otro lugar: Nadie hablando en el Espíritu de Dios dice anatema a Jesús (I Cor. XII). Y por la salvación de los hermanos desea ser anatema, queriendo imitar a su Señor, quien también siendo él mismo sin maldición, por nosotros se hizo maldición (Rom. IX). Quitado todo anatema, Jerusalén habitará segura y confiada, y expresando aquello en sí: Bienaventurado el que confía en el Señor. Y: Mejor es confiar en el Señor, que confiar en el hombre (Sal. CXVII, 8): de cuya seguridad y confianza el profeta Jeremías recuerda: Bendito será el hombre que confía en el Señor (Jer. XVII, 7).

(Vers. 12.) Y esta será la plaga con la que el Señor herirá a todas las naciones que pelearon contra Jerusalén. Se pudrirá la carne de cada uno estando de pie sobre sus pies, y sus ojos se pudrirán en sus cuencas, y su lengua se pudrirá en su boca. LXX: Y esta será la ruina con la que el Señor herirá a todos los pueblos que pelearon contra Jerusalén. Se pudrirán sus carnes estando de pie sobre sus pies, y sus ojos se derretirán en sus cuencas, y su lengua se pudrirá en su boca. Lo que sufrirán las naciones que luchen contra la ciudad del Señor, lo testifica la presente Escritura: Estarán, dice, sobre sus pies, y su carne se pudrirá y se derretirá, y sus ojos se pudrirán, y caerán de sus cuencas; la lengua jactanciosa, que blasfemaba al pueblo de Dios, se disolverá en pus, y se pudrirá dentro del cerco de los dientes. Es evidente para todos que los romanos que destruyeron Jerusalén no sufrieron esto: a menos que los judíos afirmen que esas naciones lo sufrirán, que lucharán contra la Jerusalén dorada y engastada de gemas. Nosotros, sin embargo, diremos que todos los perseguidores, que afligieron a la Iglesia del Señor, para no hablar de los tormentos futuros, también en este siglo presente recibieron lo que hicieron. Leamos las historias eclesiásticas, qué sufrió Valeriano, qué Decio, qué Diocleciano, qué Maximiano, qué el más cruel de todos Maximino, y recientemente Juliano: y entonces probaremos con hechos que incluso según la letra, la verdad de la profecía se ha cumplido, que sus carnes se pudrieron, y sus ojos se pudrieron, y su lengua se disolvió en podredumbre y pus. Por otro lado, si a los herejes les parece que de este dicho se muestra la crueldad de Dios, que escuchen que todo esto sucede, para que al desaparecer los males surjan los bienes. Porque quien esté en el Señor y con el Señor, sus cosas carnales se derretirán, para que surjan las espirituales, y los ojos que veían mal, caerán de sus cuencas, para que se pongan otros, que puedan recibir al Señor con el profeta diciendo: A ti levanto mis ojos, que habitas en los cielos (Sal. CXXII, 1). Y la lengua blasfema se pudrirá, para que nazca otra lengua, que glorifique a Dios, y pueda decir: Mi lengua meditará tu justicia, todo el día tu alabanza (Sal. LXX, 15). De donde también Simeón, tomando en sus brazos al Niño, y anunciando lo futuro, dice: He aquí, este está puesto para caída y levantamiento de muchos (Luc. II, 34), para que caigan los males, y se levanten los mejores. De donde también el Señor: Para juicio, dice, he venido a este mundo, para que los que no ven, vean; y los que ven, sean cegados (Juan IX, 39). No veía el pueblo de los gentiles, y después de la fe de Cristo comenzó a ver la luz de la verdad, que habla por el profeta: El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ungió, me envió a evangelizar a los pobres, a predicar a los cautivos la remisión, y a los ciegos que vean, y sean iluminados con sabiduría (Isaías LXI, 1, 2), de la cual está escrito: La sabiduría del hombre ilumina su rostro (Ecl. VIII, 1). Y en los Salmos leemos: El Señor ilumina a los ciegos, o hace sabios (Sal. CXLV). Esto es lo que más significa σοφοῖ. Veían los judíos; y porque no quisieron recibir la luz, fueron cubiertos de ceguera eterna.

(Vers. 13, 14.) En aquel día habrá un gran tumulto del Señor entre ellos: y cada hombre tomará la mano de su prójimo, y su mano se levantará contra la mano de su prójimo. También Judá peleará contra Jerusalén, y se reunirán las riquezas de todas las naciones alrededor: oro, plata y muchas vestiduras. LXX: Y en aquel día habrá un gran estupor del Señor sobre ellos: y cada uno tomará la mano de su prójimo, y su mano se adherirá a la mano de su prójimo: y

Judá se preparará en Jerusalén, y reunirá la fuerza de todos los pueblos alrededor: oro, plata y muchas vestiduras. Cuando estos milagros se hayan cumplido, de modo que la carne de los enemigos se descomponga, los ojos se derritan y la lengua de los blasfemos se pudra en su boca: entonces habrá un gran tumulto, o estupor entre ellos; pues esto significa ἔκστασις que los LXX tradujeron: Y cada uno tomará la mano de su prójimo, y su mano se levantará contra la mano del otro, por el miedo y el peso de los males que vendrán. Judá también peleará contra la metrópoli, de lo cual ya hablamos antes (Cap. XII), y con la victoria concedida por el Señor: se reunirán las riquezas de todas las naciones que lucharon contra Jerusalén, oro, plata y una multitud de vestiduras, que son las cosas más preciosas. Este infeliz Judá se promete a sí mismo, esperando recibir oro, que valoró al Señor en treinta piezas de plata. Pero nosotros, siguiendo el orden comenzado, referimos todo esto a la bienaventuranza de la Iglesia, para que todos los que estén en ella admiren la sujeción de los enemigos, y su propia felicidad, y cada uno tome la mano de su prójimo, para que unan sus manos derechas, y se unan en fe mutua y necesidad. Pero lo que leemos en hebreo: Y Judá peleará contra Jerusalén; para lo cual los LXX tradujeron: Y Judá se preparará en Jerusalén, lo tomemos de ambas maneras, que Judá, quien una vez confesó el nombre del Señor, y obligado en persecuciones, persiguió al pueblo de Cristo, y él mismo se vuelva a la alegría. O ciertamente Judá, todo confesante y fiel, no pelee contra Jerusalén, sino que se prepare en Jerusalén, para luchar contra los adversarios. Y él mismo, Judá, reunirá las riquezas de todas las naciones alrededor, oro, plata y muchas vestiduras. Hemos dicho a menudo que el oro y la plata se entienden en sentido y palabra: por lo cual también debemos tomar las vestiduras, con las que se adorna la Iglesia de Cristo, de la cual está escrito: La reina está a tu derecha, vestida de oro, rodeada de variedad (Sal. XLIV, 10). Con estas vestiduras se alegra la multitud de creyentes y dice: Me regocijaré en el Señor, porque me ha vestido con vestiduras de salvación, y con el manto de alegría (Isa. LXI, según los LXX). Pues el Señor le había dicho: Te vestí con τριχάπτοις y lino fino (Ezequiel XVI). En τριχάπτοις tomemos vestiduras delgadas, que son tan hermosas y sutiles, que parecen ser como cabellos. Estas vestiduras las reúne la Iglesia, para tener con qué vestir a su pueblo, a quien el verdadero predicador ha ordenado: En todo tiempo sean tus vestiduras blancas (Ecl. IX, 8).

(Vers. 15.) Y así será la ruina del caballo, del mulo, del camello, del asno, y de todos los animales que estén en esos campamentos, como esta ruina. LXX: Y esta será la ruina de los caballos y mulos, camellos y asnos, y de todos los animales que estén en esos campamentos, según esta ruina. Y los judíos bajo su ἡλειμμένῳ carnalmente buscan cumplir esto. Gran es en verdad la fortaleza del Señor, para que caigan en los campamentos de los enemigos caballos, mulos, camellos, y asnos, y todos sus animales como también los hombres cayeron [Al caerán]. Gran triunfo, gloriosa victoria, los animales irracionales superados por Dios combatiendo. Digamos entonces según la tropología comenzada: que por eso caen todos los males, que antes lucharon contra la Iglesia, para que los bienes se levanten de repente. Finalmente, el que antes era un caballo relinchando hacia la esposa de su prójimo (Jeremías V), e impaciente se dirigía hacia la lujuria, y yacía en la torpeza de los placeres: cuando comience a seguir la castidad, se le dirá: Levántate, vámonos de aquí (Juan XIV, 31). Y: Levántate, ven, mi amada (Cantar de los Cantares II, 10). Y en el Apóstol: Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos, y Cristo te iluminará (Efesios V, 14). Y cuando se levanten los que antes cayeron caballos, y ofrezcan sus suaves espaldas al Señor para que monte, dirán a Dios: Sube sobre tus caballos, y tu cabalgadura es salvación (Habacuc III, 8). Según este sentido tomemos los mulos, que son estériles, y no procrean hijos; pero se entregan a la lascivia: de los cuales el salmista recuerda: No seáis como el caballo y el mulo, que no tienen entendimiento (Sal. XXXI, 9). Así como los que son propensos a la lujuria, se llaman caballos: así llamaremos justamente mulos, a los que son vírgenes en la carne y no en

el espíritu: que se hacen eunucos no por el reino de los cielos, sino por el placer [Al. voluntad] de los hombres. Cuando estos mulos, y estos eunucos, se conviertan en progenie, y procreen hijos espirituales, oirán por Isaías; Y no diga el eunuco, que soy un árbol seco. Porque así dice el Señor a los eunucos, que guardan mis sábados, y eligen lo que quiero, y mantienen mi pacto, les daré en mi casa y dentro de mis muros un lugar y un nombre mejor que hijos e hijas: les daré un nombre eterno que no perecerá (Isa. LVI, 3 ss.). Tales mulos y mulas tenían los reyes de Israel, y especialmente David, que se refiere a Cristo (II Samuel XIII, y I Reyes I). Si hemos entendido quiénes son los caballos y mulos que caen y se levantan, pasemos a los camellos, animal que rumia, pero no tiene la pezuña hendida (Levítico XI): y digamos, que el camello es todos los pecadores de la tierra, que están oprimidos por la pesada carga de los pecados, y parecen leer las santas Escrituras, pero no dividen la pezuña, rumiando las palabras divinas, y descuidando lo que está escrito. Más correctamente, el camello puede llamarse el pueblo de los judíos, que también medita la Ley de Dios, y la rumia y la gira en su pecho, pero no divide la pezuña, para creer en el Padre, y en el Hijo: y en eso es impuro, porque no separa la letra del espíritu, la sombra de la verdad, y lleva las cargas de la Ley, y oye por el profeta: ¡Ay, nación pecadora, pueblo cargado de iniquidad! (Isaías I, 4). De este tipo de camello que rumia, y no divide la pezuña, y en los Proverbios se dice como a un hijo: El que deja de guardar la disciplina del padre, meditará palabras malas (Proverbios XXI). Después del camello pasemos al asno, que antes se llevaba sin freno, y era impuro, y tenía muchos amos, y se deslizaba por precipicios, para que cayendo de repente se levantara, y llevara al Señor Salvador, y entrara en la santa Jerusalén, y la multitud de niños creyentes lo recibiera triunfante (Mateo XXI y Juan XII). Este asno el Salvador se dice que lo ató a la vid y a la viña (Génesis XLIX, 11), de la cual está escrito en los Salmos: Trasplantaste una vid de Egipto, expulsaste a las naciones, y la plantaste (Sal. LXXIX, 9). A la cual el mismo viñador habla: Yo te planté como una vid fértil, toda verdadera (Jeremías II, 21). También todos los animales y bestias, que el profeta comprende bajo un solo nombre, deben interpretarse según las naturalezas de cada uno, y esto conviene más al Hijo de Dios, que lo que el pueblo de los judíos presume con vana profecía.

(Vers. 16.) Y todos los que queden de todas las naciones que vinieron contra Jerusalén, subirán de año en año, para adorar al rey, al Señor de los ejércitos, y celebrar la festividad de los Tabernáculos. LXX: Y será, que todos los que queden de todas las naciones que vinieron contra Jerusalén, subirán cada año, para adorar al rey, al Señor omnipotente, y celebrar la festividad de los Tabernáculos. Todos, dice, que queden de las naciones que vinieron contra Jerusalén, subirán cada año, para adorar al rey, al Señor de los ejércitos, y celebrar la festividad de los Tabernáculos. También los judíos prometen esto con vana esperanza en el reino de mil años, cuyo inicio de solemnidad es este: El pueblo de Israel salió de Egipto a través de un vasto y terrible desierto, en el cual no había casa, villa, ciudad, cueva, hacían para sí tabernáculos y tiendas (que ahora por similitud con un pequeño pájaro se llaman mariposas) en los cuales moraban con sus esposas e hijos, y tomaban alimento, y durante el día evitaban los ardores del sol, y por la noche la humedad, el frío, y el daño del rocío: y se ordenó que en el séptimo mes, el día quince del mes, se celebrara la solemnidad de los tabernáculos: Y cuando tu hijo te pregunte mañana, diciendo: ¿Qué significan estos tabernáculos? le responderás: Mucho tiempo peregrinamos en Egipto, de donde el Señor nos sacó al desierto, y por eso levantamos tabernáculos, para recordar siempre los beneficios de Dios, cuando comencemos a habitar en ciudades (Deut. VI, 20, 21, y Lev. XXIII, 43). También ordenó que hicieran tabernáculos de madera hermosa, que los judíos llaman cidro, y de ramas de palmas y frondas de árboles densos, y de sauce y álamo. Hemos sentado las bases de la historia, para pasar de estas a las cosas espirituales. Mientras estamos en progreso y en carrera y lucha, habitamos en tabernáculos, esforzándonos con toda nuestra mente, para

pasar de los tabernáculos a una sede firme y estable, es decir, la casa de Dios. Por eso también el santo David dice en el Salmo: ¡Ay de mí, porque mi peregrinación se ha prolongado! (Sal. CXIX, 5). Y: Soy un extranjero y peregrino como todos mis padres (Sal. XXXVIII, 31). Esto lo dice quien está en Egipto, y aún en el mundo. Pero quien sale de Egipto, que en hebreo se llama MESRAIM (), y se interpreta como tribulación; y entra en el desierto de los vicios, recorre su camino, y dice en el salmo: Pasaré al lugar del tabernáculo admirable hasta la casa de Dios (Sal. XLI, 5). Es admirable no querer habitar con los egipcios; sino, con el faraón sumergido, desear entrar en la tierra prometida (Éxodo XIV). Por eso en otro lugar dice: ¡Cuán amables son tus tabernáculos, Señor de los ejércitos! mi alma anhela y desfallece por los atrios del Señor (Sal. LXXXIII, 1). Y poco después; Bienaventurados todos los que habitan en tu casa, te alabarán por los siglos de los siglos (Ibid., 5). Porque la voz de júbilo y salvación está en los tabernáculos de los justos (Sal. CXVII, 15). Y en los Proverbios encontramos escrito: Las casas de los justos permanecerán, y sus tabernáculos, que obran rectamente, estarán firmes (Prov. II, 21). De las casas, que permanecerán; de los tabernáculos, que estarán firmes, promete. Dice también en otro lugar el santo varón: Una cosa he pedido al Señor, esto buscaré, que habite en la casa del Señor todos los días de mi vida, y vea la hermosura del Señor, y visite su templo (Sal. XXVI, 4). Quien habita en tabernáculos de este tipo, y de los tabernáculos a los atrios, y de los atrios a la casa, y de la casa al templo del Señor se apresura a ir, debe celebrar la solemnidad de los tabernáculos en la madera de la sabiduría más hermosa, de la cual se dice en los Proverbios: Es un árbol de vida para todos los que se acercan a él, y los que se reclinan sobre él, como sobre una casa de firmeza (Prov. III, 18). Y en las ramas de las palmas, en las cuales se contiene el signo de la victoria, y el premio de la virtud, y en las frondas del árbol más denso que los judíos entienden como mirto, por la mortificación de la carne y de las lujurias. Por eso también al Señor Salvador los magos le ofrecen mirra en su regalo (Mateo II). Y en las ramas, dice, de sauce y álamo, que algunos llaman un solo árbol; y el mismo nombre del árbol que en griego se dice ὄρνις, indica castidad. Dicen los médicos, y aquellos que han escrito sobre las naturalezas de los árboles y hierbas, que si alguien bebe la flor del sauce, o del álamo mezclada con agua, todo calor en él se enfría, y la vena de la lujuria se seca, y no podrá engendrar hijos. Quien esté protegido por las ramas de tales árboles, celebre la festividad de los tabernáculos, pasando el sexto mes, que se refiere al mundo, y celebrando el sábado espiritual en el séptimo, en el día quince del mismo mes, cuando la luna de la noche está llena, y todas sus tinieblas se disuelven en clara luz. Hemos dicho esto brevemente, contemplando desde hace tiempo la magnitud de los libros, para pasar a lo restante.

(Vers. 17.) Y será, que los que no suban de las familias de la tierra a Jerusalén, para adorar al rey, al Señor de los ejércitos, no habrá sobre ellos lluvia. LXX: Y será, que los que no suban de las familias de la tierra a Jerusalén, para adorar al rey, al Señor omnipotente, y estos se añadirán a ellos. Por lo que los Setenta tradujeron, y estos se añadirán a ellos, en hebreo está escrito, ULO ALEHEM EJE GESEM, que Aquila y Símaco y Teodocio interpretaron de manera similar, y no habrá sobre ellos lluvia. La Iglesia del Señor Jesús se llama la Jerusalén celestial, de la cual el Apóstol escribe: Pero la Jerusalén de arriba, que es libre, es la madre de todos nosotros (Gálatas IV, 26); y: Os habéis acercado al monte Sion, y a la ciudad del Dios viviente, la Jerusalén celestial (Hebreos XII, 22). Y esta Jerusalén no está situada en lugares bajos, sino en un monte alto, del cual el Salvador habla: No se puede esconder una ciudad situada sobre un monte (Mateo V, 14). Por eso quien va a adorar al Señor de los ejércitos en Jerusalén, debe ascender a las montañas. Pero quien es de las familias y tribus de la tierra, y por eso no puede adorar al Señor, no habrá sobre él lluvia temprana, ni tardía, ni su tierra será regada con las lluvias del cielo. O, como tradujeron los Setenta, los que no suban de las familias de la tierra a Jerusalén, para adorar al rey, al Señor omnipotente, serán contados con

aquellos que lucharon contra Jerusalén, y cuya carne se descompondrá, y sus ojos se derretirán, y su lengua se pudrirá.

(Vers. 18, 19.) Que si la familia de Egipto no sube, y no viene: tampoco habrá sobre ellos, sino que habrá ruina con la que el Señor herirá a todas las naciones que no suban a celebrar la festividad de los Tabernáculos. Este será el pecado de Egipto, y este el pecado de todas las naciones que no suban a celebrar la festividad de los Tabernáculos. LXX: Pero si la tribu de Egipto no sube, ni viene allí: también sobre ellos habrá ruina, con la que el Señor herirá a todas las naciones que no subieron a celebrar la solemnidad de la escenopigia. Este será el pecado de Egipto, y el pecado de todas las naciones que no suban a celebrar la festividad de la escenopigia. Quien es egipcio, y de las demás naciones, mientras permanezca egipcio y pagano, no subirá a Jerusalén; y porque no puede subir, ni elevarse a las alturas, por eso no habrá sobre él lluvia de la bendición del Señor. Y este será el mayor pecado del egipcio, del asirio, del caldeo, del sirio, del moabita, y del amonita, si no quieren salir de sus tierras, y subir a Jerusalén, para pasar por los tabernáculos a Jerusalén, y encontrar la casa eterna, y dejar de ser hombres de otras naciones, y convertirse en israelitas en quienes no hay engaño (Juan I). Todo esto que nosotros tocamos con rápida palabra, los judíos, y nuestros judaizantes, más bien no nuestros, porque judaizantes, esperan que se cumpla corporalmente, prometiéndose a sí mismos también la circuncisión, y matrimonios en el imperio de mil años, para que no se cumpla en ellos la maldición que está escrita: Maldita la estéril que no da semilla en Israel; y: Bienaventurado el que tiene semilla en Sion y domésticos en Jerusalén (Isaías XXXI, 9, según los LXX). Que si es verdad, todas las vírgenes que el reino de mil años encuentre, estarán sujetas a la maldición y esterilidad perpetua: o ciertamente se casarán, para evitar la maldición.

(Vers. 20.) En aquel día, lo que está sobre el freno del caballo será santo para el Señor: y las ollas en la casa del Señor serán como las copas delante del altar. Y toda olla en Jerusalén y en Judá será santificada al Señor de los ejércitos. LXX: En aquel día, lo que está sobre el freno del caballo será santo para el Señor omnipotente: y las ollas que están en la casa del Señor serán como las copas delante de la casa del altar: y toda olla en Jerusalén y en Judá será santa para el Señor omnipotente. La palabra hebrea MESULOTH (), Aquila y Teodocio la interpretaron como βαθόν, es decir, profundo: Símaco como περίπατον σύσκιον, es decir, paso sombrío. Solo los Setenta la tradujeron como χάλινον, es decir, freno, a quienes también seguimos en este lugar, para no parecer que traemos algo nuevo en una cuestión ya conocida. Cuando pregunté al hebreo qué significaba, me dijo que no debíamos leer MESULOTH, sino MESALOTH, que significa adornos de los caballos y ornamento bélico, y que, excepto en este lugar, esta palabra no se encuentra en ningún volumen de las Sagradas Escrituras. El freno en lengua hebrea se llama RESEN (), y no MESULOTH, que los LXX tradujeron. Y el sentido es: En el tiempo de la solemnidad perpetua y del reino de Jerusalén, estando todo en paz y tranquilidad, no habrá necesidad de caballería, que es el tipo de guerreros más fuerte; sino que todo ornamento y adorno de los caballos se destinará al culto del Señor. Esto dijeron ellos. Nosotros referimos el profundo de los caballos y el paso σύσκιον, sombrío o tenebroso, al conocimiento místico, que también David se jactaba de tener como un excelente caballo, diciendo: Me manifestaste los secretos y ocultos de tu sabiduría (Sal. L, 8). Y el Apóstol: ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán inescrutables son sus juicios e ininvestigables sus caminos! (Rom. XI, 33). De esta profundidad clamó el profeta al Señor, y Él lo escuchó. En estas profundidades y tinieblas puso Dios su escondite (Sal. XVII): estas tinieblas y sacramentos divinos fueron penetrados por Moisés en la oscuridad del monte Sinaí, para ver a Dios (Éxodo XIX): de las cuales también David hablaba en otro Salmo: Los juicios del Señor son un abismo profundo (Sal. XXXV, 9). Estos

arcanos y estos misterios son santos para el Señor, que conocía el evangelista Juan, quien se atrevió a decir lo que quizás los ángeles no sabían: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios (Juan I, 1). Y por eso es amado por el Señor, porque tenía una profundidad excelente; y había recostado sobre el pecho de Jesús, de donde también había extraído sabiduría (Juan XXI). Pero si queremos, como tradujeron los LXX, tomar el freno como la palabra de Dios, entendamos en el freno a aquel que refrena a los caballos enloquecidos por la lujuria, y a los mulos estériles y lascivos de los vicios, y los cohibe, y no permite que vayan precipitadamente, de los cuales se dice: No seáis como el caballo y el mulo, que no tienen entendimiento. Con freno y brida sujeta sus quijadas, para que no se acerquen a ti (Sal. XXXI, 9, 10). De este freno también habla Santiago: Ponemos frenos en las bocas de los caballos, y dirigimos todo su cuerpo (Santiago III, 3), para que caminen por el camino recto, y puedan ofrecer sus lomos suaves para que el Señor se siente. Tal freno y tal palabra, compuesta de la variedad de oro y plata, prepara caballos salvajes para que el Salvador se siente; y los hace santos, y consagrados propiamente a su culto. Escuché de alguien una cosa, dicha con un sentido piadoso, pero ridícula. Que los clavos de la cruz del Señor, de los cuales el emperador Constantino hizo frenos para su caballo, se llamen santo del Señor. Si esto debe ser entendido así, lo dejo a la prudencia del lector. Pasemos a las ollas, que serán en la casa del Señor, como copas del altar. Porque toda olla en Jerusalén y en Judá será santificada al Señor omnipotente. Amen las ollas de bronce, quienes amaron las ollas de Egipto, y las carnes, y los melones, y los ajos, y las cebollas, y los pepinos (Núm. XI). Nosotros transformemos las ollas judías en las que se cocían las carnes de las víctimas, en copas de aromas delante del altar del Señor, de las cuales la esposa dice al esposo: Mi amado descendió a mi jardín a las copas de aromas, a pastar en los jardines, y a recoger lirios (Cant. VI, 1). El jardín y el paraíso al que el esposo desciende a la esposa, es la lectura de las Sagradas Escrituras: de las cuales recoge lirios, violetas, rosas y varios aromas, para llenar las copas de las almas creyentes, y ofrecer libaciones al Señor de ellas. Estas ollas, cuando se conviertan en copas del Señor, y puedan decir: Somos el buen olor de Cristo (II Cor. XV), y en lugar de la virulencia de las carnes, comiencen a llevar diversas flores de virtudes: entonces estarán en Jerusalén y en Judá santificadas a Dios omnipotente, de las cuales hemos dicho frecuentemente, que Jerusalén significa visión de paz, y Judá expresa confesión.

(Vers. 21.) Y vendrán todos los que inmolan, y tomarán de ellas, y cocinarán en ellas: y no habrá más mercader en la casa del Señor de los ejércitos en aquel día. LXX: Y vendrán todos los que inmolen y tomarán de ellas, y cocinarán en ellas, y no habrá más cananeo en la casa del Señor omnipotente en aquel día. Por cananeo, Aquila interpretó mercader, a quien también seguimos en este lugar. Cuando las ollas se hayan convertido en copas, vendrán todas las naciones alrededor, o los que hayan quedado de todas las gentes inmolando, y tomarán las ollas, y cocinarán en ellas las carnes de las víctimas, para que no coman las carnes del cordero crudas, sino que, cocido todo el jugo de las carnes, quede lo que haya sido preparado al fuego para comer. Cuáles son las copas delante del altar del Señor, en las que se convertirán las ollas israelitas, ya lo dijimos antes, y ahora lo diremos en parte. La esposa en el Cantar de los Cantares alaba a su esposo: Sus mejillas son como copas de aromas (Cant. V). En las mejillas se entiende el discurso, que pronunciado por el Señor, emite diversos ungüentos, y será tanta la fragancia del buen olor que el Señor se hará un látigo de los testimonios del texto de las Escrituras, y expulsará del templo a los que venden y compran, y les dirá: Está escrito, la casa de mi Padre será llamada casa de oración para todas las naciones: pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones (Mat. XXI, 13). Algunos aplican a este lugar lo que está escrito en Daniel, aunque no se lee en hebreo: Semilla de Canaán, y no de Judá (Dan. XIII, 56): y lo que dice el profeta Oseas de Efraín: Efraín se ha unido a los ídolos: se ha puesto escándalos, ha provocado a los cananeos: fornicando han fornicado

(Oseas IV, 17, 18), y quieren que todo fornicador sea llamado cananeo y extranjero, a quien afirman que debe ser quitado de la casa de Dios.